

MEMORIA

y ciudad

Corporación
REGIÓN

Medellín
Diciembre de 1997

Edita:

CORPORACIÓN REGIÓN

Calle 55 N° 41-10

Tel: (57-4) 2166822

Fax: (57-4) 2395544

coregion@region.org.co

www.region.org.co

ISBN: 958-96265-1-3

Director

Rubén Fernández

Editora

Luz Elly Carvajal G.

Diseño, fotografías e impresión

Pregón Ltda.

Para esta publicación la Corporación Región recibe el apoyo de Agro Acción Alemana

- [Prólogo](#)
Nuevos silencios de viejos olvidos

- [Los abusos de la memoria](#)
- [La ciudad anterior](#)
- [Moscas de todos los colores](#)
- [Memorias de la ciudad en el crisol escolar](#)

NUEVOS SILENCIOS *DE VIEJOS OLVIDOS*

PROLOGO

Pilar Riaño Alcalá

Pilar Riaño Antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia, Magíster en Comunicación de la Universidad Simón Fraser de Vancouver de Canadá, Candidata al doctorado de Antropología en la Universidad de la Colombia Británica en Canadá.
Autora de: *Mujer y comunicación alternativa y vida cotidiana y Culturas juveniles.*

El interés por explorar la relación memoria y ciudad no es nuevo y por el contrario nos remite a los orígenes de la filosofía, a la creación artística y literaria, a la historia o la antropología. Sin embargo, su exploración como un entramado complejo y problemático constituye un terreno en el que se vienen planteando nuevos retos analíticos y creativos. Esta publicación sobre ciudad y memoria retoma estos retos desde temas como el de los modos en que el recuerdo y el olvido están siempre presentes en tanto formas de conocimiento y dispositivos activadores del reconocimiento de espacios e imaginarios urbanos. Encontramos también los modos como la imaginación, la fantasía y la memoria se entrecruzan en los recovecos de la ciudad y en los discursos y relatos de sus ciudadanos. Otros entramados de esta relación memoria-ciudad nos remiten a la coexistencia conflictiva de memorias individuales y colectivas, sus intersecciones con las nociones y discursos de alteridad, justicia y libertad y, de forma, más tangible con las posibilidades y paradojas de la construcción de proyectos de ciudades plurales e integradoras, de la reconciliación y convivencia entre grupos sociales. Los artículos que se presentan en esta revista sobre estos temas aportan no sólo una riqueza temática, sino miradas múltiples desde diversos ángulos, contextos y disciplinas.

La reflexión sobre el papel de la memoria en las ciudades contemporáneas convoca las preocupaciones e intereses más variados. La clave para entender dicho interés está en un reconocimiento que tiene algo de paradójico. De una parte, se reconoce que es a partir de los modos en que se recuerda y olvida desde donde se puede rastrear tanto huellas y señales de identidad, como modos en que los individuos se construyen como sujetos y miembros de colectividades¹. Pero a la vez, se trata de reconocer las transformaciones culturales y de los referentes espaciales y temporales en la ciudad que han llevado a algunos a plantear la desaparición de cierto tipos de memorias o su inexistencia², la fragilidad del tejido de la memoria³, o de una época caracterizada por la memoria del olvido de la memoria⁴.

¹ Desde el trabajo pionero del sociólogo M. Halbwachs y del antropólogo Roger Bastide, el debate sobre la memoria toma como referente central el de explorar el marco social y cultural desde los que los recuerdos individuales y grupales se hacen posibles. Véase WATCHEL, Nathan. Introduction. En: BOURQUET, Marie-Noelle; VALENSI, Lucette y Nathan, Watchel (Editores). *Between Memory and History*. Harwood Academic Publishers, 1990, p. 1-18

² NORA, Pierre. *Le Lieux de memoire*. Citado en AUGE, Marc. *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona: Gedisa, 1994a, p. 44.

³ PASSERINI, Luisa. *Editora. Memory and Totalitarianism*. Oxford: Oxford University Press, 1992

⁴ MONTOYA, Jairo. *Ciudades y memorias*. Mimeo. Medellín, 1996.

En esta mirada tenemos que enfatizar el carácter permeable, maleable y fluido de las memorias y por tanto como el recuerdo y el olvido constituyen prácticas selectivas y organizadoras a través de las cuales los individuos construyen y le dan sentido a su existencia.

Debemos señalar los cambios operados en el lugar que la memoria ocupa en las ciudades contemporáneas donde la memoria cultural va dejando de ser el referente central en la construcción de sentidos de pertenencia, por ejemplo, para las generaciones más jóvenes⁵. Los interrogantes que acompañan la reflexión sobre las memorias y las ciudades giran en torno a las preguntas sobre su papel en las sociedades contemporáneas y sobre la inquietud acerca de los riesgos y amenazas en que nuestro conocimiento sobre el pasado se encuentra⁶. Por eso una entrada a la ciudad desde sus memorias no se agota ni en la recuperación o conservación de tradiciones, mitos y pasados de raíces comunes ni en la construcción de una versión alternativa de la historia. Se trata más bien de enfrentarnos al reto de rastrear como el pasado adquiere sentido en el presente, las transformaciones y cambios socio-culturales que han tenido lugar en el entorno urbano, la pluralidad y múltiples formas en que las memorias de los grupos sociales se encuentran y desencuentran, y los registros individuales y colectivos que están dando cuenta de estas transformaciones.

La conceptualización de Tzevan Todorov sobre la memoria se fundamenta en una crítica a los usos y abusos de los recuerdos y olvidos en contextos totalitarios y democráticos. Esta crítica se construye desde una distinción sobre las varias formas del recuerdo, sobre las amenazas que la memoria representa para ciertos regímenes o los peligros del recuerdo obsesivo, la recuperación por la recuperación y la sacralización de la memoria. Todorov tiene como referente a Europa y en particular la Alemania nazi, los debates sobre los crímenes contra la humanidad en Francia y los procesos comunistas en Rusia.

Manuel Delgado reflexiona sobre la ciudad, en particular la ciudad española y los modos en que mitos y memorias congelan a determinados grupos o 'minorías culturales' en un permanente no-status de "inmigrantes". La construcción de mitos e ideologías en la ciudad está articulada a definiciones de otredad y su asociación con representaciones grupales de inferioridad y amenaza social.

Jorge Mario Betancur, desde la historia y la crónica urbana, reconstruye los años finales del siglo XIX y comienzos del XX en Medellín, particularmente a partir del surgimiento del barrio Guayaquil. Las historias, espacios y habitantes del barrio Guayaquil nos revelan y hablan de esa confrontación subterránea que subyace a la construcción de las ciudades. En el relato y análisis histórico de Jorge Mario Betancur se entremezclan los relatos acerca de los juegos de morales, las memorias clandestinas y las metáforas de alteridad que cubren el entorno urbano.

⁵ MARTIN BARBERO, Jesús. Pensar la educación desde la comunicación. En: NOMADAS, N. 5, Septiembre 1996 - Febrero, 1997, p. 10 – 22.

⁶ COHEN, David. *The Combing of History*. Chicago: The Chicago University Press. 1994

Aidé Tamayo y Javier Toro presentan desde la reflexión crítica sobre los paradigmas educativos de la enseñanza de la historia, una experiencia novedosa de investigación en los colegios del área metropolitana de Medellín. "Historias de barrios" es caracterizada como una propuesta que integra tanto a los estudiantes y maestros en la investigación de su entorno como al entorno en el currículo escolar.

Nuevos silencios de viejos olvidos

La lectura de los artículos sugiere una serie de reflexiones sobre las ciudades desde los ejes de las memorias, las identidades y los conflictos. Pero más allá de estos reconocimientos, los artículos elaboran sobre los modos en que las luchas entre memorias oficiales, colectivas, subterráneas y clandestinas develan procesos y mecanismos de exclusión del "otro" en la ciudad: "los ajenos," "impuros," "desechables"... los/las diferentes.

Tanto Manuel Delgado como J. Mario Betancur analizan estas prácticas y discursos de exclusión mientras describen algunos de los actores que han estado relegados a categorías de alteridad-exclusión: los inmigrantes, pero no cualquier inmigrante sino aquellos que vienen de ciertas regiones, bajo ciertos "colores," pertenencias étnicas o sexuales, las prostitutas, los habitantes de la calle, los homosexuales, los habitantes de la noche. Vale la pena pensar como ese mecanismo de exclusión y de caracterización del "que llega" como el otro, se activa para permanecer en el tiempo. Categorías como las de "inmigrante" se renuevan continuamente para legitimar mecanismos de exclusión que responden a los miedos presentes y a sus discursos colonizadores o etnocentristas, bástenos pensar en "los desplazados" y lo que este grupo social representa para un porcentaje muy amplio y significativo de habitantes y autoridades de las ciudades colombianas.

Delgado ilustra como este otro se continua renovando en sociedades como la española que aunque revestida de un discurso multicultural continúa generando mitos, leyes e ideologías que clasifican a los llegados a la ciudad y su 'grado de inmigridad' de acuerdo a la aceptación que la sociedad receptora tenga de su cultura. El concepto que se construye socialmente de quienes son los inmigrantes en la ciudad y quienes lo continúan siendo por varias generaciones se reduce a aquellos considerados impuros social y culturalmente y proveniente de culturas inferiores (léase del Tercer Mundo, de "color"). Para mantener el status de estas minorías, que no necesariamente lo son numéricamente, se recurre a una impostación de las memorias lejanas, de un "allá" que es al único al que pueden pertenecer y lucrar culturalmente. A su vez, la memoria del "aquí" se construye como una memoria prístina de un pasado autóctono en el que los nativos, los "verdaderos" habitantes de la ciudad, vivían en una ciudad no contaminada, homogénea culturalmente.

Los mecanismos ideológicos que se utilizan para activar la exclusión y el prejuicio recurren a su caracterización como patología social, a su construcción imaginaria y esencialista de su etnicidad, género, cultura, o modus vivendi. El artículo de J. Mario Betancur ilustra con riqueza histórica y etnográfica los modos en que esta construcción

simbólica de la otredad se ancla en relatos, rumores y metáforas de suciedad, perversión y criminalidad y en el manejo de polaridades que distinguen la ciudad de “los honorables” de la otra ciudad: orden-desorden, limpieza-suciedad, decencia-repugnancia, etc. Pero a su vez, este artículo muestra como enfrentados a la exclusión y la persecución los pobladores del barrio Guayaquil asumieron la vida de manera diferente y díganoslo así construyeron sus modos de ver y hacer desde esos conocimientos y experiencias “clandestinas” que circulaban no sólo en el mercadeo y comercio del barrio Guayaquil, sino en el mercadeo informal de memorias de contrabando, de memorias clandestinas y censuradas que luchan por sobrevivir⁷.

Curiosamente en una literatura ya abundante sobre los procesos de descentramiento, heterogeneidad, desterritorialización y flujos continuos en la ciudad, la reflexión sobre los procesos de exclusión y su activación y legitimación desde las memorias sociales está sospechosamente ausente. Si bien la literatura urbana, particularmente la antropológica no escatima investigaciones sobre “los otros” en la ciudad, éstas no necesariamente dan cuenta de los procesos de exclusión y sus modos de legitimación desde los mitos, imaginarios y memorias de ciudad. Los discursos sobre el descentramiento y diversidad urbana parecen haber dado pie a nuevos silencios que hablan de viejos olvidos pues paradójicamente, la exclusión como ideología de la ciudad y como efecto y expresión de políticas sociales representa un hilo conductor del proyecto de ciudad desde sus inicios. La legitimación del prejuicio se sustenta en memorias sociales que construyen al otro como agente del peligro y en la ideologización del prejuicio con discursos de limpieza y saneamiento que en últimas alimentan políticas, planes y acciones sociales.

Transitar por este camino de las memorias en las ciudades desde el seguimiento a sus prácticas, ritos e ideas de exclusión invoca un recorrido espinoso porque en últimas cuestiona a fondo los discursos que desde esa sensibilidad pegajosa del fin del milenio ha venido naturalizando la convivencia plural y la fragmentaridad cultural y los conflictos de memorias y de ciudades vividas. Necesitamos entonces repensar planteamientos como los de ciudades multiculturales, de convivencia pacífica y plural que han sido contruidos desde un llamado a 'la tolerancia.' La misma palabra “tolerancia” es una que nítidamente explica los límites de estos discursos y sus funciones como activadores de otras exclusiones, ahora revestidas y soterradas, y como garantes de la permanencia del status quo: “ellos” allá tolerados por nosotros aquí, en el centro. Ciertamente es por estos lados por donde las fronteras entre memoria, imaginación, discurso y control social se vuelven borrosas y la labor del investigador de la memoria se enfrenta a nuevos retos que tienen que ver más con la comprensión del presente y con las metas futuras que con el pasado.

Ciudades desde las memorias, memorias desde las ciudades

Los artículos son ejemplo del continuo, conflictivo y contradictorio en el que a veces el recurso a la memoria, en tanto memoria de un pasado que es significativo en el presente,

⁷ El concepto del contrabando social de memorias clandestinas lo retomo de IBÁÑEZ CARRASCO, Francisco. AIDS Memoranda. Forgetting and Remembrance in the Epidemic. Vancouver: Universidad Simon Fraser, 1996

se enmarca en un intento conservador y un proyecto de exclusión, mientras que en otros se convierte en un intento liberador de construcción de conocimiento y encuentro de alteridades. La experiencia del proyecto historias de barrio presenta un uso de la memoria que rescata sus posibilidades potenciadoras. El proyecto reconoce la escuela como lugar de conflictos de memorias y del papel de materias como la historia que han "sacralizado" una versión "oficial" de la historia, la anclada en héroes, hombres y fechas importantes. Al enfrentarse a una investigación del entorno de vida y a la recolección y recuperación de las historias y memorias de los barrios y sus pobladores, el proyecto reconstruye memorias colectivas que reconocen críticamente al entorno, al mundo en el que se habita. El aporte es el de "sutilmente correr la telaraña del aparente olvido" para activar el reconocimiento de la calidad de agentes y gestores, tanto de quien narra, como de quien escucha. De lo que nos habla este reconocimiento de la gestión del individuo en el quehacer histórico es de una percepción renovada por parte de los individuos de las múltiples intersecciones en donde sus historias personales o barriales se encuentran y atraviesan la "Historia"⁸.

La invitación es a re-pensar las ciudades desde las memorias, es decir a las ciudades en toda sus heterogeneidad y contradictoriedad y desde los modos como el habitante de la ciudad, se entrena para recordar y olvidar. Esta lectura incluye una mirada a las maneras como los grupos sociales y sociedades sancionan que constituyen recuerdos válidos, cuáles constituyen sus estrategias para recordar y olvidar y cuál es el papel de la memoria en las distintas esferas de la vida social y como dispositivo de legitimación del régimen social⁹. Esta reflexión también puede ser llevada a la exploración de los modos de conformación de las identidades culturales en la ciudad para indagar los mecanismos de reconocimiento, los modos en que la presencia de hibridaciones culturales y el reconocimiento de múltiples identidades se registran en los recuerdos y olvidos individuales, grupales y colectivos. Tzevan Todorov ofrece en este sentido una indagación profunda sobre la relación memoria e identidad para plantear como la memoria es responsable no sólo de nuestras convicciones, sino de nuestros sentimientos. Las ciudades son vistas así como complejos "tatuajes de memorias", lugar de encuentro de una multitud de memorias individuales, sectoriales, de grupo, institucionales¹⁰. Un tatuaje, sin embargo, que así como la ciudad, sus equipamientos, imaginarios e individuos es histórico y por consiguiente cambiante y dinámico.

Para finalizar, otra relación que podemos rastrear en los artículos es la que se pregunta por la memoria e historia. Las preocupaciones planteadas frente a la reconstrucción histórica desde un presente caracterizado por la superabundancia de acontecimientos, por la inminencia del tiempo¹¹. Al colocar a las memoria bajo la mirada histórica se parte del supuesto que esta no se agota ni en "la fuente" ni en la historia retrospectiva, ni en el pasado ni en los eventos que evoca. La fluidez de la memoria proviene precisamente de sus funciones simbólicas, psicológicas y de creación de sentido y por consiguiente la

⁸ AUGE, Marc. Los "no lugares" Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad. Barcelona: Editorial Gedisa, 1994b

⁹ TODOROV, Tzevan, en esta revista

¹⁰ MONTROYA, Jairo. Entre un desorden de lo real y un nuevo orden de lo imaginario. La ciudad como conflicto de memorias. En: GIRALDO, Fabio y Fernando, VIVIESCAS, Editores. Pensar la ciudad. Bogotá: Tercer Mundo, 1996, p.

¹¹ AUGE, Marc. Op cit., 1994b

reconstrucción del pasado es tan solo un dimensión posible de la memoria. A la figura de la superabundancia de la memoria en el auge de la informática y de los medios electrónicos de la que habla T. Todorov se puede agregar la sugerida por M. Auge del exceso del tiempo, de una "historia que nos pisa los talones"¹² y la sugerida por A. Tamayo y J. Toro de la formación de seres de contexto, es decir con dimensión histórica de su presente. Estas figuras no remiten simplemente a la vitalidad de la memoria ancestral, nacional o generacional, ni al fin de la historia, sino al desplazamiento y construcción de nuevos referentes espacio temporales y de nuevos modos de construcción de identidades.

Todorov nos plantea algunas preguntas claves para interrogarnos entonces el sentido de la labor histórica, el sentido por ejemplo, de la recuperación detallada de los sufrimientos pasados, de los horrores de los regímenes frente a grupos sociales específicos. Se pregunta Todorov si uno de los riesgos que esa labor puede traer no sea el de hacernos más ignorantes de las amenazas presentes. Auge comparte esta preocupación cuando se cuestiona ¿en qué medida la historia retrospectiva "no es menos exigente de presente del que parte que respecto del pasado que reinterpreta?"¹³. Desde esta preocupación sobre los riesgos de borrar el presente en la conmemoración o rememoración del pasado creo que el trabajo que se viene haciendo sobre los nuevos registros espacio-temporales y los cambios en la percepción del espacio y el tiempo por parte de los diferentes grupos sociales puede hacer un aporte significativo¹⁴. Desde este tipo de indagación una de las preguntas claves que hay que formularse es la de la resignificación de la relación memoria, identidad y espacio.

Al ubicarnos en el contexto de la ciudad Colombiana, por ejemplo, se requiere problematizar como esta relación memoria, identidad y espacio esta marcada por los modos en que "el territorio" y la defensa del espacio representan uno de los lenguajes y referentes que atraviesan los conflictos y las violencias urbanas. ¿Cómo nos adentramos en una análisis de los procesos de desterritorialización de las experiencias y las identidades que marcan las dinámicas urbanas frente a los procesos de reterritorialización y control del territorio que caracterizan a los conflictos urbanos entre bandas, milicias, organizaciones sociales y fuerzas gubernamentales?, ¿Cuál es el papel entonces de los conflictos y las violencias en la formación de identidades? ¿Qué tipo de memoria evocan estos conflictos que toman como referente el territorio? En fin, esta revista es una invitación a continuar formulando interrogantes y a una reflexión sobre las múltiples entradas y caminos desde los que se puede interrogar esta relación memoria y ciudad.

INICIO

¹² AUGE, Marc, Ibid, p. 36

¹³ AUGE, Marc. Op cit, 1994a, p.45

¹⁴ REGUILLO, Rossana. La memoria debate. El grupo de discusión y los mitos urbanos. Ponencia presentada la II seminario internacional de historia oral. Jalisco, Noviembre 1996

LOS ABUSOS DE LA MEMORIA*

Tzvetan Todorov

Historiador, director de Investigación del CNRS de París. Autor de: *Las Morales de la Historia y La Conquista de América. La mirada del otro. Recientemente publicó: Face à l'extrême, Une Tregédie Française, La Vie Commune.*

“La memoria no busca conocer el pasado más que para servir al presente y al porvenir. Hagamos de modo que la memoria colectiva sirva para la liberación y no para la esclavitud de los hombres”.

Jacques Le Goff

LA MEMORIA AMENAZADA

Los regímenes totalitarios del siglo XX han revelado la existencia de un peligro insospechado anteriormente: el de borrar la memoria. No es que la ignorancia no pertenezca a todas las épocas, ni tampoco la destrucción sistemática de los documentos y los monumentos: se sabe, para tomar un ejemplo alejado de nosotros en el tiempo y en el espacio, que el emperador azteca Itzcoatl, a comienzos del siglo XV, había ordenado la destrucción de todos los monumentos y de todos los libros para poder recomponer la tradición a su manera; los conquistadores españoles, un siglo más tarde, se dedicaron a su turno a borrar y quemar todas las huellas que mostraban la antigua grandeza de los vencidos. Pero, no siendo totalitarios, estos regímenes no atacaban más que a los depósitos oficiales de la memoria, dejando sobrevivir otras de sus formas, por ejemplo los relatos orales o la poesía. Habiendo comprendido que la conquista de las tierras y de los hombres pasaba por la de la información y la de la comunicación, las tiranías del siglo XX han sistematizado su dominio sobre la memoria y han querido controlarla hasta en sus más secretos rincones. Estas tentativas, a veces, han sido puestas en jaque, pero es cierto que, en otros casos (que por definición somos incapaces de enumerar), las huellas del pasado han sido eliminadas con éxito.

Los ejemplos de una manipulación menos hábil sobre la memoria son innumerables y muy conocidos. “La historia entera del ‘Reich Milenario’ puede ser releída como una guerra contra la memoria”, escribe con razón Primo Levi¹⁵; pero se podría decir de esto lo mismo con respecto a la URSS o a la China comunista. Las huellas de lo que ha existido son o bien borradas, o bien maquilladas y transformadas; las mentiras y las invenciones se ponen en lugar de la realidad; se prohíbe buscar y difundir la verdad: todos los medios son buenos para conseguir su objetivo. Se desentierra los cadáveres

* Título original: *Les Abuses de la Memoire*. Este texto fue publicado originalmente en la revista *Esprit* en 1993. Luego se editó, como pequeño libro, por Arlea en 1995. Traducción: Raúl Darío Lopera Alvarez y Rodrigo Zapata, revisada por Luis Antonio Restrepo y María Luisa Jaramillo. Nota del autor: Mis agradecimientos a: Jean-Michel Chaumont, Leon Wieseltier y Gilles Lipovetsky por las sugerencias que me fueron útiles.

¹⁵ Primo Levi. *Les Naufragés et les rescapés*. París, Gallimard, 1989, p. 31.

en los campos de concentración para quemarlos y dispersar enseguida las cenizas; se manipulan hábilmente las fotografías, que supuestamente dicen la verdad, para separar los molestos recuerdos; se vuelve a escribir la historia en cada cambio de equipo dirigente y se pide a los lectores de la enciclopedia que mutilen ellos mismos las páginas que se han vuelto indeseables. Se fusila, se dice, a las gaviotas en las islas Solovki, para que no puedan llevar los mensajes de los prisioneros. El necesario encubrimiento apresurado de acciones, no obstante esenciales, conduce a posiciones paradójales, como la que resume la célebre frase de Himmler a propósito de la “solución final”: “Es una página gloriosa de nuestra historia, que no ha sido jamás escrita y no lo será jamás”¹⁶.

Es sin duda porque los regímenes totalitarios hacen del control de la información una prioridad, que sus enemigos, a su vez, se ocupan de entrada en poner esta política en jaque. El conocimiento y la comprensión del régimen totalitario, y más particularmente de su institución extrema, los campos, es en primer lugar un medio de supervivencia para los prisioneros. Pero hay más: informar al mundo sobre los campos es el mejor medio para combatirlos; conseguir este objetivo no tiene precio. Por esta razón, sin duda, los prisioneros de Siberia se cortaban un dedo y lo ataban a un tronco de árbol que se enviaba a flotar a lo largo del río; mejor que una botella lanzada al mar, indicaba a aquel que lo descubría por qué clase de leñador el árbol había sido tumbado. La información que se difunde permite saber de las vidas humanas. La deportación de los judíos de Hungría se detiene porque Urba y Wetzler consiguen escaparse de Auschwitz y transmitir un informe sobre lo que pasaba allí. Los riesgos de esta actividad, por supuesto, no se deben descuidar: es porque ha logrado testimoniar que, Anatoly Martchenko, un anciano del Gulag, volverá al campo, y allí encontrará la muerte.

Se comprende fácilmente, desde entonces, por qué la memoria se ha encontrado provista de un tal prestigio a los ojos de todos los enemigos del totalitarismo, por qué todo acto de reminiscencia, por más modesto que sea, ha podido ser asimilado con la resistencia antitotalitaria (antes de que una organización antisemita se la hubiera apropiado, la palabra rusa *pamjat*, memoria, servía de título a una prestigiosa serie publicada en Samizdat: la reconstitución del pasado era ya vista como un acto de oposición al poder). Quizás bajo la influencia de algunos escritores de talento que han vivido en países totalitarios, esta valorización de la memoria, esta acusación del olvido, se ha difundido estos últimos años fuera de su contexto de origen. Se escucha a menudo hoy una crítica de las democracias liberales de Europa Occidental o de América del Norte, que les reprocha contribuir a su vez al deterioro de la memoria, al reino del olvido. Precipitados en un consumo cada vez más rápido de información, estaríamos dedicados a su eliminación igualmente acelerada; desligados de nuestras tradiciones y embrutecidos por las exigencias de una sociedad de distracciones, desprovistos de curiosidad espiritual así como de familiaridad con las grandes obras del pasado, estaríamos condenados a celebrar alegremente el olvido y a contentarnos con los vanos goces del instante. La memoria estaría amenazada aquí, no tanto por la

¹⁶ Himmler. *In Procés des grands criminels de guerre devant le tribunal militaire International*. Nuremberg, 1947, tome III, p. 145.

pérdida de información, sino por su superabundancia. Así, de manera menos brutal pero finalmente más eficaz, ya que al no suscitar nuestra resistencia, y haciendo de nosotros agentes conformes con esta marcha hacia el olvido, los Estados democráticos conducirían a su población al mismo punto que los regímenes totalitarios, es decir, al reino de la barbarie.

MORFOLOGÍA

Pero al generalizarse así el elogio incondicional de la memoria, el marchitamiento ritual del olvido devienen, a su vez problemáticos. La carga emotiva de todo lo que ha caracterizado al pasado totalitario es grande, y los que la aprueban desconfían de los esfuerzos de elucidación, de los llamados a un análisis que preceda al juicio. Pero los riesgos de la memoria son demasiado grandes para dejarlos al entusiasmo o a la cólera.

En primer lugar, hay que recordar una evidencia: la de que la memoria no se opone de ningún modo al olvido. Los dos términos que se oponen son: borrar (el olvido) y la conservación; la memoria es siempre y necesariamente una interacción de los dos. La restitución integral del pasado es una cosa desde luego imposible (aunque Borges la haya imaginado en su historia de *Funes el Memorioso*), y, por otro lado, horrorosa; la memoria es forzosamente una selección: ciertos rasgos del acontecimiento serán conservados, otros son inmediatamente o progresivamente descartados y, luego, olvidados. Es por esta razón que es profundamente desconcertante que se llame memoria a la capacidad que tienen los computadores para conservar la información: falta a esta última operación un rasgo constitutivo de la memoria, a saber, la selección.

Conservar sin seleccionar no es aún un trabajo de la memoria. Lo que reprochamos a los verdugos hitlerianos y estalinistas no es que ellos conserven ciertos elementos del pasado mejor que los otros -nosotros no actuamos de otra manera-, sino que ellos se apropien el derecho de controlar la elección de los elementos que conservan. Ninguna instancia superior en el Estado, debería poder decir: usted no tiene el derecho de buscar por sí mismo la verdad de los hechos, quienes no aceptan la versión oficial del pasado serán castigados. De ahí la definición misma de la vida en la democracia: tanto los individuos como los grupos tienen el derecho de saber, así como de conocer y hacer conocer su propia historia; no es al poder central a quien le compete prohibírseles o permitirseles. Es por esta razón, por lo demás, que la reciente ley Gayssot que castiga las lucubraciones negacionistas está mal concebida aún cuando ella parte de buenas intenciones: no es asunto de la ley contar la Historia, le basta con condenar la difamación o la incitación al odio racial.

Después de haber recordado esto, se impone una primera distinción: la que existe entre la *recuperación* del pasado y su *utilización* subsecuente. Porque es importante observar que ningún automatismo reúne estos dos gestos: la exigencia de recuperar el pasado, de acordarse, no nos dice todavía cuál será el uso que se hará de ello. Cada uno de estos actos tiene sus propias características y paradojas. La distinción, por más clara que sea, no implica el aislamiento. Puesto que la memoria es selección, ha tenido que

escoger entre todas las informaciones recibidas, a nombre de ciertos criterios; y estos criterios, hayan sido o no conscientes, servirán también, según toda verosimilitud, a orientar la utilización que nos haremos del pasado. Pero, desde otro punto de vista, el de la legitimidad, y no ya el del origen, hay discontinuidad: no se puede justificar un uso falaz por la necesidad de acordarse. Nadie debe impedir la recuperación de la memoria: he aquí el principio que se aplica al primer proceso. Cuando los acontecimientos vividos por el individuo o por el grupo son de naturaleza excepcional o trágica, este derecho se convierte en un deber: el de acordarse, el de testimoniar. Se tiene en Francia un ejemplo perfecto de este trabajo de recuperación: es el memorial de los deportados judíos, creado por Serge Klarsfeld. Los verdugos nazis quisieron aniquilar sus víctimas sin dejar ningún rastro; el Memorial recupera con una simplicidad conmovedora, los nombres propios, las fechas de nacimiento, las de partida hacia los campos de exterminio. Restablece así a los desaparecidos en su dignidad humana. La vida ha perdido contra la muerte, pero la memoria gana en su combate contra la nada.

Sin embargo, nada más simple puede ser formulado en lo que respecta al segundo proceso, -el de la utilización de la memoria- y, en consecuencia, el papel que el pasado debe jugar en el presente.

ENTRE LA TRADICIÓN Y LA MODERNIDAD

Hay que decir aquí que la mirada histórica incluso la más superficial nos revela enseguida que las diferentes sociedades dan a este problema soluciones muy variadas. El pasado y su recuerdo no pueden asumir la misma función en una sociedad sin escritura, como las antiguas civilizaciones africanas, y en una sociedad tradicional letrada como la Europa de la Edad Media. Ahora bien, como se sabe, desde el Renacimiento y más aún desde finales del siglo XVIII, se ha creado en Europa un tipo de sociedad de la cual no existía un ejemplo anteriormente, que ha dejado de valorizar incondicionalmente las tradiciones y el pasado, es vinculándola de la edad de oro, como decía el utopista Saint-Simon, para instalarla en el porvenir; que ha desvalorizado la memoria en provecho de otras facultades. En este sentido, los que lamentan la falta de consideración por la memoria, en las sociedades occidentales contemporáneas, tienen razón: estas sociedades, y sólo ellas, no se sirven del pasado como un medio privilegiado de legitimación, y no conceden un lugar privilegiado a la memoria. Aún habría que añadir que este rasgo de nuestra sociedad es constitutivo de su propia identidad, y que no se sabría, pues, suprimir el uno sin transformar la otra en profundidad.

El lugar de la memoria y el papel del pasado no son por otra parte tampoco los mismos en las diferentes esferas que componen nuestra vida social, y participan de configuraciones diversas. En nuestra concepción general de la vida pública, hemos pasado, como dicen los filósofos, de la heteronomía a la autonomía, de una sociedad en la cual la legitimidad viene de la tradición, por lo tanto, de algo que le es exterior, a una sociedad regida por el modelo del contrato, al cual cada uno aporta -o no- su adhesión. Este contrato, se sabe, no tiene ninguna realidad histórica o antropológica, pero él suministra el modelo regulador de nuestras instituciones. El recurso a la

memoria y al pasado es reemplazado por el que se hace al consentimiento y a la elección de la mayoría. Todos los rastros de legitimación por la tradición no son eliminados, por el contrario; pero, y esto es esencial, es lícito controvertir la tradición a nombre de la voluntad general o del bien común. Tenemos muchos ejemplos de esto a la vista. La memoria es destronada aquí, no en beneficio del olvido, claro está, sino de ciertos principios universales y de la “voluntad general”. Se dirá de esto otro tanto del dominio jurídico en su conjunto.

La ciencia es otra esfera donde la memoria ha perdido mucho de sus prerrogativas. No sería falso decir, que la ciencia moderna se constituyó en el Renacimiento por una liberación progresiva de la tutela demasiado puntillosa de la memoria. Es dejando de repetir el saber escolástico, la pretendida sabiduría de los antiguos, dejando de lado el sistema de Ptolomeo y las clasificaciones de Aristóteles, como las ciencias pudieron tener un nuevo desarrollo. Es decidiendo no pensar más en la antigua representación del mundo, como se ha logrado integrar los resultados de los grandes descubrimientos geográficos a una visión nueva (y que es aún la nuestra). Descartes declarará, perentoriamente, que es posible progresar en el conocimiento “por medio de una reducción de las cosas a las causas”, y que por consiguiente, “no hay ninguna necesidad de la memoria para todas las ciencias”¹⁷. La memoria es ahora rechazada en provecho de la observación y de la experiencia, de la inteligencia y de la razón. Una vez más, este reino no es absoluto y no debe serlo (las ciencias tienen un pasado que incide en su presente), pero el predominio es indiscutible: basta con mirar el lugar ocupado en nuestra educación general por las matemáticas, disciplina del razonamiento, con relación a la historia, la geografía o las letras, disciplinas de la memoria.

El arte occidental se distingue de otras grandes tradiciones artísticas, por ejemplo, de la China y de la India, por el lugar reservado a la innovación, a la invención, a la originalidad. Hasta el punto de que ha surgido en el siglo XIX la idea de una vanguardia artística, movimiento que tendrá como principio director el futuro y ya no el pasado; y donde el criterio de novedad se ha convertido a veces en la sola (y, por tanto absurda) condición de valor artístico. En nuestros días, las vanguardias no tienen más el viento en popa, y se prefiere la estética llamada postmoderna, que pregona por el contrario su relación, a veces lúdica, con el pasado y la tradición. En realidad las cosas no son tan radicales como lo pretenden los manifiestos de los creadores: hay posibilidades de innovación en el seno de la poética medieval o de la pintura clásica china, e incluso los autores más vanguardistas le deben mucho a la tradición, aunque sólo sea para diferenciarse de ella. El papel de la memoria en la creación artística es generalmente subestimado; el arte que realmente olvida el pasado no podría hacerse comprender. Pero importa subrayar que, una vez más, la oposición no es entre memoria y olvido, sino entre la memoria y otro pretendiente al lugar de honor: la creación o la originalidad.

La cultura, en el sentido que los etnólogos dan a esta palabra, es esencialmente un asunto de memoria: es el conocimiento de un cierto número de códigos de

¹⁷ Citado por J. Le Goff. *Histoire et Mémoire*. París, Gallimard, 1988, p.154.

comportamiento, y la capacidad de servirse de ellos. Poseer la cultura francesa es, primero, conocer la historia y la geografía de Francia, sus monumentos y sus documentos, sus maneras de comportarse y de pensar. Un ser sin cultura es el que no ha adquirido jamás la cultura de sus ancestros, o que la ha olvidado y perdido. Pero las culturas occidentales tienen aún otra especificidad: primero, porque pese al etnocentrismo de sus miembros, ellas han sido llevadas desde hace mucho a reconocer la existencia y el valor de las culturas extranjeras y aceptar la mezcla con ellas; luego, porque han valorizado, al menos desde el siglo XVIII, la capacidad de distanciarse de su cultura de origen. Los filósofos de la Ilustración terminaron por ver en esta capacidad -en la *perfectibilidad*- el rasgo distintivo del género humano. Los individuos que consiguen superar las desventajas de su medio de origen, las sociedades que se comprometen en la revolución gozan de un prejuicio favorable. Hoy ya no creemos, como algunos de estos filósofos, que el espíritu del hombre sea una tabla rasa, independiente de su cultura de origen y que, al ser indeterminado, todas sus elecciones sean igualmente probables; pero continuamos poniendo la libertad por encima de la memoria.

Inútil continuar esta enumeración: cualquiera que sea, en detalle, el lugar de la memoria en cada una de estas esferas, surgen evidencias globales. Primero la concerniente a la pluralidad y a la diversidad de las esferas mismas. Después, al hecho de que la memoria se articule allí con otros principios directores: la voluntad, el consentimiento, el razonamiento, la creación, la libertad. En fin, es claro que en las sociedades occidentales, la memoria no ocupa, por regla general, una posición dominante. ¿Qué decir entonces de las esferas de las conductas públicas, éticas y políticas?

EL BUEN USO

La vida afectiva de un individuo nos ofrece aquí un claro paralelo. Como se sabe, el psicoanálisis reserva un lugar central a la memoria. Se considera, en efecto, que la neurosis se apoya en este disturbio particular de relación con el pasado que es la represión. El sujeto ha descartado de su memoria viva, de su conciencia, ciertos hechos y acontecimientos ocurridos en su infancia y que son, de una manera o de otra, inaceptables para él. Su cura -por el análisis- pasa por el redescubrimiento de los recuerdos reprimidos. Pero, ¿qué uso hará el sujeto de éstos a partir del momento en el cual él los ha reintegrado a su conciencia? No tratará de darles un lugar dominante -el adulto no sabrá organizar su vida de acuerdo a sus recuerdos de infancia-, sino que los llevará a una posición periférica donde ellos son inofensivos; los someterá y, de golpe, los desactivará. Mientras estaban reprimidos, los recuerdos permanecían activos (impedían al sujeto vivir); ahora que han sido recobrados, pueden ser, si no olvidados, por lo menos dejados a un lado. Otra forma de marginalización de los recuerdos se opera en el duelo: en un primer momento nos negamos admitir la realidad de la pérdida que acabamos de sufrir, pero progresivamente, y sin dejar de querer al muerto, modificamos el estatuto de las imágenes que están ligadas a él, y un cierto alejamiento viene a calmar el dolor.

El redescubrimiento del pasado es indispensable; eso no quiere decir, que el pasado debe regir el presente, es éste, al contrario, el que hace del pasado el uso que quiera. Habría una infinita crueldad en evocar sin cesar a alguien los acontecimientos más dolorosos de su pasado; el derecho al olvido también existe. Euphrosinia Kersnovskaïa escribe, al final de su asombrosa crónica ilustrada por doce años transcurridos en el Gulag: "Mamá, tu me habías pedido que escribiera la historia de estos tristes 'años de aprendizaje'. He cumplido tu última voluntad. Pero, ¿no habría sido mejor que todo esto cayera en el olvido?"¹⁸. Jorge Semprun ha contado, en *L'Écriture ou la vie*, cómo en un momento dado, el olvido lo curó de su experiencia como prisionero de campo de concentración. Cada cual tiene el derecho de decidir esto.

Esto no quiere decir que el individuo pueda volverse totalmente independiente de su pasado y usarlo a su antojo con toda libertad. Tanto menos cuanto que, su identidad presente y personal, está hecha, entre otras, de las imágenes que él tiene de este pasado. El yo presente es una escena en la cual intervienen, como personajes activos, un yo antiguo en plena conciencia, formado en la infancia y un yo reflexivo, imagen de la imagen que los otros tienen de nosotros -o más bien, de la que nos imaginamos que está presente en su mente- La memoria es responsable no solamente de nuestras convicciones, sino también de nuestros sentimientos. Recibir una revelación brutal sobre su pasado, estar obligado a reinterpretar radicalmente la imagen que se tenía de sus parientes y de sí mismo es una situación peligrosa que se puede tornar insoportable y que se rechazará con vehemencia.

Volvamos ahora a la vida pública y escuchemos esta historia contada por Américo Vespucci, explorador del continente americano. Después de haber descrito los encuentros de los europeos con la población indígena, que pasan tan pronto de la colaboración al enfrentamiento, narra que, entre ellos, los diferentes grupos indígenas hacen frecuentemente la guerra. ¿Cuál es la razón de esto? He aquí la explicación propuesta por Vespucci: "Ellos no combaten ni por el poder ni por extender su territorio, ni incitados por algún otro deseo irracional, sino en razón de un odio antiguo, adquirido hace tiempo"¹⁹. Si Vespucci tiene razón, ¿no se debería desear a estos pueblos olvidar un poco el odio, para poder vivir en paz, marginalizar su rencor y encontrar un mejor uso a la energía así liberada? Pero esto sería, sin duda, desear que sean distintos de lo que son.

A este ejemplo casi mítico de abuso de la memoria, se puede sin exagerar, agregarle otros tomados de la actualidad. Una de las mayores justificaciones dadas por los serbios a su agresión contra los otros pueblos de la ex-Yugoslavia, provienen de la Historia: los sufrimientos que ellos infligen hoy, no serían más que una venganza por los que ellos padecieron en el pasado próximo (la Segunda Guerra Mundial), o lejano (los combates contra los turcos musulmanes). Si el pasado debe regir el presente, ¿Quiénes entre los judíos, cristianos y musulmanes, podrían renunciar a sus pretensiones territoriales sobre Jerusalén? ¿No han tenido razón esos israelíes y esos palestinos, reunidos alrededor de una misma mesa, en Bruselas en Marzo de 1988, que han

¹⁸ E. Kersnovskaia. *Coupable de rien*. París, Plon, 1994, p. 253.

¹⁹ A. Vespucci et al. *Le Nouveau Monde*. París, Les Belles Lettres, 1992, p. 90.

expresado la convicción de que “para simplemente comenzar a hablar, hay que poner el pasado entre paréntesis?”²⁰. En Irlanda del Norte, hasta hace poco, los católicos nacionalistas declaraban su voluntad de “no olvidar y no perdonar”, y agregaban cada día nuevos nombres a las víctimas de la violencia, lo cual provocaba, a su vez, una contraviolencia represiva, una vendetta interminable que no podrían jamás interrumpir un nuevo Romeo y una nueva Julieta. Y se escuchan voces convincentes afirmar que una parte no despreciable del malestar de los negros americanos proviene, no de las discriminaciones que sufren en el presente, sino de la incapacidad de superar el traumatizante pasado, el de la esclavitud y de las discriminaciones de que han sido víctimas; y de la tentación que se sigue, como escribe Shelby Steele, “de explotar ese pasado de sufrimientos como una fuente de poderes y de privilegios”²¹.

En el mundo moderno el culto de la memoria no está siempre del lado de las buenas causas, y no debería uno sorprenderse de ello. Como lo recuerda Jacques Le Goff “la conmemoración del pasado alcanza una cima en la Alemania Nazi y en la Italia Fascista”, y se podría agregar a esta lista la Rusia estalinista: un pasado cuidadosamente expurgado, ciertamente, pero un pasado a pesar de todo, que permite inflamar el orgullo nacional y suplir la fe de la ideología declinante. En 1881, Paul Dérouléde, fundador de la Liga de los Patriotas y militarista convencido, exclama: “*Yo se que algunos creen que el odio se aplaca; ¡claro que no! el olvido no entra en nuestros corazones*”. Allorando así, el camino para la carnicería de Verdun. Sin saberlo, confirmaba con sus palabras una fórmula de Plutarco²², según la cual la política se define como lo que despoja al odio de su carácter eterno, dicho de otra manera, que subordina el pasado al presente.

MEMORIA Y JUSTICIA

La simple evocación de estos ejemplos tomados al azar, bastan para mostrar que, en la esfera de la vida pública, tampoco todos los recuerdos del pasado son igualmente admirables; lo que alimenta el espíritu de venganza o de revancha suscita, en todos los casos, algunas reservas. Se puede legítimamente preferir el gesto del presidente polaco Lech Walesa quien ha invitado, para conmemorar el 50 aniversario de la insurrección de Varsovia, a los representantes de los gobiernos alemán y ruso: “El tiempo de la división y de la confrontación ha llegado a su fin”. La pregunta que surge ahora es: ¿Existe una pauta para distinguir el avance de los buenos y de los malos usos del pasado? o, si se remonta a la constitución de la memoria para, conservar y seleccionar la información, ¿cómo definir los criterios que nos permitan elaborar una buena selección? o, ¿Debemos declarar que estas preguntas no pueden recibir respuesta racional, y contentarnos con lamentarnos por la desaparición de una tradición colectiva coercitiva, que se encarga de seleccionar ciertos hechos y de rechazar otros, resignarnos, pues, a la infinita diversidad de casos particulares?

²⁰ Citado por N. Loraux. *¿Pour quel consensus?*, Politiques de l'oubli, Le Genre humain, 18. París, Seuil, 1988.

²¹ Sh. Steele. *The Content of Our Character*. New York, Harper Perennial, 1991.

²² Citado por N. Loraux, in *Usages de l'oubli*. París, Seuil, 1988.

Una manera -que practicamos cotidianamente- de distinguir los buenos usos de los abusos, consiste en interrogarnos sobre sus resultados y juzgar con la medida del bien y del mal, los actos que pretenden estar fundados sobre la memoria del pasado: preferir, por ejemplo, la paz a la guerra. Pero se puede también, y es la hipótesis que desearía explorar aquí, fundar la crítica de los usos de la memoria con una distinción entre varias *formas* del recuerdo. El acontecimiento recuperado puede ser leído ora de manera *literal*, ora de manera *ejemplar*. O bien, este acontecimiento -imaginemos un segmento doloroso de mi pasado o del grupo al cual pertenezco- es preservado en su literalidad (lo que no quiere decir su verdad), permanece como un hecho intransitivo, que no conduce más allá de él mismo. Las asociaciones que se hacen sobre ese asunto se sitúan en su contigüidad directa: destaco las causas y las consecuencias de este acto, descubro todas las personas que se pueden relacionar con el autor inicial de mi sufrimiento y los culpo a su vez, establezco también una continuidad entre el ser que he sido y el que soy ahora, o entre el pasado y el presente de mi pueblo, y comprendo las consecuencias del traumatismo inicial en todos los momentos de la existencia.

O bien, sin negar la singularidad del acontecimiento, decido utilizarlo, una vez recobrado, como una instancia entre otras de una categoría más general, y me sirvo de ésta como de un modelo para comprender situaciones nuevas con agentes diferentes. La operación es doble: por un lado, disminuyo el dolor causado por el recuerdo, reduciéndolo y marginalizándolo; por otro lado -y es en esto que nuestra conducta cesa de ser puramente privada y entra en la esfera pública- elaboro este recuerdo en la analogía y en la generalización, hago de él un *exemplum* y, obtengo de éste una lección; el pasado se convierte, así en principio de acción para el presente. En este caso, las asociaciones que evoco en mi espíritu surgen de la semejanza y ya no de la contigüidad, y ya no busco tanto asegurar mi propia identidad como justificar mis analogías. Se dirá entonces que, en una primera aproximación, la memoria literal, sobre todo llevada al extremo, es portadora de riesgos, cuando la memoria ejemplar es potencialmente liberadora. Se comprende que toda lección no es buena; ellas se dejan, sin embargo, evaluar con la ayuda de criterios universales y racionales que sostienen el diálogo humano, lo que no es el caso de los recuerdos literales e intransitivos, inconmensurables entre ellos. El uso literal, que restituye el acontecimiento antiguo irrebalsable, vuelve a fin de cuentas a someter el presente al pasado. El uso ejemplar, en cambio, permite utilizar el pasado con miras al presente, servirse de las lecciones de las injusticias sufridas, para combatir las que tienen vigencia hoy, abandonar el yo para ir hacia el otro.

He hablado de dos formas de memoria porque, cada vez se guarda una parte del pasado, pero el uso común tendería más bien a designarlos por dos términos distintos que serían, para la memoria literal, memoria a secas y, para la memoria ejemplar, justicia. La justicia nace, en efecto, de la generalización de la ofensa particular, y es por esta razón que ella se encarna en la ley impersonal, aplicada por un juez anónimo y puesta en marcha por jurados que ignoran tanto la persona del ofensor como la del ofendido. Las víctimas sufren seguramente, al verse reducidas a no ser sino una instancia entre otras de la misma regla, cuando la historia que les ha ocurrido es absolutamente única, y ellas pueden, como frecuentemente lo hacen los parientes de los niños violados o asesinados, lamentar que los criminales escapen a la pena

excepcional, la pena de muerte. Pero la justicia tiene este precio, y no es por azar que ella no es aplicada por las mismas personas que han sufrido la ofensa: es la “des-individualización”, si se lo puede llamar así, la que permite el advenimiento de la ley.

El individuo que no llega a realizar lo que se llama el trabajo del duelo, que no logra admitir la realidad de su pérdida, de desprenderse de la conmoción dolorosa que ha sufrido, que continúa viviendo su pasado en lugar de integrarlo a su presente, que está dominado por el recuerdo sin poderlo someter (y esto es en diversos grados, el caso de todos aquellos que han vivido en los campos de la muerte), este individuo es digno de compasión y de ayuda: se condena involuntariamente a sí mismo a un desierto sin salida, cuando no a la locura. El grupo que no logra desprenderse de la conmemoración lancinante del pasado, tanto más difícil de olvidar cuanto que es doloroso, o los que, en el seno de este grupo, lo incitan a vivir así, merecen menos la simpatía: esta vez, el pasado sirve para reprimir el presente, y esta represión no es menos peligrosa que la otra. Todos tienen el derecho de recuperar su pasado, por supuesto, pero no hay porque exigir un culto de la memoria por la memoria; sacralizar la memoria es otra manera de volverla estéril. Una vez restablecido el pasado, se debe preguntar: ¿De qué modo se utilizará éste, y con qué objetivo?

SINGULAR, INCOMPARABLE, SUPERLATIVO

Numerosos son, no obstante, los que rechazan la memoria ejemplar. Su argumento habitual es: el acontecimiento del cual hablamos es absolutamente singular, perfectamente único, y si usted busca compararlo con otros, esto no puede explicarse más que por su deseo de profanarlo, y aún de atenuarle la gravedad. Este argumento es particularmente frecuente en el debate sobre el judeocidio perpetrado por los nazis a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, o lo que se llama también para subrayarle la singularidad, el holocausto, o la Shoah. Así, me sucedió en diciembre de 1993, al asistir a un congreso organizado por el museo de Auschwitz, en Polonia, cuyo tema era “La unicidad e incomparabilidad del holocausto”.

Decir que un acontecimiento como el judeocidio es a la vez singular e incomparable, es una afirmación que disimula probablemente otra, porque ella es, tomado al pie de la letra, o demasiado banal o absurda. En efecto, cada acontecimiento, y no sólo el más traumatizante de todos, es absolutamente singular. Para quedar en el registro de lo horrible, ¿No es única la destrucción casi total de la población de todo un continente, la América del siglo XVI? ¿No es único el sometimiento masivo a la esclavitud de la población de otro continente, el africano? ¿La reclusión de quince millones de detenidos en los campos estalinistas, no es única? Se podría agregar, además, que si se los examina lo suficientemente cerca, los acontecimientos alegres no son menos singulares que los horrorosos.

A menos de entender, por otra parte, por “comparación”, identidad o al menos equivalencia, es difícil comprender a nombre de qué principio admitido en el “debate público” se podría rechazar toda comparación de un acontecimiento con otro. Hablo del debate público porque es claro que, en otras circunstancias, el uso de la comparación

puede revelarse inconveniente, incluso ofensivo. No se irá a decir a una persona que acaba de perder a su hijo que su pena es comparable a la de muchos otros parientes desgraciados. Hay que insistir sobre este asunto y no descuidar este punto de vista subjetivo: para el individuo, la experiencia es forzosamente singular y, además, la más intensa de todas. Hay una arrogancia de la razón, insoportable para el individuo que se ve desposeído de su experiencia y del sentido que él le acordaba, a nombre de consideraciones que le son extrañas. Se comprende también que quien está empeñado en una experiencia mística niega, por principio, toda comparación aplicada a su experiencia. Incluso todo uso de su lenguaje en lo referente a ella. Ella es, y debe permanecer, indecible e irrepresentable, incomprendible e incognoscible, ya que es sagrada.

Estas actitudes merecen el respeto, pero son extrañas al debate racional. Para él, en cambio la comparación, lejos de excluir la unicidad, es la única manera de fundarla: ¿Cómo, en efecto, afirmar que un fenómeno es único sino lo he comparado jamás con ningún otro? No queremos ser como esa esposa de Usbek, en *Las Lettres persanes* de Montesquieu, que le dice con un suspiro que es el más bello de los hombres y que ella jamás ha visto otro como él. Quien dice comparación dice semejanzas y diferencias. Hablando de los estragos del nazismo varias comparaciones vienen a la mente, y todas ellas nos permiten -desde diferentes grados- ganar en su comprensión. Algunas de sus características se encuentran en el genocidio de los armenios, otras en los campos soviéticos, otras aún en el sometimiento de los africanos a la esclavitud.

Hay, por supuesto, algunas precauciones que tomar; pero ellas no están fuera del dominio del buen sentido. Es claro, por ejemplo, que no hay que confundir las realidades históricas (régimen hitleriano y régimen estalinista, para nosotros éstos son un ejemplo particularmente sensible) y las representaciones ideológicas que esos regímenes escogieron para darse a sí mismos: una cosa es comparar dos doctrinas, nazismo y leninismo, y otra cosa muy diferente, Auschwitz y Kolyma. Se recordará también que comparar no significa explicar (por una relación causal) y, aún menos perdonar: los crímenes nazis no se explican por los crímenes estalinistas, ni viceversa, y, como se ha dicho frecuentemente, la existencia de unos no vuelve de ningún modo, la perpetración de los otros menos culpable. La apertura de los archivos secretos soviéticos, de los cuales se tiene ya una primera impresión, nos enseñará, por supuesto, mucho del tema de la secreta complicidad que unía estos dos regímenes en los años 30 de nuestro siglo; la condena de cada uno de sus crímenes no la vuelve menos absoluta.

Si se creía verdaderamente que un acontecimiento como el judeocidio se caracterizaba por su "única singularidad" que era incomparable con "otro acontecimiento pasado, presente o futuro", se estaría en el derecho de denunciar las mezclas practicadas aquí o allá; pero no de servirse de él como de un ejemplo de esta iniquidad de la cual se debe combatir también las otras instancias, lo que sin embargo siempre se hace. Es posible afirmar a la vez, que el pasado debe servirnos de lección y que es absolutamente incomparable con el presente: lo que es singular no nos enseña nada para el futuro. Si el acontecimiento es único, se le puede guardar en la memoria y obrar en función de este recuerdo, pero él no puede ser utilizado como clave para otra ocasión;

recíprocamente, si nosotros leemos en un acontecimiento pasado una lección para el presente, es que les damos a ambos características comunes. Para que la colectividad pueda sacar provecho de la experiencia individual, ella debe reconocer lo que puede tener en común con otras. Proust, gran especialista de la memoria había señalado esta distribución: “No se puede aprovechar ninguna lección, escribía él, porque no se sabe descender hasta lo general, y uno se figura siempre encontrarse frente a una experiencia que no tiene precedentes en el pasado”²³.

Estos principios parecen evidentes; pero todos sabemos que cuando ellos se encuentran aplicados al nazismo, las pasiones se desencadenan y los desacuerdos son muchos. De un lado se afirma, como lo leía recientemente en un pequeño texto difundido por una federación de deportados en Francia: “El sistema Nazi no tiene comparación en la historia. No puede ser comparado con ningún otro régimen, ya sea el más ‘totalitario’ y sanguinario”. Del otro, se esgrime la posibilidad de la comparación como si se tratara de una justificación, de una minimización de lo que ha sido realizado. Es que, desde toda evidencia, no es de un debate abstracto sobre la metodología científica de lo que aquí se trata. ¿Entonces, de qué se trata?

Cuando se habla de una cualidad “singular” lo que se tiene presente frecuentemente es, en realidad, una cualidad *superlativa*: se afirma que es el mayor, o el peor crimen de la historia de la humanidad; lo que, sea dicho de paso, es un juicio que no puede resultar sino de una comparación. En nuestra época, el hitlerismo ha aparecido como una encarnación perfecta del mal; como lo dice aún el mismo texto de la federación de deportados, “sigue siendo el símbolo del horror absoluto”. Este triste privilegio hace que todo otro acontecimiento que se le pueda comparar es percibido a su vez con relación a este mal absoluto. Lo que según el punto de vista en el cual se ubique, el del hitlerismo o el del estalinismo toma dos significados opuestos: del lado hitleriano, toda comparación es percibida como una excusa, del lado estalinista, como una acusación. En realidad las cosas son un poco más complejas, porque hay que distinguir en cada campo, los verdugos y las víctimas: o, más exactamente, porque el paso del tiempo hace que tengamos cada vez menos relación con las víctimas y con los verdugos reales, los grupos que, por razones de pertenencia nacional o ideológica se reconocen, quizás inconscientemente, en uno o en otro papel. Lo que nos lleva a distinguir entre cuatro reacciones típicas frente a la comparación entre Auschwitz y Kolyma, los verdugos de los unos se encuentran paradójicamente próximos a las víctimas de los otros:

1. Los “verdugos” del lado hitleriano están por la comparación, porque les sirve de excusa.
2. Las “víctimas” del lado hitleriano están contra la comparación, porque ellos ven en ésta una excusa.
3. Los “verdugos” del lado estalinista están contra la comparación, porque ellos ven en ésta una acusación.

²³ M. Proust. *A la recherche du temps perdu*. Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1987, tome II, p. 713.

4. Las “víctimas” del lado estalinista están por la comparación, porque ésta les sirve de acusación.

Por supuesto, hay excepciones a este determinismo psico-político y volveré sobre ello. Pero, en una primera aproximación, hay muchas probabilidades de que podamos adivinar la opinión de una persona sobre el tema si sabemos en cual grupo se reconoce. Para los disidentes y opositores al régimen comunista en los decenios precedentes, por ejemplo, la comparación era evidente, al punto que el actual presidente de Bulgaria, Jéliu Jélev, entonces oscuro investigador en historia y ciencias políticas, se había contentado con escribir para combatir el régimen comunista en Bulgaria, una obra intitulada *Le Fascisme*, y consagrada a los movimientos políticos de los años 30 en Europa Occidental. La censura oficial comprendió perfectamente la segunda intención y prohibió el libro; ¡inmediatamente Jélev fue despedido de su empleo! En su prefacio a la reedición del libro en 1989, después de la caída de los regímenes comunistas, Jélev, que puede ahora llamar las cosas por su nombre, sigue hablando de “coincidencia absoluta de las dos variantes del régimen totalitario, la versión fascista y la nuestra comunista”; si hay que constatar una diferencia, cueste lo que cueste, ella será en favor del fascismo: “No solamente los regímenes fascistas han desaparecido muy pronto, sino que ellos han sido instaurados más tarde, lo que viene a probar que ellos no son sino una pálida imitación, un plagio del régimen totalitario verdadero, auténtico, perfecto y consumado”²⁴.

Los que se sienten próximos a las tesis o de los poderes comunistas, al Este como al Oeste, están contra la comparación; exactamente lo mismo los que se reconocen en las víctimas judías del nazismo. Los alemanes, por su parte, pueden proyectarse en los dos tipos de actitud provocada por el nazismo y valorizar, como lo ha ilustrado la reciente “querrela de los historiadores” ya sea las semejanzas, ya sea las diferencias entre los dos regímenes. Los grupos 2 y 3 están pues del lado de la memoria literal; los grupos 1 y 4, del lado de la memoria ejemplar.

LA EJEMPLARIDAD

Digamos primero una palabra sobre esta reivindicación del superlativo. Es permitido, creo, no interesarse en los *hit parades* del sufrimiento, en las jerarquías exactas en el martirilogio. Más allá de un cierto umbral, los crímenes contra la humanidad, a pesar de permanecer específicos, se agrupan en el horror sin matices que suscitan y en la condena absoluta que ellos merecen; esto vale además, en mi concepto, tanto para el exterminio de los amerindios como para la sumisión de los esclavos africanos, para los horrores del Gulag, como para los campos nazis.

¿Para qué la ejemplaridad, entonces? Porque no hay ningún mérito en colocarse del buen lado de la barricada, una vez que el consenso social ha establecido firmemente dónde está el bien y donde está el mal. Dar lecciones de moral no ha sido jamás una prueba de virtud. Hay en cambio un mérito incontestable en pasar de su propia

²⁴ J. Jélev. *Le Fascisme*. Geneve, Editions Rousseau, 1993, p. 12-15.

desgracia, a la de sus semejantes, a la desgracia de los otros, de no reclamar para sí mismo el estatuto exclusivo de antigua víctima. Quisiera ilustrar mis palabras en favor de la ejemplaridad con algunas figuras, ellas mismas ejemplares, no sólo en lo que ellas han sabido luchar contra las injusticias presentes, sino también porque ellas se han elevado por encima del determinismo un poco corto que evocaba anteriormente, el de la pertenencia.

David Rousset era un prisionero político, deportado a Buchenwald; tuvo la suerte de sobrevivir y de volver a Francia. No contento con esto, escribió varios libros en los cuales se esforzó en analizar y comprender el universo concentracional; estos libros le han dado notoriedad. Pero esto no se queda ahí: el 12 de noviembre de 1949, publica un llamado a los antiguos deportados nazis para que ellos tomen por su cuenta la investigación sobre los campos soviéticos aún en actividad. Este llamado produjo un efecto detonante: los comunistas están fuertemente representados entre los antiguos deportados y la elección entre las dos lealtades puestas en conflicto, no es fácil. Después de este llamado, numerosas federaciones de deportados se encontraron divididas en dos. La prensa comunista cubre a Rousset de injurias, lo que la lleva a entablarle un proceso de difamación, que él gana. Consagra entonces, varios años de su vida a combatir los campos de concentración comunistas, reuniendo y publicando informaciones sobre éstos.

Si hubiese privilegiado la memoria literal, Rousset habría pasado el resto de su vida inmerso en su pasado, curando sus propias heridas, alimentando su resentimiento con respecto a los que le habían infligido una ofensa inolvidable. Al privilegiar la memoria ejemplar él eligió servirse de la lección del pasado para actuar en el presente, en una situación de la cual no es actor, y que sólo conoce por analogía, o desde el exterior. Es así, como comprende su deber de antiguo deportado, y es por esto que se dirige con prioridad, esto es esencial, a otros antiguos deportados. “Ustedes no pueden rehusar este papel de juez, escribe. Esta es precisamente la tarea más importante para ustedes, antiguos deportados políticos. Los otros, los que no fueron jamás prisioneros, pueden denunciar la pobreza de la imaginación, la incompetencia. Nosotros somos, profesionales, especialistas. Este es el precio que debemos pagar por el resto de vida que nos ha sido concedida”²⁵.

El deber de los antiguos deportados es investigar sobre los campos actuales.

Una elección como ésta implica, evidentemente, que se acepte la comparación entre campos nazis y campos soviéticos. Rousset conoce los riesgos de la operación. Ciertas diferencias son irreductibles. No hay en U.R.S.S. ni en otra parte campos de exterminio; éstos no aspiran a ninguna extrapolación, a ninguna generalización. Pero, de golpe, ellos no conducen tampoco a una acción en el presente, solamente al estupor mudo y a la compasión sin fin por sus víctimas. Ahora bien, el fenómeno concentracionario es común a los dos regímenes, y las otras diferencias, no obstante reales, no justifican el abandono de la comparación. Una segunda pregunta se presenta entonces: ¿No se

²⁵ E. Cofermann. *David Rousset*, París, Plon, 1991, p. 199, 208.

debe generalizar aún y asimilar los sufrimientos en los campos al “universal lamento secular de los pueblos”, a toda desgracia, a toda injusticia? Hay, en efecto, un peligro para la memoria ejemplar de diluirse en universal analogía, donde todos los gatos de la angustia son pardos. No solamente sería condenarse a la parálisis ante la inmensidad de la tarea, sino, además, desconocer el hecho de que los campos no representan una injusticia entre otras, sino la más grande infamia a la cual ha sido llevado el ser humano en el siglo XX. Como lo dice Rousset en su proceso: “La desgracia concentracionaria no tiene parangón con todas las otras”²⁶. La memoria ejemplar generaliza, pero de manera limitada; no hace desaparecer la identidad de los hechos, los coloca solamente en relación los unos con los otros, establece comparaciones que permiten resaltar semejanzas y diferencias. Y “sin comparación” no quiere decir “sin vínculo”: lo extremo está en germen en lo cotidiano. Hay que, sin embargo, saber distinguir entre germen y fruto.

En 1957, un funcionario francés, Paul Teitgen, un antiguo deportado de Dachau, que renunció a su puesto de secretario de la prefectura de Argel explicaba su gesto por la semejanza entre las huellas de tortura que él veía en los cuerpos de prisioneros argelinos y las de las sevicias que él había sufrido personalmente en los sótanos de la Gestapo en Nancy. ¿Era ésta una comparación abusiva?

Quisiera evocar también la figura de Vassily Grossman, el gran escritor judío-soviético. Debía ser muy difícil para él escoger entre las víctimas del uno o del otro régimen y en reconocerse en las unas antes que en las otras: él vivía en U.R.S.S. y había adquirido poco a poco un conocimiento íntimo de sus crímenes; pero su propia madre había sido, como judía, asesinada por los *Einsatz kommandos* que operaban tras la frontera germano-rusa; con los primeros batallones del ejército Rojo, había visto con sus propios ojos el campo de Treblinka. Describió en *Vie et destin*, la abominación de uno y otro sistema, sus puntos comunes y sus diferencias. Pero, en otro momento de su vida, tuvo la ocasión de tomar partido: al regresar a Erévan y después de conocer en detalle el genocidio armenio. Describe entonces, su reencuentro con un anciano emocionado porque un judío tome también a pecho la tragedia de otro pueblo y quiera escribir su historia. “Deseaba que fuera un hijo del pueblo mártir armenio el que escribiese sobre los judíos”²⁷. A Grossman se había unido en su elección, en el mismo momento aproximadamente, otro gran escritor de origen judío, el francés André Schwarz-Bart, que explicaba por qué se había orientado, después de *Le Dernier des Justes*, hacia el mundo de los esclavos negros: “A un gran rabino al que se le preguntaba: ‘por qué la cigüeña, que en hebreo ha sido llamada Hassida (afectuosa) porque amaba a los suyos, fue puesta sin embargo en la categoría de las aves impuras’, respondió: ‘porque ella no da su amor sino a los suyos’”²⁸.

Mencionaré en fin, un polaco célebre, Marek Edelman, quien ha sido, como se sabe, uno de los caudillos de la insurrección del ghetto en Varsovia. Lo que quisiera recordar aquí es su comentario lapidario de la actual guerra en Bosnia-Herzégovina: “Es

²⁶ David Rousset et al. *Pour la vérité sur les camps concentrationnaires*, Paris, Ramsay, 1990, p. 244.

²⁷ V. Grossman. *Dobro Vam!*, Moscou, Sovetskij Pisatel, p. 270.

²⁸ Citado por Alfred Grosser, *Le Crime et la mémoire*, Paris, Flammarion, 1989, p. 239.

una victoria póstuma de Hitler”. ¿Se debería reprochar al héroe de 1943 el haber caído en la trampa de la mezcla? Confiemos en él, tal no es ciertamente el caso. Pero, antes de insistir sobre su papel de víctima del nazismo (o del estalinismo), Edelman ha preferido recordar el punto común, la purificación étnica, porque éste le permite actuar en el presente.

Es superfluo, se ha visto, preguntarse si se debe o no conocer la verdad sobre el pasado: la respuesta, aquí, es siempre afirmativa. Sin embargo, no ocurre así con los objetivos que se tratará de servir con la ayuda de este recuerdo, y el juicio que dirijamos sobre este asunto proviene de una elección de valores, en lugar de resultar de la investigación de la verdad; hay que aceptar la comparación de los beneficios buscados para cada uso particular del pasado. No olvidemos el proceso David Rousset: los que se oponían a su tentativa para combatir los campos presentes, no habían olvidado su experiencia pasada. Pierre Daix, Marie-Claude Vaillant-Couturier, otros antiguos deportados comunistas habían vivido el infierno de Mauthausen o de Auschwitz y el recuerdo de los campos estaba muy presente en su memoria. Si ellos rehusaban combatir el Gulag, esto no era por un error de memoria, sino porque sus principios ideológicos se los prohibían. Como lo decía la diputada comunista, ella se rehusaba considerar la pregunta, porque *sabía* “que no existen campos de concentración en la Unión Soviética”. Haciendo esto, estos antiguos deportados se transformaban en verdaderos negacionistas, más peligrosos aún que los que niegan hoy la existencia de las cámaras de gas, porque los campos soviéticos estaban entonces en plena actividad y denunciarlos públicamente era la única manera de combatirlos.

Lo anterior no solamente se aplica a las acciones abiertamente políticas, sino también las que se adornan con los triunfos de la ciencia. No basta con recomendar a los científicos dejarse guiar por la sola búsqueda de la verdad, sin preocuparse de ningún interés; de perseguir, pues, tranquilamente sus comparaciones, para subrayar diferencias y semejanzas, y de ignorar el uso que se hará de sus descubrimientos. El que cree que la cosa es posible sufre de una cierta ingenuidad y postula una oposición ilusoria. El trabajo del historiador, así como todo trabajo sobre el pasado, no consiste, solamente, en establecer los hechos, sino también en seleccionar algunos de ellos, que sean más sobresalientes y más significativos que los otros, para ponerlos enseguida en relación; ahora bien, este trabajo de selección y de combinación está necesariamente orientado por la investigación, no de la verdad, sino del bien. La oposición real no será pues entre la ausencia o presencia de un objetivo exterior a la misma investigación, sino entre objetivos diferentes; no entre ciencia y política, sino entre una buena y una mala política.

EL CULTO DE LA MEMORIA

En este fin de milenio, los europeos, y muy particularmente los franceses, están obsesionados con un nuevo culto, el de la memoria. Como si estuvieran poseídos por la nostalgia de un pasado que se aleja irrevocablemente, se entregan con fervor a los ritos conjuratorios, pretendiendo mantenerlo vivo. Se inaugura, parece, un museo cada día en Europa, y las actividades no hace mucho utilitarias, se convierten hoy en objeto de contemplación: se habla de un museo de la Crêpe en Bretagne, de un museo del Oro

en Berry... No se deja pasar un mes sin que se conmemore algún acontecimiento importante, al punto que nos preguntamos si quedan suficientes días disponibles para que se produzcan nuevos acontecimientos... para conmemorar en el siglo XXI. Entre sus mismos vecinos, Francia se distingue por su “manía conmemorativa”, su “frenesí de liturgias históricas”²⁹. Los recientes procesos por crímenes contra la humanidad, así como las revelaciones sobre el pasado de ciertos hombres de estado, incitan a proferir, cada vez más, llamados a la “vigilancia” y al “deber de la memoria”; se nos dice que ella “tiene derechos imprescriptibles” y que uno debe hacerse “militante de la memoria”.

Esta preocupación compulsiva por el pasado puede ser interpretada como el signo de salud de un país pacífico, donde no pasa, felizmente, nada (la historia se hace todos los días en la ex-Yugoslavia: ¿Quién quisiera vivir allí?), o como la nostalgia por una época caduca cuando nuestro país era una potencia mundial; pero, puesto que sabemos ahora que estos llamados a la memoria no tienen en sí mismos ninguna legitimidad mientras que no se precise con que fin se piensa utilizarlos, podremos también interrogarnos sobre las motivaciones específicas de estos “militantes”. Es lo que no han dejado de hacer varios comentaristas atentos (entre ellos Alfred Grosser, Paul Thibaud, Alain Finkielkraut, Eric Conan, Henry Rousso); es en este mismo plano en el que se inscriben las observaciones que siguen.

Hay que señalar en primer lugar que la representación del pasado es constitutiva no solamente de la identidad individual -la persona actual está hecha de las imágenes que se hace de sí misma- sino también de la identidad colectiva. Ahora bien, que se lo quiera o no, la mayor parte de los seres humanos tiene necesidad de sentir su pertenencia a un grupo: ellos encuentran ahí el medio más inmediato de obtener el reconocimiento de su existencia, indispensable para todos y cada uno. Soy católico, o *berrichon*,^{***} o campesino, o comunista: no soy nadie, no me arriesgo a ser engullido por la nada.

Aún cuando no se sea particularmente perspicaz, no se puede dejar de percibir que el mundo contemporáneo evoluciona en el sentido de una gran homogeneidad y uniformidad, y que esta evolución perjudica a las identidades y a las adhesiones tradicionales. Homogenización en nuestras sociedades, primero, debido al crecimiento de la clase media, a la necesaria movilidad social y geográfica de sus miembros, a la desaparición de la guerra civil ideológica (los “excluidos”, no desean reivindicar su nueva identidad). Pero además, uniformización entre sociedades, efecto de la circulación internacional acelerada de informaciones, de bienes de consumo cultural (emisión de radio y televisión) y de las personas. La reunión de estas dos condiciones -la necesidad de identidad colectiva, la destrucción de las identidades tradicionales- es responsable, en parte del nuevo culto de la memoria: es constituyéndose un pasado común que se podrá beneficiar del reconocimiento debido al grupo. El recurso al pasado es particularmente útil cuando las filiaciones son reivindicadas por primera vez: me reclamo de la raza negra, del género femenino, de la comunidad homosexual, es

²⁹ Como los llama Jean-Claude Guillebaud, *La Trahison des Lumieres*, París, Seuil, 1995, p. 21.

^{***} *Berrichon*: natural de la región de Berry, Francia. (N. del T.)

necesario pues, que sepa quienes son ellos. Estas nuevas reivindicaciones son tanto más apasionadas cuanto que ellas se sienten ir contra la corriente.

Otra razón para preocuparse del pasado es que esto nos permite desviarnos del presente, procurándonos los beneficios de la buena conciencia. Que se nos recuerde hoy con minuciosidad los sufrimientos pasados, quizás nos vuelva más conscientes con respecto a Hitler y Pétain, pero también nos hace más ignorantes de las amenazas presentes, puesto que ellas no tienen los mismos actores ni toman las mismas formas. Denunciar las debilidades de un hombre ante Vichy me hace aparecer como un valiente combatiente de la memoria y de la justicia, sin exponerme a ningún peligro ni obligarme a asumir mis eventuales responsabilidades frente a las angustias actuales. Conmemorar las víctimas del pasado es gratificante, ocuparse de ellas hoy perturba; “por no haber una acción real contra el “fascismo” de hoy, que sea real o fantasmal, se dirige el ataque, decididamente, sobre el fascismo de ayer”³⁰. Esta exoneración del cuidado presente por la memoria del pasado puede así mismo ir más lejos: como lo escribía Rezvani en una de sus novelas, “la memoria de nuestros duelos nos impide mirar los sufrimientos de los otros, ella justifica nuestros actos presentes en nombre de los sufrimientos pasados”³¹. Los serbios, en Croacia y en Bosnia, recuerdan con tanto más agrado las injusticias de las cuales han sido víctimas sus antepasados, pues este recuerdo les permite olvidar -esperan ellos- las exacciones de las cuales se vuelven culpables ahora; y ellos no son los únicos que obran de esta manera.

Una última razón al nuevo culto de la memoria sería, que sus practicantes se aseguran también ciertos privilegios en el seno de la sociedad. Un antiguo combatiente, un antiguo miembro de la resistencia, un antiguo héroe no desea que se ignore su heroísmo pasado, y esto es después de todo muy normal. Lo que es al menos a primera vista más sorprendente, es la necesidad apremiante, por otros individuos o grupos de reconocerse en el papel de víctimas pasadas, y de querer asumirlo en el presente. ¿Qué habría de agradable en el hecho de ser víctima? Nada, seguramente. Pero, si nadie quiere ser una víctima, todos, en cambio, quieren haberlo sido, sin serlo; aspiran al *estatuto* de víctima. La vida privada conoce este escenario: un miembro de la familia se adueña del papel de víctima, por lo tanto, el puede atribuir a quienes lo rodean el papel mucho menos envidiable de culpable. Haber sido víctima te da el derecho de ser compadecido, de protestar y de reclamar; salvo si se rompe todo vínculo contigo, los otros están obligados a responder a tus demandas. Es más ventajoso quedar en el papel de víctima que recibir una reparación por la ofensa sufrida (suponiendo que esta ofensa sea real): en lugar de una satisfacción puntual, se guarda un privilegio permanente, la atención y luego el reconocimiento de los otros te es asegurado.

Lo que es verdad de los individuos lo es aún más de los grupos. Si se llega a establecer de manera convincente que tal grupo ha sido víctima de injusticia en el pasado, esto le abre en el presente una línea de crédito inagotable. Puesto que la sociedad reconoce que los grupos, y no solamente los individuos, tienen derechos, hay que aprovecharlo;

³⁰ Eric Conan y Henry Rousso, *Vichy. un passé qui en passe pas*, Paris, Fayard, 1994, p. 280

³¹ S. Rezvani. *La traversée des Monts Noirs*, Paris, Stock, 1992, p. 264.

ahora bien, mientras más grande haya sido la ofensa en el pasado, más grandes serán los derechos en el presente. En lugar de tener que luchar por obtener un privilegio, se le recibe de oficio por su sola pertenencia al grupo antaño desfavorecido. De allí, la competencia desenfrenada por obtener, no como entre países, la cláusula de la nación más favorecida, sino la del grupo más desfavorecido. Los negros americanos suministran un ejemplo elocuente de esta conducta. Víctimas indiscutibles de la esclavitud y de sus secuelas, así como de la discriminación racial, deseosos de salir de esta posición, no desean en cambio de ningún modo, abandonar el papel de víctima que les asegura un privilegio moral y político durable. ¿Qué son seis millones de judíos muertos, por lo demás, fuera de América?, exclama Louis Farrakhan, el jefe de la Nación de Islam: “El holocausto del pueblo negro ha sido cien veces peor que el holocausto de los judíos”. A víctima, víctima y media.

Es importante ver aquí que las gratificaciones obtenidas por el estatuto de víctima, no tienen de ningún modo necesidad de ser materiales; al contrario, las reparaciones acordadas por el responsable de la desgracia, o por sus descendientes, permiten extender la deuda simbólica. Ahora bien, es ella la que cuenta y, al lado de ella, las ventajas materiales son irrisorias. Los beneficios obtenidos por el miembro de un grupo que ha adquirido el estatuto de víctima son de otra naturaleza, como bien lo ha visto Alain Finkielkraut: “Otros habían sufrido, y yo porque era su descendiente, recibía de ello el beneficio moral [...] El linaje hacía de mí el concesionario del genocidio, su testigo y casi su víctima. [...] comparado con una tal investidura, todo otro título me parecía miserable o irrisorio”³².

El culto de la memoria no siempre sirve a la justicia; no es tampoco forzosamente favorable a la memoria misma. Francia ha conocido, estos últimos años, sus procesos por crímenes contra la humanidad, con el propósito, se nos decía, de reanimar la memoria nacional. Ciertas voces, como la de Simone Veil o de Georges Kiejman se han, sin embargo, manifestado para preguntarse -a justo título, me parece- si había absolutamente necesidad de pasar por procesos para mantener la memoria viva. Además que existe allí el peligro de practicar una justicia para el ejemplo, para la enseñanza que podría sacarse de ello; hay otros lugares donde esta memoria se preserva: en las conmemoraciones oficiales, en la enseñanza escolar, en los medios, en las obras de historia. El Desembarco de 1944 que acaba de ser celebrado con magnificencia, está presente en todas las memorias; ¿habría sido necesario un proceso para recordarlo mejor?

Pero, sobre todo, no es seguro que tales procesos sirvan muy bien a la memoria, que den una imagen precisa y matizada del pasado: los pretorios convienen menos a este trabajo que las obras de historia. Al aceptar perseguir a Barbie por su acción contra la resistencia, no se hacía solamente una excepción al derecho, que distingue entre los crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad; no se hacía tampoco un favor a la memoria. Barbie torturaba a los miembros de la resistencia, es un hecho, pero ellos hacían lo mismo cuando se apoderaban de un oficial de la Gestapo. Además el ejército

³² Alain Finkielkraut. *Le Juif imaginaire*, París, Seuil, 1980, p.18.

francés ha hecho sistemáticamente uso de la tortura, después de 1944, por ejemplo en Argelia; ahora bien, nadie ha sido condenado por esta razón por crimen contra la humanidad. Por otra parte, cuando se eligió para el primer proceso a un policía alemán, se volvía menos visible la implicación de los franceses en la política nazi, cuando los milicianos eran, muchos testigos lo dicen, peores que los alemanes.

En fin, el significado histórico de estos actos ¿no era turbado por la presencia de testigos como Marie-Claude Vaillant-Couturier, antigua deportada de Auschwitz, quien era reconocida también por su combate contra las revelaciones del Gulag? En el proceso Touvier, la presencia de Madame Nordmann entre los abogados de las partes civiles tenía un efecto del mismo orden: esta jurista defensora titulada del Partido Comunista Francés durante largos años, se estaba volviendo célebre por un comportamiento particularmente agresivo en el curso del proceso Kravchenko y Rousset, en 1948 y 1949, cuando se trataba de negar la existencia de los campos en la Unión Soviética. ¿Se puede condenar los campos aquí y defenderlos en otra parte? ¿Es para esto que debe servir la memoria? Es verdad que en el tribunal de Nuremberg los representantes de Stalin participaban en el juicio de los colaboradores de Hitler, situación particularmente obscena puesto que los unos se estaban volviendo culpables de crímenes tan atroces como los otros.

No hay ya en nuestros días redadas de judíos ni campos de exterminio. Debemos, no obstante, mantener viva la memoria del pasado: no para pedir reparación por la ofensa sufrida, sino para estar alerta sobre situaciones nuevas y sin embargo análogas. El racismo, la xenofobia, la exclusión que golpea los otros hoy, no son idénticas a las de hace cincuenta, cien o doscientos años; no debemos menos, en nombre de este pasado precisamente, obrar en el presente. Hoy la memoria de la Segunda Guerra Mundial está viva en Europa, conservada por innumerables conmemoraciones, publicaciones y emisiones de radio o de televisión; pero la repetición ritual del “no hay que olvidar” no tiene ninguna incidencia visible sobre los procesos de purificación étnica, de torturas y de ejecuciones masivas que se producen al mismo tiempo en Europa. Alain Finkielkraut subrayaba recientemente que la mejor manera de conmemorar el 50 aniversario de la redada del Vel d’ Hiv sería, más que reclamar su tardía solidaridad con las víctimas de antaño, combatir los crímenes cometidos por Serbia con respecto a sus vecinos. Los que a un título u otro conocen el horror del pasado, tienen el deber de manifestar su voz contra otro horror, igualmente presente, que ocurre a algunas centenas de kilómetros, incluso a unas decenas de metros de sus casas. Lejos de quedar prisioneros del pasado, lo habremos puesto al servicio del presente, así como la memoria -y el olvido- deben ponerse al servicio de la justicia.

INICIO

LA CIUDAD ANTERIOR

Mito, memoria e inmigración

Manuel Delgado Ruíz*

Es doctor en Antropología, profesor titular de Antropología de la Universidad de Barcelona, miembro del Instituto Catalán de Antropología. Autor de: *Las palabras de otro hombre*, *Anticlericalismo y misoginia*, *Romerías sin santuarios*, *procesiones sin cura*, *La religiosidad laica de los catalanoandaluces*, entre otros.

¿QUIÉN PUEDE SER INMIGRANTE EN LA CIUDAD?

Los movimientos migratorios que han escogido como desembocadura las urbes son la premisa de las que éstas han dependido para crecer y prosperar, al tiempo que la materia prima de aquel cosmopolitismo en el que la sociedad urbana encuentra su marca de singularidad. La Escuela de Chicago -Park, Burgess, Wirth- ya establecía como a tendencia a la heterogeneidad generalizada y al amalgamamiento de formas sociales que experimentaban las ciudades no era sólo posible, sino que resultaba estructuralmente necesaria. A las ciudades, en efecto, les era indispensable importar diversidad, si es que querían ver cumplido aquel principio, ya enunciado por Darwin y Durkheim, según el cual la diferenciación y la especialización eran requisitos que toda sociedad demográficamente densa exigía para que quedase asegurada su supervivencia, mucho más si se pensaba en la crónica tendencia al déficit demográfico que experimentan las ciudades en los países industrializados. En efecto, los especialistas ya llevan mucho tiempo advirtiendo que la caída del índice de natalidad en Europa y el envejecimiento de la población han hecho y continúan haciendo indispensable la admisión de un flujo de trabajadores jóvenes, que hoy por hoy sólo la inmigración está en condiciones de aportar. Por decirlo con las palabras que empleara el propio Wirth: "Dado que la población de la ciudad no se reproduce a si misma, ha de reclutar a sus inmigrantes en otras ciudades, en el campo y en otros países. La ciudad ha sido así crisol de razas, pueblos y culturas y un vivero propicio de híbridos culturales y biológicos nuevos. No sólo ha tolerado las diferencias individuales, sino que las ha fomentado. Ha unido a individuos procedentes de puntos extremos del planeta porque eran diferentes y por ello útiles mutuamente, más que porque fuesen homogéneos y similares en su mentalidad"³³.

La ciudad podrá ser, entonces, pensable en términos de un colosal mecanismo caníbal, cuyo sustento fundamental eran esos inmigrantes que atrae masivamente, pero que nunca acaban de satisfacer su apetito. Este presupuesto chicagiano le anticipaba la razón a lo que proclamaban las manifestaciones antixenófobas recientes en numerosas

³³ L. Wirth. "El urbanismo como forma de vida", en M. Fernández Martorell, ed., *Leer la ciudad*, Icaria, Barcelona, 1988. (1938), p.45.

ciudades europeas: en la ciudad, todos somos inmigrantes, todos vinimos de fuera alguna vez. Definida por la condición heteróclita e inestable de los materiales humanos que la conforman, consciente como es, a su manera, de la naturaleza permanentemente alterada de las estructuras que la hacen viable, la ciudad sólo deberá de percibir como extranjeros a los recién llegados, aquellos que justamente acaban de arribar luego de haber cambiado de territorio. El inmigrante es, por ello, una figura efímera, destinada a ser reconocida, examinada y, más tarde o más temprano, digerida por un orden urbano del que constituye el alimento básico, al tiempo que una garantía de renovación y continuidad.

Ahora bien, si es así, si las ciudades dependen en tantos sentidos de éstos aportes humanos que la nutren, ¿qué justifica entonces la aparición de un discurso que, contradiciendo toda las evidencias, se empeña en plantear la presencia de inmigrantes en las ciudades de Europa como una fuente de inquietud, como una amenaza o como un grave problema que hay que solventar? En paralelo a ello, si todo urbanita debería reconocerse a sí mismo como resultado más o menos directo de la inmigración, ¿qué es lo que nos permite llamarle a alguien "inmigrante", mientras que se dispensa a otros de tal calificativo, mereciéndolo por igual?, ¿Quién en la ciudad, merece ser designado como inmigrante? Y, ¿por cuánto tiempo? Toda respuesta al enigma de la conflictivización de los flujos migratorios que confluyen en la ciudad -es decir de esa manera de mostrar como problema lo que de hecho constituye una solución-, debe pasar por reconocer que el que llamamos inmigrante -y que, por tanto, hacemos resaltar sobre un plano homogéneo formado por presuntos "no-inmigrantes" o "autóctonos"- no es una figura objetiva, sino más bien un personaje imaginario, lo que no desmiente, antes al contrario, sino que intensifica su realidad. Lo que hace de alguien un inmigrante no es una cualidad, sino un atributo, y un atributo que le es aplicado desde fuera, a la manera de un estigma y un principio denegatorio. El inmigrante es aquél que, como todos, ha recalado en la ciudad luego de un viaje, pero que, al hacerlo, no ha perdido su condición de viajero en tránsito, sino que es obligado a conservarla a perpetuidad. Y no sólo él, sino incluso sus descendientes, que deberán arrastrar como una condena la marca de desterrados heredada de sus padres y que hará de ellos eso que, contra toda lógica, se acuerda llamar "inmigrantes de segunda o tercera generación".

Lejos de la objetividad que las cifras estadísticas le presumen, el inmigrante es una producción social, una denominación de origen que se aplica no a los inmigrantes reales -lo que complicaría a la casi totalidad de urbanitas europeos-, sino sólo a algunos. A la hora de establecer con claridad qué es lo que debe entenderse que es un "inmigrante", lo primero que se aprecia es que tal atributo no se aplica a todo aquel que vino en un momento dado de fuera. Ni siquiera a todos aquellos que acaban de llegar. En el imaginario social en vigor "inmigrante" es un atributo que se aplica a individuos percibidos como investidos de determinadas características negativas. El inmigrante, en efecto, ha de ser considerado, de entrada, extranjero, esto es "de otro sitio", "de fuera", y, más en particular, de algún modo intruso, puesto que se entiende que su presencia no responde a invitación alguna. El inmigrante debe ser, por lo demás, pobre. El calificativo inmigrante no se aplica en casi ningún caso a empleados cualificados procedentes de países ricos, tanto si son de la propia CEE como si proceden de

Norteamérica o de Japón. Inmigrante lo es únicamente aquel cuyo destino es ocupar los peores lugares del sistema social que lo acoge. Además de ser inferior por el sitio que ocupa en el sistema de estratificación social, lo es también en el plano cultural, puesto que procede de una sociedad menos modernizada -el campo, las regiones pobres del propio Estado, el Sur, el llamado Tercer Mundo...-. Es por tanto un atrasado en lo civilizatorio. Por último, es numéricamente excesivo, por lo que su percepción es la de alguien que está de más, que sobra, que constituye un excedente del que hay que librarse.

Es así que los inmigrantes pueden ser pensados como una masa indeseable que ha conseguido infiltrarse hasta el corazón mismo de la polis, y que se ha instalado allí como un cuerpo mórbido y en continuo crecimiento, un tumor maligno o una infección de los que hay que interrumpir el avance. La condición civilizatoria inferior del llamado inmigrante se ve compensada inquietantemente por su capacidad de proliferar y reproducirse, pero también por lo escasamente escrupuloso de sus comportamientos y la facilidad con que recurre a la brutalidad. Se trata, al fin, de una reedición de la imagen legendaria del bárbaro: el extraño que se ve llegar a las playas de la ciudad y en el que se han reconocido los perfiles intercambiables del náufrago y del invasor.

LA PRODUCCIÓN SOCIAL Y POLÍTICA DEL INMIGRANTE

Toda la retórica en torno al llamado "problema de la inmigración" en los países de la Europa industrializada se levanta sobre el escamoteamiento de un dato fundamental ya enunciado. A saber, que las ciudades son demográficamente deficitarias y que, por tanto, necesitan importar trabajadores jóvenes, de manera que es exacto afirmar que si el inmigrante ha venido es porque ha sido convidado a hacerlo. Por mucho que las argumentaciones melodramáticas que los mass media ofrecen del asunto insistan en que el inmigrante se ha movido de su lugar por causa de las condiciones de vida miserables que padecía, lo cierto es que un hombre o una mujer jóvenes no cambian de residencia si no tienen una cierta garantía de trabajo en el lugar de acogida. El inmigrante sabe que es posible encontrar trabajo, y por eso acude. Si no, no lo haría. Eso es algo que cualquier demógrafo estaría en condiciones de certificar. Lo que tenemos, a partir de ahí, es que no es el hambre, ni la presión demográfica lo que han desencadenado los procesos migratorios en dirección a las ciudades del mundo industrializado, sino a los intereses de su propio sistema productivo y de mercado -especialmente en periodos de expansión económica-, sobre todo por lo que hace a la necesidad de mantener un ejército de trabajadores no especializados, que, menospreciados y temerosos, estarían dispuestos a ocupar puestos laborales precarios, inseguros, agotadores o insalubres que los obreros ya establecidos -los "nativos"- no aceptan.

Es esta necesidad de las estructuras económicas de las naciones ricas lo que explica la aparición de un discurso social, político, judicial y periodístico que señala al llamado inmigrante como fuente de todo tipo de peligros físicos y morales. A partir de esa imagen del inmigrante como causante de graves conflictos convivenciales, el llamado "problema de la inmigración" se conduce, en realidad, como una expresión más de las dinámicas de exclusión mediante las cuales unos seres humanos son segregados,

discriminados o marginados por otros, a partir de la convicción que existe de que constituyen una comunidad humana intrínsecamente indeseable y merecedora de una descalificación global, no pocas veces seguida de postergación, acoso, inhabilitación, persecución, violencia, etc., no a partir de lo que hacen, sino en función de lo que son o se consideraba que son.

A la hora de determinar cuáles han sido los motivos de este rechazo que legitima la necesidad de negarle a otro el derecho a la igualdad, e incluso que llega a concebirlo como enemigo a neutralizar, se han planteado todo tipo de teorías. Entre todas, parecen merecer la mayor confianza aquellas que ponen en primer término de la explicación factores contextuales, en los que determinados sistemas de acción y representación sociales pueden ser contemplados como los marcos que hacen previsible la exclusión, puesto que han preparado su camino mediante la estigmatización como extraño, peligroso o/e inferior del grupo a excluir. Estos sistemas son consecuencia -que no la causa- de las relaciones entre sectores sociales, uno de los cuales, el previamente marcado en negativo, es considerado incompatible con los segmentos bien mayoritarios, bien hegemónicos de la sociedad en su conjunto. Las variedades de la exclusión social no aparecen entonces en el origen de las tensiones o de las contradicciones sociales, sino que son su resultado. ¿Su tarea?: racionalizar a posteriori la explotación, la marginación, la expulsión, o simplemente la negación de que una parte de miembros de la sociedad pueden ser objeto por parte del resto o/y por parte de las instancias de poder.

Cada uno de los grupos que se autodiferencian o que es distinguido por los demás grupos representa un punto en una red de relaciones sociales, en las que la distribución del espacio, los requerimientos de la división social del trabajo y muchas otras modalidades de conducta competitiva, son fuentes permanentes de colisión entre intereses y entre las identidades en que estos se refugian. La frecuencia y la intensidad de los contactos físicos, territoriales, culturales, económicos, etc., estarían entonces en la base misma de este aumento de la conflictividad entre colectivos humanos copresentes en la ciudad. En estos casos, la identidad colectiva -étnica, religiosa, lingüística, política, etc.- no es más que un subrogado detrás del cual se pueden reconocer con facilidad relaciones de clase o de casta, lo que explicaría la verticalidad que se impone en el contacto entre un colectivo diferenciado y otro. La etnificación de la marginación social y de la mano de obra barata tiene, por lo demás, la función de facilitar el control social y estatal, al mismo tiempo que, en el propio marco de las clases sociales más desfavorecidas, funciona como un medio de racionalizar psicológicamente situaciones de opresión o explotación, al permitirle a un grupo que las sufre "valorizarse" a costa de señalar a otro grupo como inferior a él.

Por otra parte, puede establecerse también que los dispositivos de exclusión que forman parte de este aumento de la conflictividad intrasocial, pueden verse como consecuencia paradójica del auge del igualitarismo en las sociedades modernizadas. En efecto, las ideologías de exclusión -como el racismo y la xenofobia- se conducen a la manera de una fuente de justificaciones con las que desmentir la igualdad de derechos y oportunidades que se supone que fundan el orden político vigente. Todas las modalidades de exclusión -estigmatización, marginación, segregación,

discriminación...- encuentran, por tal vía, un instrumento mediante el que naturalizar una jerarquía en la distribución de privilegios y en el acceso al poder político y el bienestar económico que los principios llamados democráticos no estarían, bajo ningún concepto, en condiciones de legitimar.

El grado cero, la forma más elemental y primera que adopta toda lógica de exclusión es siempre el prejuicio, que sirve para establecer que el grupo humano excluido es causante, directo o indirecto, del trato que recibe. Cuando se esgrimen, como en el caso de los llamados inmigrantes, razones económicas, demográficas, ecológicas, de orden público y de higiene moral para señalar al otro como motivo de alarma, se da por sentado que, de alguna forma, y aunque sea de manera injusta, es ese otro la fuente de los problemas, incluyendo aquellos de los que él mismo es la principal víctima -expulsiones, detenciones, violencias-. Es como si, por así decirlo, "él se lo hubiera buscado".

Por otro lado, y gracias a los prejuicios que suscita, el excluido -el llamado inmigrante en nuestro caso- no es objeto de una atención hostil a partir de su diferenciación, sino que con frecuencia esta diferenciación que ostenta es la consecuencia de la propia marginación que le afecta. De hecho, no es que esté marginado, en situación ilegal, recurra a la delincuencia o simplemente esté mal acoplado al medio ambiente cultural en que quiere insertarse porque es un inmigrante, sino que ha sido clasificado como "inmigrante" porque esas conductas que se le reprochan, y que son consecuencia de las relaciones asimétricas que le afectan, le han convertido en digno de ello. Es la percepción que de un individuo o un grupo humano se hace desde la mayoría social o el poder político en tanto que "anomalía" o "problema" lo que le aboca a ser incluido en el compartimento taxonómico destinado a los "ajenos" y "por debajo", esto es a los inmigrantes.

Como consecuencia del prejuicio la relación no se establece tanto con un grupo determinado, sino con las ideas y actitudes a las que éste aparece asociado por la labor previa que sobre quién prejuzga han hecho el aparato educativo, la familia, el ambiente social, el folklore -de los cuentos infantiles a las películas- o los medios de comunicación. No es con el grupo extrañado-inferiorizado con los que se establece la interrelación, sino con las representaciones de que son objeto en el seno de un imaginario social hegemónico. Esto alcanza sus niveles más radicales en el caso de aquellos grupos que ni siquiera tienen otra existencia que la puramente virtual, es decir que son consecuencia de una creación social que agrupa a determinados individuos en un segmento clasificatorio del todo artificial, que sólo existe en tanto que es designado y llenado de contenidos por parte de la mayoría o el poder administrativo excluidor. Ese sería, sin duda, de esa comunidad humana a la que se agrupa bajo el epígrafe-estigma "inmigrante".

Una de las consecuencias más directas de ese clima que el prejuicio genera es la xenofobia, esa modalidad de actitud excluidora que afecta especialmente a aquellos que son contemplados como poseedores de unos niveles alarmantes -por excesivos o por cualitativamente inasimilables- de un principio denegatorio que se le asigna, y que bien podríamos llamar "extrañeidad" o "extranjereidad". La xenofobia se refiere a las

actitudes en las que un grupo humano es hostigado, discriminado u objeto de un trato humillante por causa de su condición de ajeno a una determinada comunidad o país. El rechazo puede ser ejercido por ciudadanos ordinarios, pero también por la propia administración, por medio de la actuación policial, con frecuencia respaldada en leyes especiales destinadas a perseguir y deportar personas por el simple hecho de ser consideradas inaceptablemente extranjeras.

El caso más extremo de "extrañidad" sería el que afecta a los inmigrantes pobres procedentes de países del llamado "tercer mundo", sobre todo aquellos que no han obtenido permiso para entrar y permanecer en los países de destino, los llamados "sin papeles". Los medios de comunicación han contribuido a alimentar ese imaginario social en que el trabajador no comunitario aparece con connotaciones negativas. Son frecuentes las informaciones que complican a súbditos de países pobres en asuntos delictivos. Otra forma periodística de suscitar la alarma es la de inflar desproporcionadamente los datos sobre los flujos migratorios que llegan a la ciudad, sugiriendo el peligro de una invasión masiva de extraños, por mucho que los inmigrantes extracomunitarios sean en Europa Occidental sólo un 1% de la población, y que los países de la CEE sólo recojan un 5,8% de la población refugiada registrada actualmente en el mundo. Al mismo tiempo, y en una suerte de doble movimiento, los medios de comunicación perfilan el personaje, paralelo al del "inmigrante peligroso", del "inmigrante necesitado", al que siempre se está en condiciones de hacer beneficiario de difusos sentimientos de tolerancia o solidaridad, ante una situación de la que los responsables últimos no dejan nunca de ser ellos mismos, al fin y al cabo "culpables" de haber venido.

La prensa se ocupa, además, de representar el aumento de la agresividad xenófoba como una especie de patología localizada que afecta a un sector reducido de la sociedad, pero que puede y debe ser tratada por las autoridades. El racismo localizado permite exculpar a los gobiernos, las instituciones, las mayorías sociales y a los propios medios de comunicación de toda responsabilidad, en la medida en que los conflictos de signo racista o xenófobo son imaginados como resultado de una disputa entre segmentos igualmente periféricos de la sociedad: de un lado, la minoría de exaltados ultraderechistas o de vecinos descontrolados -que permiten creer que los racistas existen y son ellos- y, del otro, los propios agredidos, los extranjeros, que, viene a decirse, son en última instancia la causa de las actitudes que desatan, con lo cual ven todavía más agudizada la condición de conflictivos que se les atribuye.

En esa misma línea cabe incluir aspectos del discurso oficial, tanto periodístico, como político y judicial, que adoptan formas hasta tal punto sutiles y astutas que pueden hacerse pasar por aportaciones a la causa antirracista. Así, por ejemplo, nociones como "multiculturalismo", "interculturalidad", etc., pueden acabar dándole la razón a quienes dan por sentado que las diferencias culturales son irrevocables, además de institucionalizar -e incluso naturalizar- el falso supuesto según el cual son dificultades de "adaptación cultural" y no brutales asimetrías sociales y todo tipo de injusticias administrativas aquello con lo que el marcado como inmigrante debe enfrentarse. Algo parecido pasa con la pretensión de que existen "minorías culturales", que pueden delimitarse con claridad a partir de rasgos de una singularidad extrema e irreversible.

Se trata, al fin, de un perspicaz dispositivo de estigmatización, en tanto toda catalogación como "minoría" minoriza automáticamente a quien se adjudica. Esto se agrava todavía más cuando se invoca la condición "étnica" de esta minoría, puesto que en el imaginario social vigente lo "étnico" está asociado a lo "no moderno", es decir a lo culturalmente inferior.

METRÓPOLIS, MITÓPOLIS

Sería fácil poner de manifiesto como muchos de los conflictos que se presentan como étnicos o raciales son de hecho el resultado de la competencia que se producen en el seno de las clases más desfavorecidas en momentos de crisis económica. La inferiorización, el menosprecio, la desconfianza, el miedo..., y como consecuencia de todo ello, la voluntad de excluir al otro pueden encontrar justificaciones procedentes del racismo biologista, a partir de los rasgos fenotípicos claramente diferenciados de la mayoría de "inmigrantes totales", es decir de aquellos "inmigrantes" que provienen de países pobres de América, África o Asia.

En estos casos, serán llamados inmigrantes un grupo pequeño de trabajadores sin cualificar y en los límites inferiores y más vulnerables del sistema social, cerca o dentro ya de los ámbitos de marginación. En este caso, se trataría de un sector muy restringido, a merced de los requerimientos más inclementes del mercado de trabajo y sin apenas derechos. Tendría también la función de constituirse en chivo expiatorio, siempre en condiciones de recibir todo tipo de culpabilizaciones. Un famoso libro en que el periodista Günter Wallraff relataba sus vicisitudes bajo la falsa personalidad de un trabajador turco en Alemania permite constatar como se explicita esa doble labor: si en la edición alemana la obra asumía el título de Ganz Unten -es decir, "debajo del todo"-, para aludir la situación del personaje, al mismo tiempo empleado en una mina pero ubicado también en algo parecido al subsuelo social, la francesa -Têtes de Turcs- y la española -Cabeza de turco-, evocaban el papel del inmigrante como víctima propiciatoria de los males sociales. Esta división en dos -una mayoritaria y otra decididamente minoritaria- es la que institucionalizan las leyes de extranjería, estableciendo una brutal división entre los ciudadanos "nacionales", que disfrutaban de todas las prerrogativas legales, y los "extranjeros", a los que se les niegan prácticamente todos los derechos. Si tales leyes pueden ser calificadas abiertamente de xenófobas es justamente porque institucionalizan un orden civil basado en la exclusión de quienes han sido estatuidos en tanto que "inmigrantes ilegales". Ello responde a una lógica discriminatoria que aparece ya en el fundamento mismo de los modernos Estados-nación, que no puede concebirse sino a partir de la separación entre los incluidos y los no incluidos, negándole a estos últimos el derecho a la equidad ante la ley.

Pero la operatividad del calificativo "inmigrante" no se restringe solamente a ellos. Si el "inmigrante social" es aquel que está situado en la banda baja, en los límites o más allá del sistema social, existe otro tipo de inmigrante, el "cultural" que puede estar plenamente integrado socialmente, pero que es situado en la banda baja, en el límite o más allá del sistema cultural que se considera preexistente a su llegada. Se trata de grupos que han llegado desde el campo o desde zonas deprimidas del propio Estado:

los terroni, italianos meridionales emigrados al norte; los charnegos o maketos españoles emigrados a Cataluña o el País Vasco; los nordirlandeses en Inglaterra; los ossis, afincados en la antigua Alemania Federal y procedentes del Este Alemán. También puede ser el caso de inmigrantes procedentes de países más pobres de la propia CEE, tales como españoles, italianos, portugueses, etc. La diferencia entonces viene dada, no por elementos fenotípicos, sino por factores culturales invisibles. Se trata de grupos cuyos miembros están en situación plenamente legal y que gozan de todos los derechos y prerrogativas de la ciudadanía, pero que mantienen una carácter diferenciado, a través de puestas en escena y redes societarias específicas, en las que la cultura de origen es también la fuente de inspiración repertorial. Esas expresiones discretas de diferenciación permiten al inmigrante pasar desapercibido, pero delatan su condición "anómala" en cuanto las exhibe, sea hablando -el idioma o el acento- o sea festejando, dado que se entiende que sus expresiones identitarias se caracterizan por una extroversión y un ritualismo exagerados, prueba de su minusvalía o inmadurez civilizatoria³⁴.

En todos los casos, estos grupos pueden ser considerados "extranjeros en su propio país", "de fuera" y como perturbadores de la integridad o la homogeneidad cultural de la comunidad receptora, e incluso como una amenaza para su supervivencia. La diferencia reside en que ya no constituyen un paupérrimo porcentaje de la población total -entre menos de un 1 y un 10%-, sino que pueden alcanzar el 30, 40, 50% de los habitantes del país, e incluso ser netamente mayoritarios en algunas de sus zonas. En este caso, el "inmigrante" no recibe su condición como responsable del aumento del índice de paro o de delincuencia, o del deterioro de las condiciones de vida en general, sino también de su naturaleza de peligro para la existencia de la comunidad que les acoge.

Se trata ahora de esa modalidad específica y elaborada de xenofobia a la que llamamos racismo cultural, racismo diferencialista, racismo de identidad o etnicismo. El racismo cultural funciona menospreciando aquellos cuya identidad étnica es investida de rasgos negativos, al mismo tiempo que se ensalzan las virtudes del propio temperamento nacional o étnico. Al defender el derecho a preservar una por lo demás inexistente pureza cultural, el grupo que se considera a sí mismo nativo se protege de toda supuesta contaminación, marginando, expulsando o impidiendo el acceso a sus presuntos agentes. El principal enemigo de la integridad cultural de la comunidad receptora lo constituyen precisamente aquellos que son imaginados como "inmigrantes", con frecuencia presentados como un auténtico ejército de ocupación, conformado por comunidades que han venido del exterior y que no se han amoldado a lo que se considera que es la idiosincrasia del país. El racismo diferencialista desarrolla una actitud hacia los considerados extraños que sólo en apariencia debería ser contradictoria. Por un lado, los rechaza, ya que desconfía de ellos al percibirlos como una fuente de suciedad que altera la integridad cultural de la nación. Pero, al mismo tiempo, los necesita, en tanto que su presencia le permite construir y reforzar la inconmesurabilidad de sus valores culturales.

³⁴ Recuérdese el caso de los "*irlandese de las Marismas*" al que remite Mary Douglas en el capítulo 3 de *Símbolos naturales*. Alianza, Madrid, 1988. Págs. 56-72.

Es frecuente que el racismo cultural o étnico aparezca alimentando el nacionalismo primordialista, es decir aquel nacionalismo que se considera fundado en esencias inmutables y que presume la existencia de un tono o ethos inconfundible en aquellos que son considerados como incluidos en la nación. El nacionalismo esencialista, en efecto, se considera legitimado para establecer quién y qué merece ser homologado en tanto que "nacional", y, por contra, quién y qué ha de ser considerado como ajeno, contaminante y, por tanto, excluible. Los casos más espectaculares e inquietantes de este tipo de racismo diferencialista son los que encarnan el Frente Nacional de Le Pen, en Francia y el Partido Liberal austríaco, aunque también podría encontrarse en la base de las actuales políticas conservadoras en Europa, en orden a advertir sobre el presunto peligro que representan los inmigrantes para las culturas nacionales, e incluso, más allá, para la propia cultura "cristiana y occidental" en su conjunto.

En otro lugar³⁵, he planteado la manera como los llamados inmigrantes, sus hijos y sus nietos no se preocupan tanto de poner en escena su singularidad identitaria porque son quienes son, sino porque pueden ser quienes son en tanto determinadas configuraciones simbólicas, permanentemente o cíclicamente excitadas, les deparan la ocasión de serlo. Las llamadas culturas inmigrantes serían entonces más bien productos sui generis, consecuencia de una cierta impostación de memoria que, a partir de la manipulación de materiales que los inmigrantes habían traído consigo, les permite a éstos generar con ello un cierto sentido de la identidad. Se trata, siguiendo a Michel de Certeau, de "reliquias de un cuerpo social perdido, desvinculadas del conjunto del cual formaban parte..., fragmentos que remiten a otro modelo 'cultural'... Inscritos en las prácticas..., tienen la particularidad de no organizar ya la vida social, profesional, administrativa o familiar, pero si de acentuarla con marcas aparentemente insignificantes y sin embargo decisivas³⁶. A este respecto, ¿podría decirse algo diferente, en cuanto a la artificialidad e impostación de una memoria compartida, de aquello que se quiere presentar como una cultura receptora? Planteado de otro modo, cuando el inmigrante arriba a su destino, ¿es de veras una cultura lo que recibe?, ¿Se puede hablar, al respecto, de la ciudad como un espacio cultural cohesionado, escenario de algo parecido a una cultura vernácula?, ¿No ser, más bien, que es un embrollo de estilos de hacer y de decir aquello a lo que el inmigrante ha de amoldarse?

Es cierto que la etnicidad de los inmigrados responde a una construcción artificial, una reducción a la unidad que se lleva a término subrayando ciertas marcas históricas, religiosas, costumbrarias, lingüísticas..., que pueden ser parte amañada de un patrimonio ya disponible o consecuencia de una invención reciente. Sabemos que toda etnicidad viene a ser siempre consecuencia de una red de relaciones, en la que intereses contrapuestos encuentran en una presunta personalidad colectiva mecanismos de cohesión y coartadas legitimadoras, de manera que no son las supuestas etnias lo que alimenta la compartimentación étnica, sino, al contrario, ésta no

³⁵ M. Delgado Ruiz. "La identidad de los inmigrantes: etnicidad y usos simbólicos del espacio urbano", en "Producción, uso y consumo de ciudad". *Memorias IV Encuentro Internacional Hábitat Colombia, Medellín 1996*. Fundación Hábitat Colombia Santafé de Bogotá 1996. Págs. 113-132.

³⁶ M. de Certeau. "Economies ethniques: pour une école de la diversité", *Anales ESC*, 4 1986, pág. 808.

es sino la realidad virtual que resulta de aplicar sobre la población de un territorio dado un esquema clasificatorio hecho de identidades. La diferenciación es, así pues, la causa, que no el resultado, de las diferencias. Pero eso, válido para esa etnificación que protagonizan las comunidades que se representan y son representadas como "venidas de fuera" y que, de un modo u otro, se mantienen leales a su origen, lo es también para aquella otra comunidad -la receptora- que se imagina a si misma cómo depositaria de un legado cultural exento, algo así como una supuesta "memoria nativa".

Frente a esa doble ilusión que nutren la falsa cultura inmigrante y la no menos impostada cultura autóctona, costaría mucho rebatir la evidencia de que, culturalmente, una ciudad sólo puede ser reconocida en tanto que amontonamiento de legados, testimonios, tránsitos..., una especie de delta al que el inmigrante se adapta mediante una nueva aportación sedimentaria. Es como resistencia a la hibridación generalizada en que consiste el modo de vida urbana que los "autóctonos" constelan su memoria de una ciudad pristina y esplendorosa, la ciudad familiar, comprensible y tranquila que existía "antes" de la llegada de los extranjeros, y que éstos han alterado hasta hacerla irreconocible. Es cierto que toda metrópolis es en realidad una mitópolis y que, como dice Isaac Joseph,³⁷ todo ciudadano es a su vez un mitodano, es decir un habitante del mito. En ese orden de cosas, si la ciudad integradora y cosmopolita que anhelan los movimientos antirracistas reproduce la vieja utopía igualitaria de la ciudad soñada, como ha advertido atinadamente Jairo Montoya³⁸, no es menos cierto que el xenófobo hace lo propio con otra ciudad no menos imposible: la mítica ciudad anterior, la que existía antes de que ellos llegarán y que sólo con su expulsión podrá ser reinstaurada de nuevo un día.

EL INMIGRANTE COMO MONSTRUO

Todo lo expuesto nos permitiría contemplar la noción de "inmigrante" como útil no para designar una determinada situación objetiva -la de aquel que ha llegado de otro sitio-, sino más bien para operar una discriminación semántica, que, aplicada exclusivamente a los sectores subalternos de la sociedad, serviría para dividir a éstos en dos grandes grupos, que mantendrían entre sí unas relaciones al mismo tiempo de oposición y de complementariedad: de un lado el llamado "inmigrante", del otro el autodenominado "autóctono", que no sería otra cosa en realidad que un inmigrante más veterano. Esta dualización de la sociedad -grupos o personas out versus grupos o personas in, por emplear la fórmula de Wieviorka³⁹, -no se conforma con marcar a una minoría muy pequeña a la que sobreexplotar y hacer culpable de los males sociales. Ya hemos hecho notar como la raya que divide puede estar situada muy cerca de la mitad misma de la población, de manera que los espacios taxonómicos que separan a los "inmigrantes" de los "autóctonos" pueden cortar la sociedad en dos grandes grupos casi

³⁷ I. Joseph. "La migrant comme tout venant", a M. Delgado Ruíz, ed., *Ciutat i immigració*. Centre de Cultura Contemporània.

Barcelona, en prensa.

³⁸ J. Montoya. "Hibridación y yuxtaposición de memorias", en *Ciudades y memorias*, en prensa.

³⁹ CF. M. Wieviorka. "Identidad comunitaria y racismo", en *El espacio del racismo*. Paidós, Barcelona, 1992, págs. 221-250.

equivalentes, de los cuales el de los primeros puede ser siempre el situado más abajo. A su vez, los inmigrantes, una vez instalados en su mitad podría ser segmentados a su vez a partir de su orden de llegada, de un modo no muy diferente al que estudiara Jean Pouillon constituyendo la base de la sociedad *hardjerai del Chad*⁴⁰. Tal dispositivo de jerarquización encontraría un buen número de ejemplos. En Francia, italianos, españoles, portugueses y magrebíes son objeto de una estratificación moral fundada en la fecha de su incorporación a los suburbios de las grandes ciudades. En Israel, un país todo él formado por inmigrantes, ha sido el turno de llegada lo que le ha permitido a los sefarditas procedentes del Oriente europeo y el Norte de África atribuirse un estatuto en tanto que autóctonos mayor que el que le corresponde a los askenasitas venidos de Europa central, o los originarios de Estados Unidos o Australia. Naturalmente, a quien le toca llevar la peor parte son a los falashas que han ido llegando a Israel desde principios de los años 80, o a los que en los últimos años lo han hecho procedentes de Rusia, Georgia, Uzbekistn o Kirguizistn.

Además de esta jerarquización artificial de la sociedad, en base al grado de "inmigridad" que afecte a cada uno de los segmentos "étnicos" propuestos, el señalado como inmigrante desarrolla otra función que es de orden esencialmente lógico-simbólico. Como muy bien ha hecho notar Isaac Joseph, el inmigrante ha sido marcado como tal para ser mostrado sobre un pedestal, constituirse en un personaje público, cuya función es la de pasarse el tiempo dando explicaciones acerca de su conducta y de su presencia. Para ello se le niega el derecho fundamental que todo ciudadano moderno ve reconocido para devenir tal, que es el de poder distinguir con claridad entre los ámbitos privado y público, de manera que en este último pueda recibir el amparo de esa película protectora que es el anonimato. Con ello se logra que el inmigrante resulte ideal para hacer de su experiencia la de "la propia desorganización social vista desde dentro"⁴¹. Si puede llevar a cabo esta tarea de operador simbólico es porque el llamado inmigrante representa un puente entre instancias irreconciliables e incomunicadas, pero que él permite reconocer como haciendo contacto y, al hacerlo, provocando una suerte de cortocircuito en el sistema social.

En efecto, el llamado inmigrante representa el exotismo, pero un exotismo del que, parafraseando el título de un conocido libro de Georges Condominas, podemos decir que ha devenido parte de la cotidianeidad. Es un extraño, pero convive con nosotros. Está al lado, pero de algún modo se le percibe como enfrente. Simmel lo expresó inmejorablemente en su célebre "Disgresión sobre el extranjero": "El extranjero" se ha fijado dentro de un determinado círculo espacial; pero su posición dentro de él depende esencialmente de que no pertenece a él desde siempre, de que trae al círculo cualidades que no proceden ni pueden proceder del círculo. La unión entre la proximidad y el alejamiento, que se contiene en todas las relaciones humanas, ha tomado aquí una forma que pudiera sintetizarse de este modo: la distancia, dentro de la relación, significa que el próximo está lejano, pero el ser extranjero significa que el lejano está próximo"⁴².

⁴⁰ J. Pouillon. "Appartenance et identité", en *Le cru et le su*, Seuil, París, 1993, págs. 112-122.

⁴¹ I. Joseph. Op, cit.

⁴² G. Simmel. *Sociología 2*, Revista de Occidente, Madrid, 1977 (1927) pág. 716.

La ambigüedad y la indefinición del inmigrante son idóneas para dar a pensar todo lo que la sociedad pueda percibir como ajeno, pero instalado en su propio interior. Está dentro, pero algo o mucho de él -depende- permanece aún afuera. Está aquí, pero de algún modo permanece todavía allí, en otro sitio. O, mejor, no está de hecho en ninguno de los dos lugares, sino como atrapado en el trayecto entre ambos, como si una maldición sobrenatural le hubiera dejado vagando sin solución de continuidad entre su origen y su destino, como si nunca hubiera acabado de irse del todo y como si todavía no hubiera llegado del todo tampoco. El inmigrante es condenado a habitar perpetuamente la fase liminal de un rito de paso, ese espacio que, como escribía Víctor Turner⁴³, hace de quien lo atraviesa alguien que no es ni una cosa, ni otra, pero que puede ser simultáneamente las dos condiciones entre las que transita -de aquí, de fuera-, aunque nunca de una manera integral. Ha perdido sus señas de identidad, pero todavía no ha recibido plenamente las del iniciado. La figura del inmigrante, puesta de este modo "entre comillas", encarna una contradicción estructural, en que dos posiciones sociales antagónicas cercano-lejano; vecino-extraño se confunden. Conceptualmente, aparece emparentado con las imágenes análogas del traidor, del espía o, en la metáfora organicista, del virus, el germen nocivo, la lesión cancerígena. Por ello el inmigrante no sólo es considerado él mismo sucio, sino vehículo de representación de todo lo contaminante y peligroso. Es por eso que no sorprende el uso paradójico de un participio activo o de presente -inmigrante- para designar a alguien que no está desplazándose -y por tanto inmigrando-, sino que se ha vuelto o va a volverse sedentario, y al que por tanto debería aplicársele un participio pasado o pasivo -inmigrado-. También eso explica que el inmigrante pueda serlo de "segunda generación", puesto que la condición taxonómicamente monstruosa de sus padres se ha heredado y, a la manera de una especie de pecado original, ha impregnado a generaciones posteriores.

Esa condición clasificatoriamente anormal del llamado inmigrante haría de él un ejemplo de lo que Mary Douglas había analizado en su clásico *Pureza y peligro*, sobre la relación entre las irregularidades taxonómicas y la percepción social de los riesgos morales, así como las dilucidaciones consecuentes a propósito de la contaminación y la impureza⁴⁴. Más allá, al inmigrante podría aplicársele también mucho de lo que, alrededor de las tesis de Douglas, Dan Sperber⁴⁵, había conceptualizado sobre los animales monstruosos, híbridos y perfectos. Lo que éstos resultan ser para el esquema clasificatorio zoológico no sería muy distinto de lo que la representación conceptual del inmigrante supondría para el orden que organiza la heterogeneidad de las ciudades. El "inmigrante" sólo podría ver resuelta la paradoja lógica que implica -algo de fuera que está dentro- a la luz de una representación normativa ideal del que, en el fondo, él resultaría ser el garante último. Su existencia es entonces la de un error, un accidente de la historia que no corrige el sistema social en vigor, constituido por los autodenominados "autóctonos", sino que, negándolo, le brinda la posibilidad de

⁴³ V. Turner. *Entre lo uno y lo otro: el período liminar en los ritos de passage*, en *La selva de los símbolos*, Siglo XXI, Madrid, 1980, págs. 103-130.

⁴⁴ M. Douglas. *Pureza y peligro*. Siglo XXI, Madrid, 1992.

⁴⁵ D. Sperber. *¿Pourquoi les animaux parfaits, les hybrides et les monstres sont -ils bons à penser symboliquement?* *L'homme*, XV/2 (abril-junio 1975), págs. 5-34.

confirmarse. Lo hace operando como un mecanismo mnemotécnico, que evoca la verdad velada y anterior de la sociedad, lo que era y es en realidad, ejemplarmente, en una normalidad que la intrusión del extraño revalida, aunque imposibilite provisionalmente su emergencia. En resumen, el inmigrante le permite a la ciudad pensar los desarreglos de su presente -fragmentaciones, desórdenes, desalientos, descomposiciones- como el resultado contingente de una presencia monstruosa que hay que erradicar: la suya.

INICIO

MOSCAS DE TODOS LOS COLORES*

Nacimiento del barrio Guayaquil en Medellín

Jorge Mario Betancur

Comunicador Social Periodista de la Universidad de Antioquia, estudiante de la Maestría de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, director del programa de televisión Muchachos A Lo Bien.

En 1929 Medellín se llenó de moscas de todos los colores. Llegaron embarcadas en el tren, procedentes de Puerto Berrío⁴⁶. A mediados de ese año se perforó el túnel de La Quiebra y el itinerario del Ferrocarril de Antioquia se cumplió sin interrupciones entre el poblado del río Grande de la Magdalena y la segunda ciudad de Colombia. Los bichos se sumaron a un éxodo continuo y regular que, desde varias décadas atrás, venían realizando hombres y mujeres de pueblos de todo el Departamento.

Los forasteros atraídos por la prosperidad de Medellín, en su mayoría sin fortuna, habitaron **casuchas** y piezas húmedas y estrechas, o se sumaron a la incontenible **nube de langostas** que se adueñó de calles y plazas. Fueron asociados, casi todos, al barrio Guayaquil, ubicado al sur a unas tres o cuatro cuadras del Parque de Berrío, centro de la población.

Con dos estaciones de ferrocarril, el de Antioquia y el de Amagá, una bien dotada plaza de mercado cubierto, trilladoras de café, regimiento militar, iglesia, hoteles, pensiones, almacenes comerciales, pequeñas industrias, depósitos, clubes, cantinas, prostíbulos, restaurantes, cafés, y terminales de tranvía, buses, camiones, autos y coches de tracción animal Guayaquil era el centro de un **hervidero** de gente de todos los colores, en el Medellín de 1930.

Su paisaje sirvió de lugar privilegiado para la circulación de mercancías. Sus ventanas, calles y esquinas fueron testigos de intercambios y negocios con pequeños y grandes capitales. Muchos subsistieron gracias a esta vida de constante trueque; otros, más bien pocos, lograron acumular grandes fortunas. Guayaquil fue un **centro** en sí, el lugar donde el capitalismo mostró su fuerza, y donde muchos habitantes de Medellín sobrevivieron sin necesidad de ir a otros sitios de la ciudad.

Alrededor de este mundo de la compra y la venta aparecieron los más inverosímiles personajes, que además de intercambiar mercancías, generaron la circulación de otros valores, creencias, mitologías y formas de pensar.

* Este trabajo hace parte del proyecto: "Significado Histórico del Barrio Guayaquil, en Medellín, 1894- 1934", becado por COLCULTURA en el área de Historia en 1995.

⁴⁶ Entrevista con don Ricardo Jiménez, q.e.p.d. Comerciante de Guayaquil. Medellín. 1993.

Obispos y gobernantes reforzaron sus discursos sobre la moral y las buenas costumbres. Palabras cargadas de asepsia, rumores de maldición y mitología del infierno se esparcieron por los labios de los moralistas e higienistas, preocupados porque este barrio no encajó, como ellos quisieron, con sus preceptos sobre el valor de la religión católica, el trabajo y el ahorro, banderas de la **pujante raza paisa**.

Allí nació un mundo contradictorio y complejo. En ese barrio de **tradiciones sombrías** la ciudad mostraba su dolor, sus verguenzas, sus diferencias, y sus posibilidades y fuerzas al mismo tiempo. Los diferentes actores sociales, de sectores medios y populares, y de la propia burguesía local sabían que en Guayaquil se movía algo más que el dinero. Los afectos, las culturas y hasta las mentalidades entraban allí en conflicto para dar origen a una masa heterogénea, creativa y dinámica.

Muchos cronistas recogieron opiniones generalizadas de la élite de la población donde se aseguraba la alianza de Guayaquil con Satán. El barrio y sus personajes fueron asociados, desde sus primeros años, al infierno, al mal y a la perdición.

En esta palabra, perdición, se resume buena parte de su historia. Desafiando a curas y patronos, los **guayaquileros** mantuvieron una actitud de vida, signada por la atracción del riesgo. Sin promulgarlo sus principales acciones se caracterizaron por el gasto inútil⁴⁷.

Instados a rezar, producir y ahorrar, prefirieron conjugar verbos más delicados. Nacer, despilfarrar, robar, cagar, beber, copular, pelear, matar y pedir marcaron el rostro de miles de seres anónimos, que habitaron un barrio, de amores y odios, que nació en las dos últimas décadas del siglo XIX, en Medellín.

REZAR, ORINAR Y ACOSTARSE

Una temperatura suave, una tertulia familiar, un chocolate espeso, un juego de baraja, un tabaco recién armado, tres Aves Marías y un Padrenuestro cerraban la noche de la mayoría de los 40.000 habitantes de Medellín en los primeros años de la década de 1890⁴⁸.

En este como **"limbo de la monotonía"**, descrito por el escritor Tomás Carasquilla, casi todos los hombres amaron el trabajo por sobre todas las cosas y antes de que el sol iluminara el espléndido valle, estaban dispuestos a sacarle todos los frutos a la tierra.

En las afueras del pueblo, tuvieron fincas fértiles donde cultivaban hortalizas y frutas de todos los tamaños y colores. Muy cerca engordaban vacas, cerdos y gallinas.

⁴⁷ BATAILLE, Georges. "La Noción de Consumo". En: *La Parte Maldita*. Barcelona. Edhasa. Primera Edición. 1974. 339 p.

⁴⁸ CARRASQUILLA, Tomás "Enredos e incongruencias". En: "Medellín 1675-1925", Compilador Clímaco Vélez. 1925.p. 165

En el centro de la población, construyeron casas, edificios, escuelas, colegios y universidad, paseos, museos, teatro, hoteles, bancos, talleres, almacenes, hospitales, plazas, parques y jardines.

Varias casas, de **hombres honorables**, sobresalieron por ser quintas lujosas. Sin nada que envidiarle a los Campos Elíseos, se levantaban, imponentes, en las orillas de la quebrada Santa Elena, que recorría la población de oriente a occidente. Las mansiones de José María Amador y de Tulio Ospina fueron orgullo de todos. Ladrillos rojos, verjas de hierro, surtidores de agua, jardines, salones y aposentos resaltaban por sus bellos acabados y exquisitos decorados.

Fueron pioneros en la industria. Celebraron el día patrio de 1893 con la primera exposición del ramo en el país. Una multitud recorrió seis salones para ver los avances de los antioqueños en pintura, fotografía, música, tipografía, encuadernación, escultura, cerámica, ebanistería, armería, agricultura, zapatería, talabartería, sastrería, dentistería, cerrajería, y en la fabricación de tejidos de lana y algodón, de guantes, de medias, de objetos de cuerno, y de instrumentos de música⁴⁹.

Visitaban la casa de don Leocadio Arango, quien mantuvo en su residencia un museo propio. La gente que la recorrió se deleitó con la colección de cucarrones vestidos con ropajes dorados, los cuarzos auríferos, las aves disecadas, las mariposas y los muestrarios de oro en polvo de todas las localidades de Antioquia, guardados en frasquitos acomodados en cajas lujosas, a la manera de botiquín homeopático.

Fue Medellín una dama engalanada de oro. Aprendieron a vestirla así, gracias al comercio con regiones mineras. En tierras lejanas lo consiguieron a cambio de vestidos, comidas y bebidas. Hecho polvo, lo condujeron a la Casa de la Moneda para, después, enviarlo en lingotes al exterior.

De Europa y Estados Unidos, los privilegiados de la fortuna trajeron los más sofisticados avances del mundo. Se comunicaron por telégrafos y teléfonos con las poblaciones vecinas, viajaron en tranvía y lujosos coches, y saborearon un selecto caviar mientras sus hijas interpretaban exclusivas melodías en un piano de larga cola.

Amantes de la música, los días feriados lucían saco, zapatos, sombrero y bastón para escuchar la retreta que ofrecía la banda musical en el Parque de Bolívar. Aprovechaban para observar la belleza de sus mujeres. Al vaivén de las notas musicales, observaban la soberbia fachada de una catedral en construcción, de donde se veían pequeñas las casas de uno, dos y tres pisos, que habitaban las familias de Medellín.

Aunque ricos y pobres se sentaban en bancas separadas para escuchar la misa, todos eran respetuosos de Dios y de las buenas costumbres, visitaban los templos, rezaban

⁴⁹ Periódico "**El Movimiento**" julio 26 de 1893. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

cuatro o cinco veces al día y seguían, con fe ciega, los mandatos del obispo Joaquín Pardo y Vergara y de la Santa Madre Iglesia.

Los más acomodados asumieron que los más pobres eran sus hijos. Edificaron una casa para los mendigos, otra para los ancianos, y una más para los que perdieron el juicio. Destinaron unos días de la semana para dar de comer, en sus cocinas, a los **"pobres vergonzantes"** y siempre auxiliaron a los infelices, que jamás llamaron en vano a sus puertas⁵⁰.

En los mínimos ratos que dedicaban al ocio, iban al teatro, escuchaban zarzuelas y operas, observaban simpáticas corridas de toros, y admiraban compañías de acróbatas, contorsionistas y maromeros.

Algunas veces, al anochecer, a la luz de velas colocadas en candelabros y arañas, las damas y los caballeros asistieron con exquisita cultura e irreprochable compostura a las fiestas de salón. Fueron bailes de alta sociedad ofrecidos por un don Marceliano Callejas, un don Gabriel Echavarría, un don Alejo Santamaría, un don Víctor Gómez, o un don Carlos Coriolano Amador, o algún otro privilegiado de la riqueza. Por lo general allí se decidió, entre músicas y vinos, la suerte de un negocio o el pacto de un nuevo matrimonio⁵¹.

Sin luz eléctrica, las sombras en las calles se volvían tenebrosas. Fantasmas y seres de otro mundo se tomaban la población. Pero no había nada que temer, todos estaban en casa.

Al amparo de una vela de cebo, un candil, una bujía de esperma, o una lámpara de petróleo, preparaban el sueño, reincidiendo en un par de oraciones, para descansar con las conciencias tranquilas.

En este **"limbo de la monotonía"** la escena se repetía. Una temperatura suave, una tertulia familiar, un chocolate espeso, un juego de baraja, un tabaco recién armado, tres Aves Marías y un Padrenuestro para cerrar la noche. **Pura mierda.**

CAGAR

"Pura mierda" dijeron la mañana del Jueves Santo de 1894, uno a uno, los caminantes de una calle llamada Santamaría. Las puertas, cerraduras y tableros de todas las casas de ese lugar de la población amanecieron embadurnadas con materias fecales⁵².

La repugnante acción fue atribuida a **"bárbaros"**, gente sin Dios ni ley, que osó desafiar, con semejante escándalo, la tranquilidad de un tiempo santo. Alguien merecía castigo.

⁵⁰ Periódico **"El Espectador"** julio 13 de 1892. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁵¹ LATORRE Mendoza, Luis. **"Historia e Historias de Medellín"** Imprenta Departamental. 1934. p. 379-380.

⁵² Periódico **"La Correspondencia"** Marzo 31 de 1894. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

A nadie le extrañaba la mierda en sí. Por ser Medellín un lugar sin alcantarillados y con muy escasas letrinas y desagües, sus habitantes se procuraban discreto excusado en cualquier parte. La infinidad de mangas y potreros, matizadas por arbustos y flores, y la presencia de corrales y pesebreras favorecían la situación. Fue normal, que muy temprano, cada día, el incipiente sol de las seis de la mañana sorprendiera a tenderos, artesanos, carpinteros y toda clase de comerciantes arrojando desperdicios y basuras a las calles.

Pero aquello era distinto. Un ataque asqueroso. ¿Por qué alguien había **"ensuciado"** las puertas de sus vecinos con mierda?, ¿Quién se había tomado el **"repugnante"** trabajo de **"manchar"** sus manos con tal **"inmundicia"**? En esa Semana Santa de 1894, nadie supo responder estos dos interrogantes en Medellín.

Muchos tenían razones para manifestarse ante los otros con semejante **"porquería"**. Los mendigos, las putas, los hijos **calaveras** de la élite paisa, los vagos, o los locos de atar. Cualquiera pudo embadurnar de mierda las puertas aquella noche. Nunca se supo quién fue.

Por rabia, por odio, por escandalizar, por protestar, por placer, por locura o quién sabe por qué, alguien aprovechó las sombras de la noche para marcar las puertas de la calle de Santamaría. Nunca se supo por qué.

Los excrementos, a la entrada de las casas, eran otro símbolo. Por supuesto, no el de la **"limpieza y el orden"**. Eran el indicio **"mugroso"** de un pequeño poblado, que comenzaba a parir una ciudad **"entre pesebreras"**, con la complejidad propia de cualquier sociedad de humanos, donde reinan intereses diferentes. De algún modo se había levantado la parte oculta, la cloaca, de aquel como **"limbo de la monotonía"**.

En Medellín, muchos conflictos y problemas seguían sin resolver en la década de 1890. La miseria, el hambre, la discriminación, la segregación, la persecución política, los abusos de autoridad, la corrupción, la delincuencia, la criminalidad y la guerra. Deudas pendientes que le quebraron el espinazo a la rutina de los últimos años del siglo XIX.

La langosta en los cultivos, el invierno, las pestes y las dificultades políticas generaron continuas crisis económicas en todo el país. Centenares de antioqueños, también, sintieron la vergüenza de empezar a estirar la mano para no morir de hambre⁵³.

Los negros, las mujeres, los forasteros, los niños y los que no hubieran podido **"blanquear"** su condición por las gracias de la fortuna, debieron pagar un alto precio en humillaciones, ofensas y discriminaciones para ser aceptados como simples pobladores de tercera.

En 1892, diez estudiantes de medicina, protegiendo con batas sus camisas de seda y pantalones de paño, diseccionaron, con minúsculos bisturíes, el cadáver de un negro, en el cementerio de San Lorenzo, conocido como el de **"Los Pobres"**⁵⁴.

⁵³ Periódico **"El Movimiento"** abril 14 de 1893. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

Tirado sobre la mesa de madera, el cuerpo sin vida de este hombre escenifica, en precisa alegoría, el destino de los excluidos, condicionados por su posición social. Y, oh paradoja, el cadáver del poblador de tercera, del despreciado, del que expele olores repugnantes, se ofrece para que los futuros doctores, hijos de la élite, conozcan la ciencia que aumentará su poder.

A fines de 1893, fue usual escuchar gritos aterradores, que atravesaron las tapias de la prisión. Por su afición a los naipes y dados, un preso fue obligado por su carcelero al tormento del cepo de campaña. En cucullas, el infeliz soportó, entre los muslos y el vientre, el peso de treinta barras de hierro, que le destrozaron los dedos pulgares.

Durante los días que don Fidel Cano, Director del periódico El Espectador, estuvo tras las rejas, por su pertinaz oposición al gobierno conservador, nunca salió de su asombro con la crueldad de los carceleros. Por "**meras sospechas**", vio castigar a un hombre desconocido con un método "**repugnante**". En uno de los patios, con el sol encima, desnudo, el desgraciado fue cargado por varias horas con largas y pesadas cadenas.

No corrieron mejor suerte los propios soldados del servicio de guardia carcelario. Cinturones y espadas de cabos y oficiales marcaron con golpes de cinturones sus espaldas para enseñarles el significado de la obediencia.

Ni las mujeres escaparon a las torturas. Aterrada, la noche del 7 de junio de 1892, una prostituta se desmayó en la cárcel municipal. Momentos antes, un carcelero, habilitado de verdugo, con varios policías y en presencia de algunos funcionarios, cortó la cabellera a otras tres putas. Obedeció la orden de limpieza, señalamiento o profilaxis, emanada por una junta que reunió a Gobernador, Alcalde y autoridades de policía. Temerosos de las venéreas, que abundaban en Medellín, creyeron solucionar el asunto marcando a las mujeres mal reputadas, rapando sus cabezas.

Al día siguiente, el rumor de la infamia se esparció veloz por calles y casas. Como de costumbre, la sociedad le dio la espalda a la pecadoras de la carne. Nadie hablaba en público de ellas, aunque casi todos sabían que fraguaron su sexo con clientes de doble faz, en la espesura de una noche sin luz, en "**cuevas**" de barrios alejados como Guanteros. Por esos años, el pudor y la moral no permitieron que el sol de Medellín conociera de amores ilícitos⁵⁵.

Los animales vagabundos tampoco escaparon al afán limpiador de los guardias civiles. La luz del día sorprendió los cadáveres de perros muertos en las calles, en los primeros meses de 1892. Provistos de tósigos letales, los policías envenenaron a los sabuesos, que por centenares vagaban de un lado a otro de la población. Olvidaron, eso sí, los refinados métodos de ciudades "**civilizadas**" como París y Nueva York⁵⁶, donde se evitaba todo lo que fuese ejemplo de crueldad.

⁵⁴ Fotografía Melitón Rodríguez. Medellín, 1892.

⁵⁵ Von Schneck citado por Villa, Marta "**Formas de ocupación y apropiación del espacio urbano en Medellín**" Tesis Universidad Nacional. Medellín. 1895 p. 209

⁵⁶ Periódico "**El Espectador**" abril 9 de 1892. Medellín. Sala de Periódicos Universidad de Antioquia.

Un tal general Jaramillo, trató como perros a los hombres y mujeres que "**reclutó**" para la construcción del Ferrocarril de Antioquia, en la colonia de Pavas. En 1891, comandó los trabajos con férrea disciplina, gracias a las sutilezas del látigo, el palo y el cepo⁵⁷.

Una muchacha Serna, se fugo con un preso, luego de que el General la obligó a casarse con un muchacho que no amaba. Atrapados, unos días después, y como castigo, ella debió llevar "**guadua**" hasta el campamento, y de allí al "**guadual**" arrastrar con el cuerpo de su compañero de fuga sobre las espaldas.

Como si todo anduviese a las mil maravillas, por esos mismos días, las principales familias de Medellín ofrecieron un espléndido baile a los representantes de la Casa Punchard, Mac Taggar, Lowter & Co. de Londres, firma constructora del Ferrocarril. En un español burdo, los ingleses hablaron del progreso y la civilización que ellos proporcionarían con la terminación de la obra⁵⁸.

La belleza de las damas invitadas y las particularidades de la champaña, lograron que todos olvidaran, en aquella velada, al tal general Jaramillo y los descalabros y la corrupción del ruinoso contrato realizado con los ingleses.

Los engaños de los británicos sumados a las tretas y mañas de varios nacionales, entre ellos algunos ministros, funcionarios estatales y respetados señores de Medellín, originaron un escándalo cuando pretendieron enriquecerse a costa del contrato, sumando sus nombres a los de infames salteadores de cuadrilla⁵⁹.

Las familias respetables de la población sí se alarmaron por el aumento de robos, esos de menor categoría, en la ciudad. Muchas tapias de las residencias fueron escaladas y cajas fuertes de los negocios violadas por miserables y hambrientos ladrones.

En 1893, aparece, muy probablemente, la primera estadística criminal en un periódico local. Con un foganazo de pistola rústica o el filo de un cuchillo o el contundente golpe de una piedra o de un garrote 549 personas fueron asesinadas entre 1889 y 1893, en el Departamento. La mayoría de los casos se presentaron los domingos, días feriados, y bajo los efectos del alcohol⁶⁰. Ni la pena capital, vigente para entonces, detenía a los asesinos.

Jesús!, Jesús!, Jesús! clamaron los sacerdotes. Un silencio sobrecogedor se apoderó de la plaza. Eleuterio Ospina se llevó la mano derecha a los ojos y no vio la descarga de los doce fusiles que le destrozaron el pecho⁶¹. Eran las nueve de la mañana del 11

⁵⁷ *ibid*, 5 de marzo 1891

⁵⁸ Periódico "**Las Novedades**" Enero 5 de 1893. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁵⁹ *ibid*, octubre 6 de 1893

⁶⁰ Periódico "El Movimiento" abril 21 de 1893. Medellín. Sala de Periódicos Universidad de Antioquia.

⁶¹ Periódico "**El Movimiento**" octubre 18 de 1893. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia. Periódico "**La Correspondencia**" octubre 19 de 1893. Medellín. Sala de Periódicos Universidad de Antioquia.

de octubre de 1893. Una hora antes, el reo había recorrido, en un ritual parecido a las procesiones del **Corpus**, una carretera polvorienta para dejar el poblado de Medellín y llegar a uno más pequeño llamado Belén, abandonado, el día anterior, por sus habitantes.

Con él, marcharon un pregonero que anunció la hora de su muerte, varios soldados, su cómplice en el delito de homicidio, y centenares de curiosos. Las autoridades encargadas de presidir la ejecución viajaron en tres hermosos coches tirados por caballos. Opina, vestido de negro y con las manos atadas por un cordel, marchó en uno de ellos al lado de dos sacerdotes, que no pararon de repetir Jesús!, Jesús!, Jesús!

Llegaron hasta el lugar donde se hallaba el patíbulo. Allí, Eleuterio Opina sacó su pañuelo y limpió el polvo del banquillo. Se dirigió a los curiosos y espectadores para decir sus últimas palabras. *"Que mi muerte sirva de escarmiento a los padres de familia para que eduquen sus hijos en la moral y la religión. Sé donde nací porque mis padres me lo dijeron; y donde voy a morir porque esa es la voluntad de Dios"*⁶².

La cabeza, fría, buscó acomodo sobre el pecho. El cadáver, rodeado de moscas, permaneció en la plaza por dos horas más. Así le castigaron por asesinar a Juan de la Cruz Hernández, de Remedios, en defensa de una tierra que no era suya.

No sólo en el banquillo, la muerte cobró muchas víctimas ese año. Un empecinado y violento invierno diezmó los campos de la región antioqueña. El hambre y las pestes hicieron de las suyas. Las gripas y los catarros se volvieron temidas neumonías. El asma y la bronquitis se recrudecieron con las aguas. Lo propio hicieron la viruela, el tifo, la tisis y la implacable tuberculosis⁶³.

Esta última mató a José María Amador, después de una cruel y larga dolencia⁶⁴. La enfermedad no respetó al hombre que por los favores de la fortuna **"estaba llamado a disfrutar de largos años de vida útil y exenta de amarguras"**⁶⁵.

En Medellín, todos hicieron reverencia al único hijo varón de Don Coriolano Amador, uno de los hombres más ricos del lugar. Los jefes del Partido Liberal se extendieron en atenciones para el joven. Los comerciantes admiraron su capacidad y energía en los trabajos de construcción de la nueva plaza de mercado, en un lugar ubicado al sur y rodeado de lagunas, llamado Guayaquil. Muerto, le otorgaron la paternidad en la creación del nuevo mercado, centro de un barrio que comenzaba a surgir.

Los dueños del poder y de las riquezas del pueblo oraron por el eterno descanso del alma del hijo del propietario de las minas de oro de El Zancudo.

⁶² Periódico **"El Movimiento"** octubre 18 de 1893. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁶³ Periódico **"Las Novedades"** enero 5 de 1894. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁶⁴ VÁSQUEZ Uribe, Octavio. **"Guayaquil por dentro"**. Biblioteca Jurídica DIKE. Medellín. 1994. p. 42

⁶⁵ Periódico **"El Movimiento"** noviembre 22 de 1893. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

En Francia, Don Coriolano mandó esculpir la esfinge en bronce de su finado hijo. Quería que todos los medellinenses lo admiraran en la nueva plaza de mercado. Por negativa del Concejo Municipal, la estatua terminó siendo objeto de comentarios de los caminantes, que asombrados pasaban frente al jardín de su residencia, reconocida por todos como "**El Palacio Amador**"⁶⁶.

Por su juventud, su trato cortés y "**civilizado**", nadie dudó de que José María seguiría amasando y acrecentando la fortuna que su madre Lorenza Uribe había heredado en El Zancudo, de la que ahora era dueño su padre, y de la que él no pudo disfrutar más porque el 18 de noviembre de 1893, a los 23 años murió.

También por esos días, al iniciarse el año de 1894, el último domingo de enero, una severa descarga de carabina partió la cara de Manuel Angel, alias "**Mayo**", un lustrabotas imberbe⁶⁷.

Como los demás muchachos de su oficio, era reconocido por sus pasaportes, una caja y un cepillo, con los que andaba por calles, plazas, y lugares públicos y privados, soltando, sin pudor, chanzas e insultos a todo el mundo.

Esa tarde dominical, recorrió hoteles, boticas, barberías, cantinas y garitos como de costumbre. Caminó el centro de Medellín extrañado por el calor que sus pies descalzos recibían de las calles salpicadas con mierda de vaca. Insistió en que ese día se mataría. Afanoso, pidió un veneno o un arma cuantos vio. Nadie le prestó atención y muchos se burlaron, como siempre, del infeliz niño robusto, que no pasaba de los dieciséis años.

El boticario Manuel Bravo tampoco le creyó. Respondió con una risa burlona a la petición de "Mayo". Le dijo dónde hallaría un arma, que él sabía estaba descargada desde hacía muchos meses, en uno de los rincones de la estantería. Una mueca de terror invadió el rostro del preparador de fórmulas médicas. El lustrabotas dio vida ala acabada carabina. En pocos segundos, la cargó con una cápsula que llevaba en el bolsillo y dejó que los mugrientos dedos de su pie hicieran el resto. En ese momento, muchos dijeron que "**Mayo**" se había quitado la vida por aburrimiento.

Durante estos últimos años del siglo, los cerca de 40 mil habitantes de Medellín, vieron, oyeron o supieron de estos hechos, pero callaron. Aprendieron la lección que desde los púlpitos enseñaron los curas, que publicaron los periódicos, y que en las mesas de comedor reforzaron padres y madres. Ver, oír y callar. La clave de vivir en sociedad residía en no permitir la propagación del escándalo.

Pero el agua no logró borrar la marca de la mierda en las puertas. La embadurnada de ese Jueves Santo no se redujo a un asunto de limpios o sucios. Fue, más bien, el indicio de una confrontación subterránea entre culturas encontradas.

⁶⁶ Periódico "**La Correspondencia**" noviembre 15 de 1894. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁶⁷ Periódico "**El Movimiento**" enero 31 y febrero 10 de 1894. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

La élite, con sus obispos, matronas, y cronistas de diario ignoraron la expresión de una cultura popular forjada por seres anónimos, muchos de ellos forasteros. Ilusos, seguían gritando las hazañas de una supuesta **raza** amante del trabajo duro, la religión y la familia. Reconocieron el conflicto en rincones escondidos de homilías y páginas de periódicos, que alertaban contra los poderes del diablo, personificado en bebedores, jugadores, mujerzuelas, vagabundos y ociosos.

Por momentos calculada, por momentos espontánea, por momentos cercana, por momentos lejana, esta confrontación sirvió para que los nuevos actores buscaran acomodo, así fuese a codazos, en los recovecos libres. Moscas de todos los colores salpicaron el almíbar de la nueva ciudad, que se paría "**entre pesebreras**".

GESTAR

Diez años antes, en 1880, los poderosos y ricos comerciantes residentes del Parque de Berrío pidieron policía y se alarmaron, a menudo, por las músicas y los escándalos, que llegaron a sus casas de balcón con los aires de la noche, desde los extramuros del sur, allí donde vivían los artesanos de Medellín⁶⁸.

Era el barrio de los Guanteros un **hervidero** de gentes populares. Trabajadores, pequeños comerciantes, artesanos, campesinos, músicos, vagabundos, y vividores se fundieron en una masa compleja, que en el día laboraba de sol a sol, y en la noche le robaba hasta los últimos destellos a la luna, derrochando placeres, alrededor de tiples y damajuanas de aguardiente.

En las noches, muy pocos en Medellín, se arriesgaron por esos parajes⁶⁹. Si algunos visitaron los famosos bailes de Guanteros, se despidieron antes de que, como era usual, las luces de las decenas de velas chorreadas se esfumaran, por mano desconocida, y comenzara el célebre zafarrancho de garrotes y de gritos.

Los bailes "**de garrote**", en los que no hubo "**cachacos**" porque éstos no recibieron en los suyos a la plebe, fueron famosos los sábados en la noche. Por tradición popular, se extendió la leyenda de que un señor, asiduo bailarín, y su "**paje**", un negro macizo, camuflaban los garrotes bajo capas españolas, hasta las doce de la noche. Maliciosos, apagaban, casi siempre, las luces de velas y convertían las fiestas de la danza en una orgía de palos del demonio⁷⁰.

Así se propagó la fama, mala por supuesto, de las calles del animado barriecito, en las últimas décadas del siglo pasado. El lugar, a pesar de ser habitado, en su mayoría, por hombres y mujeres dedicados al trabajo, fue visto por el resto de Medellín como un lugar no santo, casi diabólico. Hasta confundirlo con misteriosas y terribles historias del vicio y el mal, propias de mujerzuelas, ladrones y criminales.

⁶⁸ *Op. cit.*, Villa, Marta. ps. 35-36

⁶⁹ Jiménez, Jairo. "**Don Riche y su Guayaquil**" Medellín. Tip. Urbe. 1995. p.39

⁷⁰ Opina, Libardo. "**Una vida, una lucha, una victoria. Monografía Histórica de las Empresas Públicas de Medellín**". Empresas Públicas de Medellín (EE.PP.MM) 1966. P.95

"Pío Cruz", seudónimo de un supuesto **"caimán"**, apodo dado a vagos y ociosos, engendro de todas las patrañas, mezquindades y bajezas de un bebedor, peleador y jugador escribió para la Revista de La Policía su historia en los suburbios de Guanteros⁷¹.

"Pío", arrepentido por supuesto, narró su historia de salvación. Una noche de 1888 escuchó esa vocecita de sirenas, que de nuevo lo atrajo a su excursión vagabunda. Provocado por las botellas de aguardiente y el golpe seco de un par de dados, entró a una taberna de malas pulgas, en una esquina de Guanteros. Su garganta se agrietó con el fuego de los primeros tragos y tomó asiento en la mesa de los tahúres, escasamente iluminada con una lámpara de petróleo. Entre sudores, escalofríos y la más alarmante ansiedad, jugó y perdió todo.

"Eduardo" en las mangas de las afueras de Medellín, donde **"Pío"** solía sonsacar el dinero a menores y a campesinos distraídos, con dados falsos, no aceptó la derrota y montó en cólera. Golpeó al ganador con un certero puñetazo en la cara. Huyó su rival y lo alcanzó en la calle oscura donde con su revólver amartillado le apuntó al pecho y disparó.

Un fuerte dolor de cabeza lo despertó la mañana siguiente en un calabozo de la cárcel municipal, a donde fue conducido por el policía que desvió su arma en el momento del foganazo.

Todo cambió para **"Pío Cruz"**, la policía y Dios lo libraron de ser un asesino y por ello se comprometió a ser un buen padre, amante del trabajo y de la vida honrada. Adalid de la moral y las buenas costumbres, renegó de Guanteros, olvidó su vida de **"caimán"** y nunca más visitó los garitos y las tabernas, a donde los demás iban por montones.

Seguro exagerada, esta pudo ser buena radiografía del lugar que agrupó una cultura popular fuerte y dinámica en el Medellín de 1880. Donde además de artesanos, rameras y jugadores, surgió también, una camada de artistas populares. Maestros en la interpretación y fabricación de la vihuela, músicos y compositores⁷².

Con el paso de los años, en las proximidades del siglo XX, esta cultura compleja, contradictoria y móvil, buscó acomodo, con sus personajes, en Guayaquil, un barrio nuevo que surgió en unas mangas anegadas y fangosas al sur, a mayor distancia del centro de la población, en cercanías del río Medellín.

NACER

La quinta más hermosa de Medellín, en 1880, perteneció a don Juan Uribe. La mansión fue mostrada con orgullo a los pocos extranjeros que visitaron el municipio por aquellos

⁷¹ **Revista de la policía**, marzo 10 de 1899. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁷² ROJAS, Manuel Bernardo. "El rostro de los arlequines. Tartarín Moreira y León Zafir. Dos mediadores culturales en la primera mitad del siglo XX en Medellín." Tesis Universidad Nacional de Colombia, 1994. P 85-88

días. La presentaron como una residencia de campo, ubicada dos cuadras al sur y dos al oeste del Parque de Berrío.

Una cuadra antes de llegar a ella construyeron casas los ricos señores Botero y el General Herrán. Por ese lugar hicieron, también, los edificios de la gendarmería departamental, la cárcel de varones, los Juzgados y el tribunal⁷³.

Imponentes se levantaron, sobre el camellón de Carabobo, las casas de los poderosos Pedro Nel Opina, que llegó a ser presidente de Colombia y Julián Vásquez, rico comerciante, antes de la quinta de don Juan Uribe, la última de la población en esa dirección. Con la espléndida mansión de don Juan terminaban las 170 hectáreas de Medellín, en 1880, dividido en dos para el servicio de policía. La calle de Ayacucho sirvió de límite. Se llamó Barrio Norte al sector central, conformado por las casas del Parque de Berrío, San Benito, La Veracruz y cercanías. Barrio Sur, a las de Guanteros y sitios vecinos⁷⁴.

Las casas de Uribe, Opina y Vásquez hicieron parte del nuevo Barrio Sur. También, en esa dirección, unas casitas de paja, un carretable y un puente de ladrillos, construido con calicanto, que comunicaba con las fracciones de Belén y Guayabal, y los municipios del sur. Por el calor y en honor de una tierra caliente del occidente de Antioquia, decidieron llamar Sopetrán a estas mangas, ocupadas por numerosas lagunas y pantanos formados por el río, en sus continuas entradas a la población. Las condiciones de los terrenos fueron las predilectas de miles de patos, que viajaron en ondas migratorias, para terminar convertidos, buena parte de ellos, en delicioso plato de los cazadores, que con escopetas y rifles, comprados en la plaza, esperaban su llegada cada año.

En Cercanías del puente, en una **casucha** maltrecha, José Velásquez vendió un aguardiente, que quemó las entrañas de los aficionados al deporte de mayor auge en estas décadas. Los cazadores y pescadores protegieron sus pieles del sol a la sombra de esta cantina de vara y paja. Uno de ellos, tal vez don Venancio Calle, observó que el calor producido por aquel aguardiente era pálido comparado con el del medio día de Sopetrán. Un veterano de las guerras de independencia, que conoció las lejanas tierras del Ecuador, dijo que esa quemazón, la del aguardiente de don José, sólo tenía su par en el calor de Guayaquil, ciudad costera del vecino país. Desde entonces llamaron Guayaquil, al puente sobre el río construido por el ingeniero Enrique Haeusler, al camellón que cruzaba por él y a los terrenos cercanos.

En 1889 llegó a la población el arquitecto francés Monsieur Charles Carré, contratado por el obispo para construir la catedral del Parque de Bolívar. El millonario don Coriolano, Amador, dueño de buena parte de los terrenos de Guayaquil, amante de los viajes a Europa y el lujo, decidió contratarlo para que le edificara una mansión y una plaza de mercado cubierto, al mejor estilo francés, en Medellín.

⁷³ BOTERO, Fabio. "**Cien años de la vida de Medellín**" Concejo de Medellín. 1994. p. 22-23

⁷⁴ *Op. cit.*, Villa, Marta. ps. 35-36

Porque este poblado despertaba un gran entusiasmo en los pueblos, la naciente ciudad creció inusitadamente. Centenares de forasteros llegaron de todas las regiones de Antioquia. Un coterráneo de Carré, Monsieur Pierre D'Espagnat lo entendió, con lucidez, por esos años⁷⁵. Los forasteros llegaron a buscar fortuna en el "**estómago del oro**" de la región. Separada de las minas por muchas jornadas de camino a lomo de mula, Medellín fue el principal centro de negocios del metal en Antioquia. Allí, los propietarios de explotaciones, vetas o yacimientos, tuvieron sus casas y comercio y allí llegaron con regularidad, los atractivos brillos del metal.

Don Coriolano Amador, "**el amo del oro**", supo que el pequeño poblado estaba en trance de parir una ciudad, como las que él visitaba, hasta por siete meses, en cada viaje, en Europa. Hizo cuentas y trazó planes para sacar buena ventaja de los nuevos tiempos. Vio el mercado estrecho, desordenado, sucio, antihigiénico y caótico del Parque de Berrío, en el centro, y pensó en sus mangas y pantanos de Guayaquil. Una estupenda oportunidad para valorizar su tierra y, de paso, realizar una "**obra cívica**" por Medellín.

INVERTIR

En 1892, el Concejo de Medellín autorizó a los representantes de Amador para realizar el mercado cubierto en el **excéntrico** barrio Guayaquil. De inmediato, Carré dispuso los últimos detalles en sus planos y comenzó el trabajo, con la disciplina militar impuesta a 400 peones. En dos años, estos hombres hicieron un edificio moderno con armazón de madera de comino escogido y ladrillos pegados con calicanto. Con 31 puertas de hierro, tres estatuas de bronce traídas de Francia, ocho entradas para bestias al interior, un kiosco con una fuente y asientos cómodos para señoras y paseantes, doce excusados con sus pedales respectivos, con abundante agua⁷⁶.

A la una de la tarde del sábado 23 de junio de 1894, matronas, obispos, sacerdotes, generales, ricos, empleados públicos, señoritas, campesinos, trabajadores, músicos, lustrabotas, rameras, escritores, mendigos, y miles de curiosos más conocieron el edificio más grande de Medellín, en el siglo XIX.

Vieron al **ilustrísimo** obispo Joaquín Pardo y Vergara levantar su mano para bendecir la plaza del mercado de Guayaquil. Escucharon decir "**progreso**" y "**moderno**", palabras extrañas, en los discursos del general Cándido Tolosa y del señor Isaac Rendón. Aplaudieron cuando don Juan Henao, administrador de la obra, entregó cuarenta diplomas a los carpinteros, empleados, artesanos y trabajadores más destacados.

Miraron con calma las galerías numeradas y marcadas con los nombres de los productos. Carne, maíz, fruta, frijol, cacao, manteca, nombres que leyeron, encima de las cómodas, los alfabetos. En tanto que todos escucharon las notas marciales de la banda militar, rodeada por una compañía del Batallón de militares Junín vestida de gala.

⁷⁵ Citado por Alvarez, Víctor. "**Poblamiento y población en el valle de Aburrá y Medellín**" Fotocopia.

⁷⁶ Periódico "**La Correspondencia**" Junio 2 de 1894. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

La curiosidad alcanzó para observar las ocho calles nuevas, con 16 metros de ancho, abiertas en terrenos de los Amador, dispuestas para el gran barrio comercial que allí comenzó a formarse.

A la pretendida **"iniciativa cívica"** de Amador, se sumó el dinero de otras familias ricas como los Restrepo, accionistas de carboneras en Amagá y los Vásquez, propietarios de fincas cafeteras en el suroeste, que hicieron edificios y casas lujosas alrededor de la plaza, con la perspectiva de que sus inversiones mejorarían con la llegada del tren a la ciudad, que ellos preveían sería en ese sitio⁷⁷.

Algunos ricos construyeron casas en Carabobo, Cundinamarca y la Alhambra. Las habitaron negociantes y comerciantes del centro que se fueron a vivir a las bellas y confortables viviendas de las nuevas calles. Otros trasladaron negocios y talleres a sus cercanías. Antes de terminar la construcción de la plaza, en 1893, el año de las tragedias invernales, que terminó con la vida de cuatro agricultores de cuenta de los estragos de una quebradita llamada La Picacha, don Urbano María Restrepo comenzó a ofrecer lotes de terreno, cerca al puente de Guayaquil y una casa de dos pisos frente a la plaza, a precios **"equitativos"**⁷⁸. Algo parecido, pero a mayor escala hicieron don Eduardo Vásquez J. y don Fernando Restrepo y sus hijos. A las salidas de misa, en los bailes de salón, en los periódicos, y en todas partes ofrecieron sus **"magníficos"** locales para todos los negocios, en los edificios que **"a la europea"**, también construía, contiguos a la plaza de mercado, Carré⁷⁹. El entusiasmo creció, como, probablemente, lo previó don Coriolano. Medianos comerciantes también trasladaron sus talleres y almacenes para Guayaquil. En enero de 1894, el sastre don David Osorno avisó a sus clientes y amigos su voluntad de colocar, sobre Carabobo, la primera sastrería, en los alrededores del edificio del mercado.

Allí cerca, bajo las condiciones que imponen las lagunas, muchos pobladores pobres fueron robándole terrenos a los pantanos. Lugares casi baldíos entre la nueva plaza y el puente de Guayaquil, o de La Concordia, con los patos silvestres surcando el cielo, se convirtieron en calles y callejones irregulares, donde crecieron modestas casas de bahareque y paja⁸⁰. También comenzó a visitar el nuevo barrio una **"nube"** de emboladores y mendigos, que presintieron que por allí, en esa plaza de 80 metros de ancho por 120 de largo, encontrarían algunos centavos. Los pies descalzos de esta **"plaga"** de muchachos, que no superaba los 16 años y que se volaron de casa con pantalones cortos, pisaron con mayor frecuencia las calles Posada Berrío, Amador, Alhambra y Díaz Granados, que hicieron marco al nuevo mercado. Los comerciantes alquilaron locales para sus negocios en la plaza y sus alrededores⁸¹. Los hermanos Opina produjeron ladrillos, adobes, molduras de toda clase, tejas y atadores quemados

⁷⁷ Entrevista con don Ricardo Jiménez, Medellín. 1896

⁷⁸ Periódico **"El Movimiento"** septiembre 30 de 1893. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁷⁹ Periódico **"La Correspondencia"** Junio 2 de 1894. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁸⁰ UPEGUI Benítez, Alberto **"Guayaquil una ciudad dentro de otra"** Entrevista a Julio Restrepo, "el indio". Ediciones Progreso. 1957. p.155

⁸¹ BRONX, Humberto. **"Estudios históricos y crónicas de Medellín"** Entrevista a Diego Echavarría Colección Academia Antioqueña de Historia. 1978. p. 375

con gas de hulla en su fábrica de materiales de construcción. Aumentaron las casas y edificios y la fama del barrio creció. Un comerciante del centro, dueño de El Nevado, rifó a precios **"favorables"** una casa entre los **"desheredados"** de la tierra, avaluada en dos mil doscientos pesos y ubicada en la calle de San Juan⁸². A falta de espectáculos en Medellín, los viernes se volvió obligado un **"divertido y encantador"** paseo al mercado⁸³. Con los olores de las frutas y verduras, el aroma de la *parva*, el bullicio de vendedores y clientes como fondo, se igualaron los pasos de ricos y pobres por las ordenadas galerías de la plaza, que en sus primeros años sólo se usó en forma de cruz.

Comerciantes, constructores, terratenientes, artesanos, negociantes, emboladores, mendigos, todos, a su modo, llegaron a Guayaquil tras un nuevo aroma.

Don Coriolano cumplió su rutinario viaje a Europa y no estuvo en la inauguración del mercado cubierto. Para él, la plaza de mercado y el nuevo barrio dejaron de ser un edificio y unas calles con casas de balcón en medio de mangas. Los cada vez más numerosos pobladores de Medellín moldearon a su gusto el nuevo barrio. Para **"el amo del oro"**, su obra principal en Guayaquil terminó. Sus inversiones continuaban y todo era cuestión de tiempo. Sus arcas, de nuevo, multiplicadas y el calificativo de **hombre cívico** y **progresista** le bastaron, por ese momento.

PELEAR, BEBER, COPULAR, ROBAR, PEDIR Y MATAR

Varios de los concurrentes a las celebraciones patrias del 20 de julio de 1894 en la nueva plaza resultaron heridos. Los soldados del Batallón Junín, sin que nadie se explicara por qué, apuntaron sus armas a la muchedumbre curiosa, que quedó perpleja con las **"evoluciones"** de sus militares⁸⁴.

La pólvora selló el inicio de una historia, que no era nueva en Medellín, pero que marcó en adelante, los sucesos en el intrincado y truculento barrio, bajo las filas de odios y amores, casi eternos. Muy pronto, Guayaquil fue adquiriendo un **orden** particular.

Un pesar enorme se apoderó de don Ismael Pineda, el director del periódico **"Las Novedades"** cuando visitó el mercado, un año después de su inauguración. Los **"vivanderos"** transformaron la moderna plaza, de estilo europeo, en una cocina ambulante, **"muladar con burtadero"**, sólo comparable con las peores calles de Bogotá. El olor penetrante de morcillas, longanizas, tamales, empanadas y mondongo, el desorden de cómodas y armarios recién hechos y los espesos depósitos de jícara y costales en las galerías, impidieron seguir observando la belleza del edificio, caminar con libertad y hasta se perdió la **"tranquila llegada del aire"**.

Para muchos, se acabaron los paseos del viernes a Guayaquil, convertido a sólo un año de la inauguración del mercado en una especie de **"plaza de fiestas populares"**.

⁸² Periódico **"La Guirnalda"** Julio 13 de 1895. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁸³ Periódico **"El Sendero"** Setiembre 12 de 1895. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁸⁴ Periódico **"La Correspondencia"** Julio 26 de 1894. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

Pronosticando un futuro azaroso y por el demérito sufrido por Guayaquil, una casa comercial decidió ofrecer los edificios y terrenos que poseía en este barrio, con una pérdida de 100 mil pesos, exagerando por supuesto, en octubre de 1895⁸⁵.

El Alcalde Municipal recibió un enérgico reclamo de los señores Restrepos, de Eduardo Vásquez y de los más respetables comerciantes del barrio para que devolviera la belleza, comodidad y elegancia "*primitivas*" al mercado.

Con esta petición, los comerciantes, con negocios aledaños a la plaza, pretendieron evitar la competencia de los "vivaderos", vendedores de víveres del mercado. La medida coercitiva del alcalde obligó a retirar las cómodas, que servían de depósito. Esta vez, los Restrepos y Vásquez, ganaron la pelea, la medida favoreció el alquiler de sus bodegas cercanas al mercado.

Pero el alcalde no pudo impedir que los forasteros convirtieron algunas calles cercanas a la plaza en excusados públicos. Al salir del mercado, muchas damas y caballeros elegantes desviaron la mirada ante el espectáculo gratuito del estiércol humano, en las aceras⁸⁶.

El nuevo **orden** generó múltiples malentendidos y desacuerdos. De cualquier tienda y a cualquier hora salieron, de sorpresa, los más diferentes líquidos, que se estrellaron con las empedradas vías, que recorrían vecinos, caballos, cerdos, bueyes, vacas, perros y gatos. Hubo broncas, cuando los pulperos arrojaron "**aguamasa**" vinagre, con cáscaras de plátano y otras inmundicias afuera de sus negocios y bañaron de pies a cabezas a cualquier desprevenido caminante. "**¿y por qué pasa usted cuando yo boto mis desperdicios?**"⁸⁷.

Los locos también agredieron. Por varios días del mes de junio de 1895, en la calle de Maturín, una mujer furiosa repartió palmadas, patadas y saliva a cuantos vio sin importarle las intimidaciones de los agentes de policía del Barrio Sur.

Sólo superada en demencia por una joven hermosa, que un domingo del mismo mes surcó las aguas del río, desnuda, arrojando sus lágrimas al lecho, gritando por su hijo y golpeando su frente contra los palos de la orilla, ante la mirada curiosa de fortuitos espectadores.

Como dementes fueron tratados los consumidores de bebidas embriagantes. Continuó el crecimiento de bebedores en la ciudad y en Guayaquil, donde las nacientes cantinas y cafés perfilaban un nuevo paraíso para la borrachera popular.

Amantes del alcohol, muchos antioqueños escucharon indiferentes la voz de **Joaquín, obispo de Medellín**, en su pastoral de la Semana Santa de 1894, que sonó irritada y furiosa por el inmoderado abuso del alcohol en la ciudad⁸⁸.

⁸⁵ Periódico "**Las Novedades**" Octubre 18 de 1895. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁸⁶ Periódico "**Las Novedades**" setiembre 27 de 1895. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁸⁷ Periódico "**El Cirirí**" Abril 24 de 1897. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

La policía acuciosa, pegó listados de vagos en las paredes y persiguió sin tregua a los borrachines trasnochadores, quienes fueron conducidos por centenares a la cárcel⁸⁹.

Para corregir el **perverso** vicio del alcoholismo, los soldados del Batallón Junín usaron métodos muy "**refrescantes**". En las horas de la madrugada, bañaron con agua fría la humanidad de los hombres que dormían su borrachera en un estrecho calabozo⁹⁰. En la resaca de los bebedores de aguardiente y cerveza, ni la coca, ni la "**antipirina**" lograron calmar los dolores de cabeza, que aumentaron con el adefesio de los sorprendidos baños. Tampoco lograron sus propósitos ni la plegaria del obispo, ni la persecución de los policías, ni los chapuzones de los soldados. Sus diversos métodos no impidieron que cada noche las cantinas siguieran seduciendo a los consumidores de bebidas "**espirituosas**".

El corte de cabelleras, tampoco acabó con las putas. Como una "**nube de langostas**" aparecieron por las calles del Barrio Sur. Aprendieron la lección de la "rapada" y nunca más confiaron en los policías. Cuando el inspector mandó a un piquete de guardias por ellas, se refugiaron en otros barrios. Perseguidas allá, regresaron y siempre mantuvieron un espíritu nómada, huyendo de las tijeras de alcaldes y carceleros .

Araron en tierra estéril los moralistas y civilizados que quisieron cambiar la vida de las mujeres del negocio de bajo vientre. Las prostitutas no convinieron con las condenas de los pulpitos, los estrados, los periódicos y los comedores de familias honorables, como tampoco aceptaron las tierras de Medellín los numerosos cultivos de uvas, que se perdieron porque las parras se secaron después de las dos primeras cosechas .

Sí florecieron, y por centenares, los ladrones en la población. Cerrojos destruidos, puertas estropeadas, ventanas averiadas y techos rotos fueron el signo inocultable de su presencia en los barrios excéntricos. En el arte de hurtar siempre tuvieron buenos maestros. Desde tiempos antiguos, aprendieron tretas y triquiñuelas de agiotistas, usureros, adulteradores, especuladores y mentirosos de toda clase.

Por los primeros meses de 1896, los vendedores de carnes y de granos del mercado también se sirvieron de pequeñas y aprendidas sutilezas para estafar a sus clientes. Vanagloriándose de astutos, burlaron las autoridades en sus exámenes de pesos y medidas, adulteraron las pesas y comenzaron una cadena de robos en pequeño a sus distraídos compradores. Con hábitos más refinados, también buscó fortuna, en la plaza de mercado, "una muchedumbre de descorazonados revendedores" profesionales, que adquirieron maña en las tareas de especulación. En las puertas del mercado, compraron, a precios ínfimos, los víveres campesinos. Así comenzaron una "infame cadena de usura" en que no fue extraño, que en menos de una hora, un producto

⁸⁸ Periódico "**Las Novedades**" Enero 26 de 1894. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁸⁹ *Ibid.*, julio 5 de 1895

⁹⁰ *Ibid.*, octubre 5 de 1895

⁹¹ Periódico "**Las Novedades**" Mayo 17 de 1895. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁹² Periódico "**El Aviso**" Noviembre 19 de 1896. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

pasara por diez manos y multiplicará su valor, ni que, con especular tres meses, un "vivandero ávido" lograra salir de la pobreza.

Pero estos personajes eran aceptados, o por lo menos tolerados. No fue este el caso de ladrones y rateros reconocidos por su imperdonable vicio de hurtar. El "caco" más famoso de Medellín en 1895 fue "Marrullas". Liso, mezcla de ardilla y de zorra, en las sombras de la noche escaló tapias, abrió puertas y ventanas para robar pertenencias ajenas . Durmió en zaguanes y enfrentó a los dueños de casa, golpeó un par de ancianos y fue temido por pillos y malvados, y claro, perseguido por guardias y policías.

A la par con estos "negocios", continuaron llegando nuevos pobladores. Por los mismos caminos de los arrieros, siguió la avanzada de centenares de forasteros, que intentaron probar fortuna en la acogedora ciudad. Unos tuvieron suerte con el comercio, otros con las nacientes industrias y talleres, pero buena parte de ellos debió sumarse a los ya numerosos vagabundos del lugar.

La caridad cristiana de las familias de "pro" se tornó selectiva. Dividieron a los mendigos en dos grupos.

El primero, ideal para expiar la culpa de la riqueza ante los mandatos de la iglesia, lo conformaron los desdichados de la fortuna, que desde tiempo atrás fueron reconocidos como "pobres vergonzantes" y con los que sostuvieron vínculos, si no de afecto si de conocimiento y trato. El otro, cada vez mayor, fue al que llamaron "plaga de langostas", conformado por mujeres y muchachos harapientos, desconocidos, reacios al trabajo y que prefirieron las calles de los barrios excéntricos, donde como en Guayaquil, supieron mimetizarse.

Esta como "legión de los milagros", aportó nuevos brazos e incontable malicia para defenderse en una ciudad ajena, que los tiró a los extramuros, donde ellos se inventaron otras formas de vivir. En aceras, refugiados en rincones de portones, pasaron la noche las "turbas" de muchachos y mujeres andrajosas, que se hicieron molestos, como pordioseros durante el día, en almacenes, casas, hoteles, cantinas, calles y paseos de Medellín.

Para completar el cuadro, aumentó el número de asesinos, quienes desafiando patíbulos y banquillos se entregaron, sin Dios ni ley que los detuviera, al ejercicio de matar.

Una "casucha de tradiciones sombrías" sirvió de trágico escenario para un crimen, en el camellón Guayaquil, el primer domingo del mes de febrero de 1896. Por disputarse el amor de una "mujerzuela", dos jóvenes esgrimieron sus armas. El revólver venció a la barbera. En el suelo, agonizó Francisco Londoño, quien no alcanzó a recibir los auxilios de la religión. Cuando Fray Francisco Martínez llegó era tarde, la víctima murió

⁹³ Periódico "**El Aviso**" Julio 16 de 1896. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

inconfesa . Casi nadie se explicó por qué dos hombres riñeron a muerte por una mujer con las “alas de su inocencia” quemadas por las piras del "amor libre".

De nada sirvieron los consejos de Doctos y sabios, maestros y curas, matronas y obispos, quienes recomendaron las sanas costumbres y las lecturas piadosas, que no figuraran en el índice de libros prohibidos, como "Domingo de la familia cristiana". De nuevo, las recetas de moral y buenas maneras no funcionaron.

Estos personajes y sus acciones fueron relacionados por la élite, desde entonces, al nuevo barrio de Guayaquil. Lugar de perdición, donde hombres y mujeres gastaban sus energías en actividades inmorales, improductivas e inútiles. Tierra del diablo y el mal, edén de peleadores, borrachines, prostitutas, ladrones, limosneros y asesinos, reconocidos por el resto de la ciudad como los guayaquileros.

NORMAR

Ocho focos de 1200 bujías iluminaron el Parque de Berrío, cuando las campanas de la iglesia la Candelaria sonaron siete veces, el lunes siete de julio de 1898 . Por vez primera hubo luz eléctrica en Medellín y “ríos” de gente, unas diez mil personas de todos los barrios de la ciudad y de sus alrededores, esperaron, en silencio, la magia deslumbradora de la electricidad, que desde esa noche compitió con la palidez de la luna. Una vez más, Obispo y bendición, gobernador y discurso, banda y música, pueblo y pólvora, aguardiente y fiestas.

Las miserables "peras", como llamaron a las bombillas, que no vician el aire ni producen humo, se convirtieron en símbolo de batalla. Los moralistas y la buena policía, enarbolaron la luz eléctrica como novedosa bandera para emprenderla contra los vicios de la oscuridad. Convencidos que desde ese instante, fueron despachadas, lejos de la población, las sombras de la noche y, con ella, los espantos, ladrones, putas y criminales de toda laya .

Del centro a las afueras comenzó, sin afanes, el tendido de redes eléctricas con bombillas de 16 bujías, que "velaron" por las buenas costumbres, en casas, tiendas y negocios de la población.

El comandante de la policía, Jesús M. Quintero sumó sus fuerzas en esta batalla moralizadora. Empleó sus energías en que gendarmes, guardias civiles y ciudadanos cumplieran las ordenanzas de policía del decreto 147, vigente para 1898. En los libros mandó que, los dos capitanes, con oficio de vigilantes de Medellín, anotaran las casas de juego, de mala reputación, de reuniones sospechosas y de préstamos o peñas. Ordenó a los Veinte tenientes recorredores informar, con detalle, los nombres de personas sospechosas y de lugares peligrosos de la ciudad. Obligó, a los 166 Guardias civiles, conducir a los ebrios a la oficina de policía, informar los nombres de las mujeres

⁹⁴ Periódico "**Las Novedades**" (Febrero 7 de 1896. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁹⁵ Periódico "**El Aviso**" Julio 15 de 1898. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁹⁶ Periódico "**El Aviso**" Agosto 5 de 1898. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

públicas, suspender diversiones escandalosas, impedir que se profirieran blasfemias y obscenidades, y obligar a los dueños de cantinas, posadas, casinos, hoteles, y tiendas a que cerraran antes de las doce de la noche .

El Barrio Sur, en especial el de Guayaquil, ubicado en ese sector, ocupó con mayor intensidad y tiempo a los policías del comandante Quintero. Sucesos como los "guayaquileños" se convirtieron en el pan diario de la crónica sensacional y roja de la ciudad . En forma irreversible, Guayaquil fue asociado a una próspera vida comercial en el día y a la delincuencia, la inmoralidad, las inmundicias y las enfermedades, en la noche. La sífilis y la gonorrea atormentaron a residentes y visitantes de las casas de prostitutas como "La Guaira", "La Docena" y "Orocué", que se levantaron "coquetas" en callejuelas del barrio.

En los primeros meses de 1899, en los límites del barrio con el río, cerca al puente colgante que conducía a la fracción de La América, se iniciaron los primeros travestis de Medellín.

En "**estatuaria femenil**", los viernes y martes, salieron a mostrar "**ciertas formas corporales**", propias de una "**deformidad antropomorfa**", unos muchachos, que escandalizaron a señoras y señores en su camino al mercado⁹⁹. Esta vez, los moralistas, no encontraron forma gramatical ideal para mencionar, sin herir las fórmulas de la decencia, la desastrosa escuela de las nacientes "**aberraciones**" exhibicionistas.

Poco a poco, un sentimiento de pavor se apoderó de los visitantes, que por negocios o compras iban a Guayaquil. Decenas de vagos, tahúres y prostitutas espantaron a muchos fieles de la moral católica.

Los señores Restrepos, ahuyentaron de sus casas a algunos inquilinos, "**pajarracos**" de malos hábitos. Otros, aprendieron a convivir con ellos, o simplemente se fueron por evitarse la penosa tarea de "**moralizar**" a Guayaquil¹⁰⁰. Los temerosos de Cristo y seguidores de las buenas maneras, que continuaron en el barrio, enfrentaron, a su modo, las perversiones y vicios de sus nuevos e impúdicos vecinos, que escandalizaron sus oídos con conversaciones soeces y actos indecentes.

Pero muchos ricos comerciantes y negociantes, que habitaban las casas de Carabobo, Cundinamarca y la Alhambra, no soportaron más escándalos. Comenzaron el éxodo a las casas del nuevo barrio de Villanueva, en cercanías de la catedral inconclusa del Parque de Bolívar.

Sus residencias en Guayaquil se acondicionaron, entonces, como hoteles o negocios, para atender a los forasteros, que no paraban de llegar, mientras ellos se dedicaron a evitar que el resto de la ciudad se "**guayaquilizara**". El 9 de Febrero de 1899, secundaron la idea del Dr. Carlos E. Restrepo, que diez años después fue Presidente

⁹⁷ *Revista de la policía*, Diciembre 22 de 1898. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁹⁸ Periódico "*Las Novedades*" febrero 10 de 1899. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

⁹⁹ *Ibid.*, febrero 10 de 1899

¹⁰⁰ Periódico "*El Cascabel*" Junio 27 de 1899. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

de Colombia. Fundaron la Sociedad de Mejoras Públicas, para impulsar el progreso urbano de Medellín, "**La tacita de plata**" como la nombraron ellos.

Por esos meses de enero y febrero algunas casas de ricos, ubicadas en el centro, fueron visitadas por brotes de viruela, mal que mantuvo, por mucho tiempo, sus dominios en la ciudad.

Ni los poderes de "**magnetizador**" Enireb, que dejó perplejos a todos con su espectáculo de "**la sonámbula vagando en el aire sin ningún punto de apoyo**", impidieron que el periódico **El Cascabel** denunciara, en sus páginas, que las autoridades no aislaron de la población, ni marcaron las puertas de las casas de estos "**acomodados**", como era usual con todos los atacados por esta enfermedad¹⁰¹.

La epidemia causó muchas muertes en poblaciones del suroeste de Antioquia y algunas en Medellín, que presentó cincuenta casos, cinco de ellos graves, en abril de ese año. El flagelo permaneció, primero en el barrio de oriente y de allí siguió a "**la casa del crimen**", en el camellón de la Concordia, parte extrema de Guayaquil. Muchos lamentaron que no se estacionase allí, en la cuna de la vagancia y el juego¹⁰². A los mandatos de la buena moral se sumaron lenguas de todos los tamaños, que propagaron mil rumores sobre el barrio escabroso. Que fue una caldera del infierno, reino de lucifer. Que sus calles fueron malditas. Que el padre Henao, de la Veracruz, soñó que sus casas, edificios, calles y plazas ardieron en llamas¹⁰³.

GUERREAR

El ruido atronador de cornetas y tambores de guerra se tomó la calle de San Juan, frente al mercado, mientras los gendarmes taponaron las calles vecinas de la plaza con sus maniobras bélicas, que impidieron el paso tranquilo de los habitantes de Medellín a mediados de 1899¹⁰⁴. Nuevos rumores llegaron a la naciente ciudad. Soplaron vientos bélicos y, desde entonces, los chismes se acompañaron de palabras como guerra, generales, liberales, nacionalistas, históricos, gobierno, regeneración, reclutamientos, fusiles máuser, rémingtons y malincher.

Distraídos por la inminente guerra, pocos se preocuparon de las intenciones de Estados Unidos con Panamá. Mucho menos prestaron atención a la eficiente y celosa labor del inspector del Barrio Sur, Cenón Restrepo, quien se empeñó en "**corregir**" a Guayaquil, con la compañía incondicional y enérgica de los recorredores Fernández y Rincón. En mayo, condujeron 167 borrachos y 23 prostitutas a la cárcel, por vagancia y escándalo público¹⁰⁵.

Sólo la novedad del maravilloso invento del cine distrajo la atención de la guerra por unas pocas noches. Olvidaron los toques de trompeta y se entregaron a un mundo de

¹⁰¹ Periódico "**El Cascabel**" abril 19 de 1899. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

¹⁰² *Ibid.*, abril 29 de 1899

¹⁰³ Entrevista con don Ricardo Jiménez, Medellín. 1896

¹⁰⁴ Periódico "**El Cascabel**" Agosto 22 de 1899. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

¹⁰⁵ **Revista de la policía**, mayo 11 y junio 20 de 1899. Medellín. Sala de Periódicos Universidad de Antioquia.

ilusiones. **"El anarquista Ravachol en casa del dentista"**, **"La llegada de un tren de pasajeros a la estación"** y **"El regador y el travieso regados"**, ocuparon los sueños de los habitantes de Medellín, que no dejaron de maravillarse con la espléndida magia del **"verdadero"** cinematógrafo Lumiere¹⁰⁶. En octubre de 1899, pocos días antes de iniciación de la Guerra de los Mil Días, fue la primera vez, que los antioqueños vieron proyectadas en la pantalla la imagen del obispo Joaquín Pardo y Vergara y del frontis de la nueva catedral que aún no terminaban.

La guerra debió esperar uno poco más, por lo menos en Medellín. Durante tres días, casi todos, la ignoraron con las borracheras del **Primer Carnaval** de la ciudad. A mediados de octubre de 1899, la pólvora de los juegos artificiales iluminó el cielo nocturno, para iniciar una bacanal de bailes, disfraces, máscaras, cabalgatas, cohetes, globos, músicas, comidas, danzas, miel, maroma, cucañas, aguardiente, voladores y tabacos.

En los días del exceso, del gasto desaforado, entre máscaras y en lugares apartados, besos y caricias cubrieron los cuerpos cansados de muchos jóvenes, que pronto partirían a la guerra. Con la resaca, amaneció junto al circo, el **"sobrado de un coche que no tuvo fuerzas para resistir al vino y al amor"** y también llegó la noticia de la guerra¹⁰⁷.

Después del discurso en la inauguración del mercado de Guayaquil, el General Cándido Tolosa reapareció para el público comandando una guerrilla en Guarne, en la Guerra de los Mil Días, que en territorio de Antioquia sólo duró cuarenta. Prisioneros por tropas del gobierno, regresaron a Medellín, y fueron puestos en libertad a los ocho días, mediante el empeño de la palabra de honor, de mantener la paz en esta región¹⁰⁸.

Antioquia aportó muchos jóvenes y hombres al holocausto de 30 mil muertos de la confrontación, que en Medellín se sintió con pavor el 18 de octubre de 1899, cuando los soldados de los cuarteles visitaron hasta el último rincón de la ciudad para reclutar a **"todo ser viviente capaz de portar un rifle"**¹⁰⁹.

Contradictorias, se propagaron, desde ese día, informaciones de muertos y heridos, de batallas y treguas, de guerra y de paz. Las de **"Palonegro"** fueron las más dolorosas. Un encuentro brutal de quince días, que terminó con un reguero incontable de cuerpos a merced de las aves de rapiña. Uno de ellos **"Ciego de Palonegro"**, herido, sin movimiento en pies y manos, no pudo defenderse de las garras de los buitres, que se llevaron para siempre sus ojos al cielo .

Con su levita de paño azul de bordes de oro, el general antioqueño, Rafael Uribe Uribe, líder de los revolucionarios militares, fue vencido por el general Próspero Pinzón, jefe de

¹⁰⁶ Periódico **"El Cascabel"** Agosto 24 de 1899. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

¹⁰⁷ Periódico **"El Cascabel"** Octubre 17 de 1899. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

¹⁰⁸ *Op. cit.*, Bronx, p. 196

¹⁰⁹ *Op. cit.*, Latorre ps. 217-218

las fuerzas del gobierno, quien todos los días, en medio de las batallas, oyó misa y comulgó¹¹⁰.

De oídas supieron los antioqueños estas, y muchas otras historias y leyendas de la guerra. Rabiaron por el hambre, las avalanchas de papel moneda y la fuga del oro y la plata, mientras, en las calles hubo batallas de piedras entre **"guerrillas inocentes de muchachos liberales con muchachos conservadores"**, porque la policía de Medellín se fue al frente de batalla¹¹¹.

De esos campos siguieron llegando, temerosos de la guerra, centenares de forasteros a la capital de Antioquia. Muchos de ellos, engrosaron el cuantioso grupo de **"pájaros de mal agüero"** de Guayaquil, convertido desde 1900 en refugio de ladrones y maleantes. En un proceso irreversible, las calles del mercado, perdieron su aspecto **"moderno"** y adquirieron el de un muladar, en el que los campesinos, al igual que las mulas de los arrieros, usaron como excusado público, sólo penetrable con un **"pañuelo empapado en una solución de bicloruro de mercurio"**¹¹².

Sin escrúpulos, zapateros, chicheros, estudiantes, pulperos, comerciantes y **"hasta abogados de cierta respetabilidad"** convirtieron el frente de sus puertas en depósito de inmundicias y **"materias repugnantes"**; mientras, los dueños de cantinas impidieron que los pobres usaran sus orinales¹¹³. Los excrementos revueltos con inmundicias, residuos y basuras de la plaza cubierta, generaron un foco de contaminación, que alejó aterrorizado y para siempre a don Clodomiro Ramírez, un hombre de buenos caudales, que habitó el barrio en los últimos años del siglo XIX¹¹⁴.

Como potente centro comercial y sin abandonar sus nexos con el resto de la ciudad, Guayaquil comenzó el siglo XX con otros personajes. Seres que no funcionaron con la lógica del trabajo honrado y la misa de domingo; seres amantes de los excesos de botellas, naipes, barberas, y caricias; seres de la noche que más que aceptados fueron sólo tolerados; seres de las afueras; seres que asumieron la vida de manera diferente; seres conflictivos y creadores.

Sus calles comenzaron el Siglo XX con fuego. Uno de los edificios hecho por Monsieur Carré, el del señor Eduardo Vásquez, ardió por completo una madrugada de julio de 1901. El furor de las llamas pareció ratificar la maldición del padre Henao,¹¹⁵ quien soñó que Guayaquil ardía. Las brasas castigaron el barrio donde Medellín perdió, para siempre, su inocencia.

INICIO

¹¹⁰ *Op. cit.*, Grillo p. 186-304

¹¹¹ *Op. cit.*, Bronx, p.374

¹¹² Periódico **"Las Novedades"** Septiembre 7 de 1901. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

¹¹³ Periódico **"El Cascabel"** abril 27 y mayo 27 de 1899. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

¹¹⁴ REYES, Catalina. **"Higiene y salud en Medellín, 1900-1950"** Fotocopia.

¹¹⁵ Periódico **"Las Novedades"** Julio 12 de 1901. Medellín. Sala de periódicos Universidad de Antioquia.

LAS MEMORIAS DE LA CIUDAD

EN EL CRISOL ESCOLAR

Aidee Tamayo

Historiadora de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, asistente del Proyecto Historias de Barrio de la Corporación Región.

Javier Toro*

Historiador de la Universidad nacional de Colombia, sede Medellín, Coordinador del Proyecto Historias de Barrio de la Corporación Región. Autor de: *La Tercera Pata de la Mesa: historia y cultura de los trabajadores de Sofasa* y de varios artículos publicados en revistas y la prensa local.

Todos, bien o mal librados, en los distintos momentos de nuestra vida escolar, vivimos o padecemos una asignatura llamada historia, que en el caso colombiano ha estado inscrita en los planes de estudio desde 1870¹¹⁶. Hasta entonces la historia estaba subordinada a catecismos de educación cívica diseñados en forma de cartillas, con un sistema de preguntas y respuestas que facilitaban la memorización de la información contenida¹¹⁷.

Los conceptos, fines, contenidos y lineamientos de la historia enseñada en las tres décadas finales del XIX, fueron extractados de una producción historiográfica local y anterior, que entendía por historia una sucesión de acontecimientos, parcializada y sujeta a convenciones extranjeras, adoptadas con el afán de prefigurar desde el presente “una patria nueva”, en contra de aquel rostro vergonzante del pasado colonial; época acusada de mantener a la América Hispana enajenada de la civilizada Europa, era, además, un estilo de historia que guardaba una profunda fidelidad por las fuentes escritas, ya que la textualidad de sus contenidos le daban criterio de verdad a las narraciones.

Lo que hizo la escuela fue adaptar los propósitos y los contenidos de toda esa historiografía a la cátedra de historia, impartida bajo un modelo pedagógico memorístico que los hacía interiorizar a base de repeticiones¹¹⁸. “La Historia de Colombia”, de

* Nota de los autores: Con los valiosos aportes de Rubén Darío Henao, Historiador, compañero en buena parte del camino de esta investigación.

¹¹⁶ “...en este período, (el de la Regeneración), la historia en la enseñanza aparece como disciplina independiente y la enseñanza de la historia va adquiriendo un carácter sistemático.” En: ESCOBAR RODRIGUEZ, Carmen. *La historia en la enseñanza y la enseñanza de la historia en Colombia siglo XIX*. Fondo de publicaciones FUAC. Bogotá. 1984. Pag. 47

¹¹⁷ El objetivo explícito para la enseñanza del Catecismos Republicano era “...popularizar sin boato ni exageración los principios cardinales de nuestra organización política, las condiciones realmente ventajosas de nuestro país y los hechos más notables de la historia nacional...”. PINZON, Cerbelón. “Catecismo Republicano para la Instrucción Popular. 1864”. En: ESCOBAR RODRIGUEZ, Carmen. Ob. cit. pag. 47

¹¹⁸ MELO, Jorge Orlando. *Sobre Historia y Política*. Ed. Lealon. Medellín 1979 pag. 29 (Colección La Carreta Inéditos Ltda. Bogotá).

Henao y Arrubla, considerada desde 1902 como texto oficial en la enseñanza de historia en escuelas y colegios de Colombia, hizo perdurar esos contenidos por más de seis décadas.

Así, mientras la historiografía colombiana y latinoamericana se renovaba en el presente siglo con los aportes del positivismo, el marxismo, la sociología y la economía, las escuelas de nuestro continente seguían repitiendo los mismos estribillos de las historias patrias. Sus contenidos y métodos todavía perviven en muchos de los centros educativos: Historia inmutable, lineal, lejana, fosilizada; historia concebida sin el beneficio de la duda, consumada, canonizada, sacralizada, letra muerta... ¿Muerta? ¡No! ¡Viva, y bien viva!

Historias de Barrio es una experiencia colectiva de investigación histórica escolar que realiza la Corporación Región desde 1995 con la participación de docentes y estudiantes de 10 colegios del Área Metropolitana de Medellín. Se trata de insertar en el currículo de estas instituciones algunos contenidos que se plantean desde la cultura o desde el entorno inmediato, para explorar luego su constitución a través del tiempo. En ese acto van implícitas otras apuestas transversales: incidir positivamente en la relación educativa y en la institucionalidad escolar; ofrecer una posibilidad de trabajo interdisciplinario entre docentes; propiciar diálogos intergeneracionales e intercambios de pares; y contribuir en la formación de seres de contexto.

Con un trabajo previo de formación de los maestros que trabajaron en el proyecto, los equipos de investigación de cada colegio eligieron un tema de su interés. La mayoría optó por indagar la génesis del barrio o barrios aledaños al plantel educativo o por temas que demandaban una explicitación más o menos urgente, como la convivencia y algunos hitos juveniles.

Maquetas, planos, cartillas, videos, dramatizados, muestras fotográficas, carteleras, fueron, entre otras, las formas de expresar los trabajos parciales o finales. Nuestro acompañamiento en asuntos pedagógicos y en metodología de investigación fue permanente.

Pues bien, el texto surgido durante los dos años que llevamos en esa tarea, permite hoy compartir algunas inquietudes e hipótesis, más que resultados, relacionadas con el uso y el abuso de las memorias en el ámbito escolar, y sus implicaciones en la esfera más grande de la sociedad o de la vida ciudadana.

En un principio, indagaremos acerca de las memorias que perviven en la escuela, y que en cierta forma obstaculizan la formación de un pensamiento creativo y crítico en los estudiantes; lo haremos a través de las cuatro fases que comúnmente tiene una investigación: **preguntar**, se refiere a la construcción de los temas de indagación; **buscar**, que remite el contacto con las fuentes; **ordenar**, que alude al proceso de ordenamiento y reorientación de la información y de las prácticas, respectivamente; y **crear**, que engloba los diferentes registros, las historias o relatos producidos. Por razones prácticas, obviaremos los antecedentes del proyecto, los procedimientos

operativos e institucionales, recurriendo a ellos sólo cuando ilustren o refuercen afirmaciones.

En un segundo momento, resaltaremos las potencialidades de la memoria oral y del contacto de ésta con otras fuentes, mostrando su pertinencia sociocultural en el mundo escolar. Finalmente, dejaremos sugeridas nuestras apuestas éticas y políticas en el trabajo que llevamos a cabo con actores de la educación formal.

LAS MEMORIAS EN UNA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA ESCOLAR

Preguntar

Plantear la construcción de temas de investigación histórica en el ámbito escolar implica de entrada una actitud extraña a una práctica anclada en el autoritarismo y en la repetición de gestos mecánicos. La generalidad de nuestros docentes están convencidos de que los temas de investigación se asignan, no se construyen, se transmiten de un texto *obligatorio* o simplemente se imponen de manera autoritaria. Y por otro lado, aunque ellos hablan de procesos históricos, dichos procesos no alcanzan el presente; en la mayoría de los casos el pasado es un relato totalmente ajeno al acontecer actual. De modo que en las clases se transmiten no sólo ciertas concepciones del pasado y de su relación o no con el presente, sino también, actitudes, métodos, que pueden leerse en los escolares.

Un taller realizado con estudiantes del proyecto, después de haber trabajado con los maestros, nos permitió constatarlo. Lo transcribimos tal cual, dejando consignado como ejemplo la forma en que poníamos a jugar nuestras propias concepciones de la historia.

Historias de Barrio apenas comenzaba. Era el primer encuentro con estudiantes de los 10 colegios. Allí, sucedió el siguiente intercambio entre ellos y nosotros:

Nosotros: *-Bueno muchachos -les dijimos- están convocados aquí, porque ha llegado la hora de que ustedes mismos escriban la historia. Esa historia llena de episodios y personajes importantísimos como nuestros héroes de la Independencia; como las batallas que nos dieron la libertad de España; como esa que nos cuenta los largos recorridos que emprendieron nuestros antepasados antioqueños para colonizar otras tierras y de los cuales hemos heredado la pujanza y la verraquera que nos caracteriza en el país y en muchas partes del mundo. Como entendimos que ustedes mismos pueden y quieren investigar y escribir acerca de esos episodios, los citamos aquí para brindarles algunas herramientas que les permitan realizarse como historiadores.*

Muecas y gestos de desconcierto. Algo así como una especie de desaliento mezclado con asombro se puede leer en los rostros y en las miradas que se cruzan como tratando de buscar cómplices o compañía en un paisaje totalmente desconocido, inesperado.

Estudiante: *-¡No, que caspa!. -dijo alguien.*

N: *-¿Qué pasa, dijimos algo que no les gusta?*

Tímidamente, comenzaron las participaciones.

E1: *-Es que nosotros le entendimos otra cosa a los profes.*

E2: *-Los profes no nos hablaron de que esos eran los temas.*

E3: *-Lo que entendíamos es que íbamos a investigar las historias de los barrios donde nosotros vivimos.*

E5: *-¿Para qué vamos a volver a hacer esas historias, si ya están hechas?.*

Tanto en este ejercicio, como en cualquiera con objetivos similares, los talleristas deben estar atentos para detectar contradicciones o puntos polémicos que puedan ser devueltos inmediatamente al grupo cuestionando la cadena de sus argumentaciones. En el presente caso, nos apoyamos en la respuesta del estudiante 5, para encadenar la atención hacia el concepto de historia.

N: *-Para que entiendan porqué es necesario empezar por ahí pongámonos de acuerdo primero en lo que comprendemos por historia. ¿Qué entienden por historia?. En cada caso se pide un ejemplo.*

De las respuestas que hubo, por el interés de este trabajo resaltamos las siguientes:

E1: *-Es lo que pasó hace mucho tiempo. Por ejemplo, la batalla de Boyacá.*

E2: *-Es lo que murió, lo que ya no existe. Por ejemplo, dinosaurios.*

E3: *-Es lo que pasó desde hace un segundo para atrás. Por ejemplo, lo que hablé ahorita ya es historia.*

E4: *-Es una narración de algo que se quiere contar o mostrar. Por ejemplo, cuando se dice: historia de amor o cuénteme la historia.*

N: *-Parece que para la mayoría, historia es lo que pasó. Si es así, entonces ¿de qué se puede hacer la historia?. Pedimos ejemplos.*

E1: *-De las guerras. Por ejemplo, las guerras mundiales.*

E2: *-De la vida de los personajes. Por ejemplo, Simón Bolívar.*

E3: *-De los gobiernos. Por ejemplo, en qué año gobernó Rafael Nuñez, qué obras hizo.*

E4: *-De las culturas antiguas. Por ejemplo del Imperio Romano.*

E5: *-De los colegios. Por ejemplo, cuando el colegio cumplió quince años, una profesora contó toda la historia desde la fundación hasta ahora.*

E6: *-De los padres de uno. Por ejemplo, cuándo nacieron, en dónde estudiaron.*

N: *-¿Y para qué sirve hacer todas esas historias?*

E1: *-Para conocer las diferentes culturas de la antigüedad.*

E2: *-Para saber que fue lo que pasó realmente.*

E3: *-Para saber en qué año pasaron las hechas.*

Aprovechando las dos últimas respuestas planteamos lo siguiente:

N: *-Si la historia nos sirve para saber en que fecha precisa sucedieron las cosas que sucedieron, realmente, ¿cómo se llamaba, en qué año y cuáles fueron los hechos que rodearon la muerte del joven militar, que Bolívar lamentó tanto, una vez se enteró de esa nefasta noticia?.*

Entre otras, le apuntaron a las siguientes respuestas:

E: *-Córdoba, Santander, Sucre, Antonio Nariño.*

N: *-Uno de esos personajes que dijeron es el correcto; ahora queremos saber cuál es, conociendo el año y los hechos que rodearon su muerte.*

Hubo silencio.

N: *-Tenemos tres inquietudes. La primera, esa falta de respuesta nos indica que ustedes saben para qué sirve la historia pero no conocen la historia, y ¿cómo pueden ustedes saber para qué sirve una cosa si ni siquiera la conocen?; la segunda, si historia es lo que ya pasó, lo que fue, según lo que acordamos ahora, entonces, ¿cómo es posible que hagamos la historia de lo que está vivo, según el ejemplo que pusieron quienes se refirieron a la historia del colegio y a la historia de los padres; y la tercera, si sólo los temas de la historia son las guerras, los grandes personajes, los gobiernos y las culturas antiguas, ¿cómo es posible que ustedes vinieran porque están motivados en hacer la historia de sus barrios?.*

Ilustramos hasta aquí.

Buscar

Hay sobre todo dos afirmaciones, que a veces se plantean por estudiantes y docentes como preguntas. La primera es una expresión más corriente entre estudiantes: *Por la casa hay un señor que se sabe toda la historia del barrio, entonces le hacemos la entrevista y copiamos lo que nos diga en el trabajo que vamos a hacer, y ¿Si alguien cuenta la historia bien y de forma completa, para qué hacer más entrevistas?;* la segunda, más frecuente entre algunos docentes, es: *Solamente pueden contar la historia quienes la han vivido o la han hecho.*

En un proyecto como Historias de Barrio la preponderancia de la fuente oral es evidente, y además esperada, por tratarse de historias demasiado vividas y por ello cercanas en el tiempo. Pero ese sobrepeso indica además una ignorancia parcial o total, o un desdén intencionado por otras fuentes.

En la primera perspectiva cuando un alumno concibe de entrada que con una entrevista es suficiente, bien puede leerse esa actitud como la huella que va dejando una rutina escolar que reduce la investigación-búsqueda-creación a una simple tarea que se resuelve con el primer material que llega a las manos, con tal que responda la pregunta que plantea el profesor. Es decir, que al mismo tiempo que aflora un asunto metodológico, propio de las investigaciones, como es la crítica de fuentes, hay otro de tipo pedagógico de vieja data, que apenas dejamos planteado: en todo el periplo de los niños y adolescentes por el mundo escolar son formados, implícita o explícitamente, en una actitud pasiva por muchas vías. Todos conocemos la escena del profesor que dicta las preguntas a sus alumnos y les dice en qué libro encuentran las respuestas que deben copiar. La tarea se evalúa por el cumplimiento en la entrega, la fidelidad de la transcripción y la capacidad de memorización. De modo que la escuela no sólo asimila sin mayores críticas los contenidos que producen las investigaciones históricas, sino que también lo hace con los métodos y técnicas que con el tiempo se van volviendo imperceptibles y por ello poco cuestionados¹¹⁹.

De otro lado, cuando la orientación de un maestro desdeña de las informaciones que no provengan de los actores acotados por el tema, puede haber allí una reacción política e ideológica que le ha sido cara a cierto matiz radical de la Educación Popular, y que cuando es acogida desde las instituciones educativas ataca todo aquello que es hegemónico, precisamente porque todo lo hegemónico encarna “el enemigo de clase”¹²⁰. Desde esta visión, las historias patrias o la historia oficial, además de lejanas y ajenas, son alienantes y no cuentan sino el pasado de la clase adinerada. Contra ellas se propone, entonces, otra historia que debe buscar su propia identidad en métodos,

¹¹⁹ Existe un parecido, que por lo menos deja sospecha, entre esa problema pedagógico y los criterios de verdad que la historiografía del XIX o el positivismo le daban a las fuentes, valdría la pena explorar en mayor profundidad si existe esa relación histórica. Tal vez aclarando esto, se contribuya a transformaciones positivas del acto educativo.

¹²⁰ La comunidad religiosa de los claretianos, fue de los primeras en trabajar desde las instituciones educativas que regentaban, ese enfoque de la Educación Popular. Uno de los objetivos de la Escuela Popular Claretiana de Neiva, en su trabajo que comenzó desde 1980 era: “Se plantea que los sectores populares descubran su identidad de clase, perciban sus propios intereses y se organicen para defenderlos como auténticos protagonistas de transformaciones sucesivas”. Ver: Escuela Popular Claretiana. “Experiencia Popular de Innovación Educativa”. En: *Los maestros construimos futuro: Experiencias Pedagógicas en Educación Formal*. Cinep y Otros: Bogotá, 1989, pág. 47.

conceptos y fuentes¹²¹. A aquella hecha por una persona erudita se opone la gestada por un colectivo portador de saber; a la que se hace para alienar, se opone una para liberar; y a la escrita hecha con fuentes escritas, se opone una reconstruida oralmente y con fuente oral. A la aristocrática se opone una “historia popular”. De un extremo se pasa al otro. Es lo mismo.

Mediante la técnica de deconstrucción/reconstrucción practicada colectiva o individualmente, similar a como se hizo en la fase del preguntar y en las demás, apostamos de manera permanente nuestras nociones, en un escenario al que confluyen diferentes memorias acerca de las fuentes.

Desde nuestra perspectiva historiográfica, las fuentes no son algo dado de antemano, invariante; más bien, *no existen*, si se quiere, en tanto no haya pregunta que las *haga hablar*, es decir, que son históricas¹²² y que por esa razón van ligadas al devenir de las técnicas y de los modelos de interpretación. Existen fuentes, en plural, y sólo por eso es posible completar las descripciones históricas. De cada una emanan registros¹²³, algunos de los cuales pueden interceptarse con los de otras, pero también los hay con deriva única o diferente. De acuerdo a lo que se quiera indagar hay unas que se usan más que otras, pero no por eso se excluyen las demás. Así, fue posible completar, por ejemplo, la historia de un barrio de invasión que desde sus inicios y por mucho tiempo carecía de servicios públicos, y que los obtuvieron, según sus habitantes, a fuerza de empanadas y convites, pero que además eso requería de un procedimiento jurídico que pasaba por incluir el barrio dentro del perímetro urbano de la ciudad, porque por fuera de allí no era legal extender redes de energía, acueducto o alcantarillado. La primera parte, supremamente rica en la fuente oral, hallaba su complemento en las actas del Concejo Municipal y en los archivos de las empresas de servicios públicos.

Ordenar

Mientras que la vida se nos presenta compleja y demanda de nosotros acciones integradoras, la gran mayoría de las instituciones escolares siguen reproduciendo una mirada fragmentada de ella, mediante la oferta de una estructura de saberes parcelados, inconexos, sin objeto común. En un escenario que como ese está ausente un concepto pedagógico u operativo de *proceso*, o la noción de *proceso histórico*, no hay nada que ordenar. Así como sin preguntas las fuentes no dicen nada, sin éstas dos no hay contenidos ni procesos ni informaciones que ordenar.

Allí también están encarnados trayectos de memorias de diverso alcance temporal. Uno de los que están en juego en nuestra formación académica, es la separación entre las ciencias y las humanidades que ha derivado, según Michel Serres, del concepto de desarrollo ligado al progreso técnico y científico, pregonado por los países abanderados

¹²¹ Según esta perspectiva las fuentes escritas encarnaban una historia dominante, la manera más certera de acceder a la “otra” historia: “la verdadera” la historia popular, era a través de la historia oral.

¹²² Tal como lo plantea Bosch Wilhem Bayer en *Introducción al estudio de la historia*.

Casa editorial Barcelona 1980. Capítulo VII Heurística. “Conocimiento general de las fuentes”.

¹²³ Marc Bloch las llama “huellas”, “es decir la marca que ha dejado un fenómeno y que nuestros sentidos pueden percibir”. *Introducción a la historia*. Fondo de Cultura Económica. Decimosegunda Edición. México 1984. pag 47.

del capitalismo mundial, sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial. Por razones económicas se ha privilegiado a los científicos en vez de a los humanistas. ¿Cuál es el panorama? “Estamos, de un lado, frente a una población que es culta pero completamente ignorante y, por otra parte, ante quienes son expertos pero están totalmente alejados de la historia, del pasado y de la profunda espesura cultural que el pasado otorga al presente. No hay un intelectual que sepa lo suficiente de un mundo producido, a partes iguales, por las ciencias y las técnicas y por la herencia recibida. Es un drama abominable, que tengamos, a un lado, cultos ignorantes y, al otro, expertos incultos. De ahí la necesidad de repensar completamente la educación y la pedagogía”¹²⁴.

La anterior preocupación se refiere, en cierta forma, a seres privilegiados o que por lo menos tuvieron la oportunidad de aprender a hacer preguntas en su etapa de formación educativa. ¿Qué podrá ocurrir con todas aquellos que pasan por el mundo escolar sin que nada se convierta en ellos, y que son la inmensa mayoría?

La educación colombiana está urgida de experimentaciones que hagan posible a maestros, estudiantes y directivos, el acercamiento efectivo a las nociones de proceso indicadas arriba; esto es, que puedan vivenciar la clasificación de una información recogida: ordenar la información histórica o de cualquier investigación; atreverse a reflexionar acerca de sus relaciones y las formas de evaluar: pensar el acto educativo; y tomar decisiones respecto de operaciones y tareas grupales hechas y por hacer: reorientar las prácticas.

Puede inferirse, pues, que esta fase que también se conoce como de sistematización, cuando se trata del ámbito escolar debe ser permanente, y no se reduce, por tanto, a un momento que viene después de acumular ciertos datos. De ahí, que sistematizar no es sólo una técnica, que ojalá fuera si quiera eso en los colegios, sino también una actitud necesaria para la vida en común que, como cualquiera otra, requiere de entrenamiento.

Crear

Alguna vez, una estudiante que participara de Historias de Barrio, expresó: “Cuando me propusieron que me metiera al proyecto, lo primero que yo pensé fue si yo era capaz de escribir una historia sabiendo que eso solamente lo hacen esos señores interesantes”.

En esa afirmación está la constatación de algo que es evidente en el grueso de la capa estudiantil de nuestras escuelas: o que los productos parciales o totales hay que consignarlos por escrito, o que la investigación es asunto de especialistas.

En cuanto a lo primero, no negamos que los procesos de aprendizaje tengan que pasar por la escritura, y así lo promovemos, y que las investigaciones deben ser serias; pero es que detrás de esa afirmación hay un lastre que muchos maestros difícilmente quieren aceptar y así lo inculcan a sus estudiantes: sobredimensionar el lenguaje

¹²⁴ Michel Serres, “Cómo acabar el divorcio entre científicos y humanistas”, En: Periódico Síntesis No.142, Universidad del Valle, Cali, 1995.

verbal, y dentro de éste preferentemente el escrito. Con el desdén del lenguaje no verbal, que requiere de la abstracción de relaciones que luego serán representadas mediante cualquier técnica, se reduce la posibilidad de abrirle ventanas a la creación como actitud, sobre todo recordando que esa formación corresponde en mayor medida a la escuela.

En cuanto a lo segundo, habla a las claras del tipo de persona que se forma en la institución escolar nuestra: pasiva, con baja autoestima, pendiente siempre de recibir las órdenes de lo que hay que hacer. No se trata de caer en el extremo de suplantar a quienes se han dedicado profesionalmente a la investigación histórica; al contrario, un proyecto de investigación histórica escolar, debe propender por establecer con ellos valiosas interlocuciones en las que no sólo fluyan contenidos sino también actitudes.

La variedad de productos en que los muchachos de Historias de Barrio han expresado sus hallazgos, la coherencia de los contenidos que quieren mostrar, el trabajo cuidadoso de los detalles en los de tercera dimensión y la proliferación de videos, muestran que es posible articular en la relación pedagógica y en la escuela otros lenguajes a la par con el escrito. Lenguajes, que como el audiovisual hoy se reconocen como frontera en el acto educativo, precisamente porque la escuela no asume los contenidos de la cultura para los procesos de formación. Mientras tanto, los estudiantes seguirán viviendo el desfase entre el mundo escolar y la vida cotidiana, cambiando de canal cada vez que cambian de escenario.

LAS FUENTES DE LAS MEMORIAS DE LA CIUDAD

“Hemos de tener en cuenta que la ciudad no siempre ha existido, sino que ha comenzado en un determinado momento de la evolución social y puede terminar o transformarse radicalmente en cualquier otro momento. No existe por necesidad natural sino por necesidad histórica, tiene un comienzo y puede tener un fin”¹²⁵

Ya mostramos en la sección dedicada a la fase del BUSCAR los criterios que pusimos en juego en relación con las fuentes. Ahora esbozaremos, en particular, algunas potencialidades de la memoria oral cuando se entrecruza con otras fuentes.

La memoria oral recorriendo lugares

En el caso de investigaciones históricas escolares, cuando las expediciones locales se hacen acompañadas de personas que relatan vivencias al paso de los recorridos, maestros y alumnos entran en contacto con la expresión real y simbólica de su territorio; incursionan mediante la pregunta en esa aparente estaticidad que empieza a hablar con diferentes voces y a sentar precedentes de que las cosas no se sustentan por sí mismas sino que están siempre en relación y en el contexto de una determinada

¹²⁵ BENEVOLO, Leonardo. “Diseño de la ciudad 2. El arte y la ciudad antigua”. de. G.Gili S.A.,1978 En: ARANGO RESTREPO, Gloria Mercedes. Ob. cit pag 55

historia. Así, la calle gana su historia desde cuando no era calle, la capilla cuenta de los convites y bazares para su construcción, y el asfalto o el cemento y los servicios públicos encuentran su razón de existencia en la voluntad comunitaria, en la gestión del político, en el arranque del cura y, en todo caso, en las empanadas vendidas y en las numerosas manifestaciones de solidaridad que reportan las historias.

La memoria oral y fotografía

Un álbum familiar o las fotografías que permanecen arrumadas o clasificadas en las cómodas de las casas o en los archivos de la ciudad, por sí solas alcanzan a decir muy poco. Acompañadas de los relatos de las personas que saben dar cuenta de ellas, esas imágenes ganan movimiento. Como en una película, ruedan acontecimientos, personas, modas, costumbres y prácticas de diversa índole, que permiten relativizar percepciones hedonistas y de innovadores que, por ejemplo, se atribuyen los jóvenes de hoy para diferenciarse de lo “anticuado”. Por ejemplo, si por “gomelo” pasa hoy un chico con corte de pelo exuberante, para los años veinte, pecando de anacronismo, Medellín contaba ya con sendos cortes; que ni la bota tubo ni la bota campana son tan *new wave* y que ahora ellos mismos parasitan muchos de esos estilos y cortes de cabello e incluso de música, como la *made in* años 60’.

Y cuando se mezclan recorridos, fotografía y memoria oral, se descubre “otra” ciudad. Muchos de quienes han planeado y construido al Medellín de hoy a lo largo de este siglo, se han llevado por delante no pocas evidencias históricas de su arquitectura y de su espacio público, sobre todo de éste. Algo que nos pareció, más que anecdótico, significativo, sucedió durante un recorrido didáctico por centros de interés histórico de la ciudad. Pasábamos por el tradicional Parque de Berrío, el más antiguo de la ciudad; doña Dora Hernández, madre de familia, sexagenaria señora, incrédula pasaba sus ojos de la imágenes en fotos al panorama que ofrecía esa masa informe de cemento que hoy es ese sitio; en vano, buscaba en su memoria los signos que le indicaran sus recorridos allí cuando era niña. Hasta el momento es un anécdota. “*Pero, -dijo al ver una secuencia de fotos de dicho parque- ¡¿Cómo es posible?! ¡¿Qué hicieron con ese parque?! Y, ¿cómo es que yo pasando todos los días por aquí no me había fijado en todo lo que lo han destrozado?!.*”

La memoria oral y la escritura

El rastreo de los archivos parroquiales para percibir los ritmos demográficos del barrio, para detectar los momentos más violentos de acuerdo a la intensidad de los funerales, para hacer las cuentas de los matrimonios y contrastar con el número aproximado de madres y padres solteros, para saber la intensidad de nacimientos mediante la revisión de partidas de bautizo; y hacer todo eso para contrastarlo con la percepción que de las mismas cosas tienen las personas en su memoria, y encontrarse con contradicciones, es suficiente para mostrar que los sectores populares, o aquellos que han sido “olvidados” por las historias oficiales, además del recurso de la memoria oral, cuentan también con otras fuentes a la hora de reconstruir sus historias.

La memoria oral: el poder de intelegir y encantar

La memoria oral pone en el escenario la voz de aquellos que por lo regular no tienen “voz”. Y también hace explícito que los distintos acervos del conocimiento no son propiedad exclusiva ni de los estudiados, ni de dirigentes ni de personajes que de una u otra forma están señalados por la singularidad. Los escolares se encuentran con que en el ejercicio de investigar y acercarse a lo histórico, la pregunta les orienta a espacios y personas no convencionales, les lleva a sus casas, a indagar por los elementos que constituyen su vida, a preguntarse y preguntar a, por, y sobre sus padres, los que son sus relatores inmediatos y que por lógica ascendencia les lleva hasta sus abuelos y tatarabuelos, a sus tíos, a sus vecinos y a toda la gama de posibles informantes.

En la selección de informantes, generalmente son evidentes, entre los escolares, los prejuicios que rondan alrededor de la pregunta: ¿Quién sabe?. La condición sociocultural, el analfabetismo de lecto-escritura, la vejez, son algunos de ellos: *“...mi mamá qué va a saber si ella no sale de la casa, o mi papá que ni siquiera terminó primaria y es albañil...”*¹²⁶. O este otro ejemplo: *“... ¡No, oigan..!, mi papito como está de viejito y ya que ni siquiera habla”*. Expresiones así, pueden cambiar después radicalmente por estas otras: *“... ¡Huy!, yo no sabía que mi abuelito sabía tanto... me contó que montón de cosas... que él venía desde Guarne a pie hasta Medellín y que mi abuelita le echaba fiambre pa’ dos días... qué tan teso!”*¹²⁷; o que *“...al mío le tocó venirse del pueblo donde vivía por que la “violencia le acabó con todo..”*; *“...mi mamá antes de casarse trabajaba en casas... ella es de Salgar y mi abuelo también, mi abuelita sí era de otra parte y yo no sabía..”*¹²⁸.

De las bondades de una entrevista abierta, lo que no quiere decir prescindir de guía, además de permitir pasar de la fría indagación al campo sensible de la conversación y presentarse como testimonio de vida, genera en las personas requeridas un acto de memoria introspectiva y retroactiva que sutilmente les induce a correr la telaraña del aparente olvido y verse como actores del devenir, como gestores de una serie de prácticas, instituciones y modos de vida, que por el velo de lo cotidiano o la ausencia de crédito social, no afloran. El despliegue de sus “revelaciones” ante un oído atento puede inducir a una sensación de orgullo: *“... Oiga, muy bueno todo esto ... mire todo lo que les he contado y yo que pensaba que no había hecho nada en la vida a parte de trabajar y criar hijos...”*¹²⁹; o de reconocimiento ciudadano a la labor de nóveles investigadores: *“¡Qué tan bueno que ustedes se estén preocupando por saber la historia del barrio, con tantas cosas buenas que hay aquí y hasta ahora a nadie le había importado!”*¹³⁰.

¹²⁶ Esta extrapolación de expresiones son extractos de nuestros diarios de campo y recogidas durante las periódicas reuniones en cada colegio u otro tipo de evento. Allí cada uno participaba a los demás de sus indagaciones. Es basto el material anecdótico.

¹²⁷ Expresión de un niño del Barrio La Cima, estudiante del Idem Fe y Alegría.

¹²⁸ Una alumna del Idem Felix Henao Botero.

¹²⁹ Les decía un señor del barrio Jardín a los estudiantes.

¹³⁰ Manifestaba una señora habitante del barrio la Ferrería en el municipio de la Estrella durante un intercambio entre colegios.

En los equipos de investigación escolar el dechado de gratificaciones no es menor. Enterarse de que los abuelos sí tienen de qué hablar y disponerse de la mejor manera en actitud de escucha, *escuchar al otro*, un acto de lenguaje tan viejo como la humanidad y ahora tan interferido por el atorrante despliegue de lo efímero, lo fugaz, lo rápido y desechable¹³¹. Escuchar “los cuentos de los viejos” es puro regocijo; el esqueleto frío de la entrevista casi siempre queda olvidado en los cuadernos.

La pregunta: ¿qué ocurrió?, hace pender un hilo significativo entre los acontecimientos connotados y la vida los estudiantes y de la de sus familiares. Por ejemplo, el 9 de abril de 1948 mataron a Jorge Eliécer Gaitán en Bogotá; del hecho hay numerosa bibliografía; pero el encuentro con personas “comunes y corrientes” que atestiguan su modo de vivir esos acontecimientos, le otorga a los muchachos una significación más vital de ellos, precisamente porque le sucedieron al pariente o al conocido: *“Eso fue el acabose, todo el país se prendió porque Gaitán era muy querido por todo el mundo, sobre todo por los pobres, muchos llorábamos y nos abrazábamos y ¡sentíamos una rabia!”*¹³².

La pregunta: ¿dónde ocurrió?, embarca muchas veces en un viaje de retrospectiva visual-sensual que ve cómo van cambiando los referentes y los lugares de encuentro: *“Donde ahora corre la pura pudrición, ahí nos bañábamos chiquiticos... y eso era una belleza, el agua limpia, los pescaítos, las mangas”;* o, *“... pues, en Guayaquil, donde era la plaza y la estación del tren, allá había de todo, mujeres, trago, diversión, allá llegaba todo el mundo hasta los ladrones, claro que también llegaba mucha gente culta”*¹³³.

La pregunta: ¿cuándo ocurrió?, da la medida de la edad de las cosas, o mejor la constatación de que las cosas tienen una edad y que el asombro se va diluyendo en la rutina, en lo evidente: *“Estábamos nosotros cortando caña, en un monte de caña, y empezó un zumbido en el aire que no sabíamos qué era. Y nosotros dijimos: ¡Se va a acabar el mundo, se va a acabar el mundo! Cuando apareció algo en el aire, todos dijimos: ¡Veeee!; y unas muchachas que estaban ahí gritaron: ¡Un iravión, un iravión!. Entonces dijimos: ¡Ah, es el avión!, el aparato ese que habían anunciado que iba a pasar por los aires”*¹³⁴.

La pregunta: ¿cómo ocurrió?, hace comprender que los procesos sociales se inscriben en lógicas; que lo que ocurre es perceptible en tanto tiene sentidos y significados que pueden leerse: *“Hace poquito murió un señor que fue concejal por allá por los 50’s, no recuerdo el nombre, pero le decíamos “huevo”, que era dueño de todas esas tierras de Santa Ana, donde hoy queda Postobón y antes quedaba Fabricato. El padre Agudelo lo maldijo, y él decía que no creía en maldiciones de curas. Después todo el mundo se dio cuenta que el padre quería comprarle las tierras y él no quería vendérselas, entonces por eso lo maldijo. En cambio, otros que sí creían se las vendían ahí mismo”*¹³⁵.

¹³¹ GARCIA CANCLINI, Nestor. *Consumidores y ciudadanos*. Ed. Grijalbo. Mexico. 1995. BARBERO, Jesús Martín. *De los medios a las mediaciones: Comunicación, cultura y hegemonía*. Ed. Gustavo Gilli. Mexico. 1987

¹³² El mismo abuelo

¹³³ Así se refería el abuelo de una estudiante del Liceo Gonzalo Restrepo. Ahora tiene 86 años.

¹³⁴ Don Ezequiel Alzate, Barbosa.

Y la pregunta: ¿por qué ocurrió?, indaga por la vida en movimiento de las sociedades. Mucho de lo que sucede hoy puede encontrar una razón de ser en la complejidad de relaciones que dichas sociedades tejen en el tiempo: *“Miren ese hilito de agua que es esa quebrada ahora, toda contaminada. Es por esas areneras, y como no ha habido quién los controle, entonces siempre han hecho lo que les ha dado la gana”*¹³⁶.

Toda estos relatos permiten a los grupos de investigación histórica escolar evidenciar que la historia tiene vida y movimiento, que cálida o parcamente, inconsciente o conscientemente, vivimos y sentimos inmersos en sus trazos, y que por eso, paso a paso, va consolidando su necesidad en las sociedades.

La historia no es sólo la de los textos y la clase dormilona, sino que es un legado construido desde y entre todos los sujetos y las cosas de la vida social. Lo mejor, quizás, es darse cuenta que sin esas personas y cosas no es posible entender el sentido de mucho de lo que sucede en el presente, es decir, de responder a muchas de las preguntas que dinamizan las investigaciones. Cada fuente, todas juntas, hacen asomar el asombro constantemente, así como se hizo evidente el día en que una fuente se convirtió en autor. Estábamos junto con las delegaciones de los 10 colegios en la Visita de Intercambio¹³⁷, en San Cristóbal. En la programación había inscrito un invitado, quien contaría aspectos de la historia de su vereda. Muchos creímos que su relato sería oral y sujeto a las preguntas ocasionales. Cuando llegó al micrófono, después de saludar, hizo un comentario, sacó de una agenda algunos papeles y leyó:

Don Ramón, doña Olga y la señorita Angela María

Hoy estaremos hablando de las cosas que pasaban de hace 30 o 50 años para atrás, así como más adelante, los que sobrevivan de ustedes, contarán la historia actual en un evento así como éste.

Mi nombre es Ramón Alberto Rico Alvarez; presidente de la Junta de Acción Comunal de la vereda Pajarito; dirijo el grupo de la tercera edad, que la integramos 44 personas; también soy el coordinador por los mayores del grupo semillero, integrada por 30 jóvenes de ambos sexos, de 9 a 14 años, para que ellos sean los futuros líderes de nuestra comunidad y nos reemplacen, porque no vamos a durar toda la vida.

Pajarito, una vereda ubicada al occidente de Medellín, sobre el kilómetro 8 de la Carretera al Mar, cuenta con un clima cálido, aire puro, abundante arborización, ambiente sano, llamada por propios y extraños “el balcón de Medellín”, es frecuentada por muchas personas por los aspectos antes mencionados.

La fundación de la vereda Pajarito, del Corregimiento de San Cristóbal, ocurrió en 1902, fecha en la cual fue poblada por 15 familias que tenían grandes propiedades. Sus nombres fueron: Enrique Vásquez, Manuel Alvarez, Narciso González, Benicio Naranjo,

¹³⁵ Doña Dora Hernandez. Recorrido filmado por el Fernando Vélez de Bello.

¹³⁶ Doña Dora Hernandez. Recorrido filmado por el Fernando Vélez de Bello.

¹³⁷ Fueron encuentros organizados en la sede del colegio participante con el fin de socializar los resultados parciales de sus investigaciones ante las delegaciones de estudiantes y maestros de las otras instituciones del proceso.

Juan Gómez, Pedro Gómez, Jesús Rojas, Eliodoro Mazo, Nicolás Rico, mi abuelo, Luis Palacio, Rafale Rúa, Simón Uribe, Jesús Sierra, Antonio Rojas y Laura Rosa Pérez. Con el paso del tiempo, estas personas fueron vendiendo sus terrenos y otros heredaban de sus padres.

*El nombre de Pajarito, según los viejos, fue que llegaron a la conclusión de que como había tantos pajaritos que los despertaban en las mañanas y los alegraban en el día, decidieron ponerle ese bonito nombre a la vereda: **Pajarito**....*

Fue una historia que nos hizo viajar desde la tapia de las primeras casas y sus fogones de leña y reverbero hasta las estufas eléctricas o de gas; de las curaciones con yerbas y el trabajo de las parteras hasta el centro de salud y los médicos que hoy reciben a quienes nacen.

Una historia escrita por don Ramón Alberto Rico Alvarez, doña Olga Gómez y Angela María García¹³⁸, vecinos de esa comunidad rural de San Cristóbal que se resiste a perder su memoria. De generación en generación se han inventado lo necesario para no olvidar de dónde vienen y para mantener siempre latente el principio de luchar juntos por una vida mejor para todos. Ni las nuevas técnicas de construcción, ni las sofisticadas prácticas médicas actuales, ni los mensajes que llegan sin interferencia por los televisores y los radios que todos allí tienen, han podido degradar los fuertes lazos de pertenencia y de amor por una tierra que empezaron a poblar sus antepasados hace casi cien años.

El asombro de quienes asistíamos al evento fue múltiple: ¿Cómo era posible que una comunidad viviera cohesionada de esa forma, en una ciudad altamente masificada, y por cuyos fluidos corren torrentes de individualismo, ventajas personales, apatías y amnesias?, ¿Si ni don Ramón, ni doña Olga ni Angela María habían pasado por academia alguna, cómo lograban un texto con rasgos cercanos a la literatura y a la contrastación de las diferentes dimensiones temporales? Pero sobre todo, ¿cómo hacía para sobrevivir hoy ese tipo de memoria que hunde sus raíces en las milenarias sociedades sin escritura?

LAS MEMORIAS DE LA CIUDAD EN EL CRISOL ESCOLAR

Seguramente que don Ramón, doña Olga y Angela María, tienen todos los atributos que señala Jacques Le-Goff para quienes han sido portadores de la memoria étnica: especialistas de la memoria, memoria de la sociedad, memoria objetiva y memoria ideológica, en fin, cabezas de familia y líderes comunitarios que tienen la tarea fundamental de mantener la cohesión del grupo¹³⁹.

Pero ese rasgo que Leroi-Gourhan atribuía a las sociedades sin escritura, está presente con nosotros a las puertas del siglo XXI. Si sucede con una memoria cuya constitución

¹³⁸ La historia de Pajarito puede ser consultada en los archivos del Proyecto Historias de Barrio de la Corporación Región.

¹³⁹ Jacques Le Goff. El orden de la memoria, Barcelona: Paidós, 1991, 137.

es tan antigua como los grupos humanos, ¿qué será de otras con formación más reciente?

Lo que tratamos de mostrar en las fases del preguntar, buscar, ordenar y crear, es que allí confluyen trazos de memorias de diferentes alcances y con enraizamientos de diversa intensidad, que los hace ver más ó menos visibles. Vividos a veces como “algo natural”, no alcanzan a ser interrogados. De esa forma la escuela reproduce seres humanos pasivos, indolentes, “expertos incultos” o “cultos ignorantes”. De modo que ella alberga memorias que impiden la “mayoría de edad” de sus actores. Pero desde un tiempo para acá se le ha cuestionado eso a sus instancias, no sin dolor para ellas.

A la escuela hay que ayudarle a entender su papel: Formar seres de contexto. Esto quiere decir, personas con dimensión histórica de su presente. Pero no es suficiente con ello. En el país y en la ciudad hay gobernantes y particulares que la tienen o la han tenido, y han pregonado la *recuperación* de unos valores del pasado, a cuya pérdida atribuyen la crisis generalizada de la sociedad colombiana, y en especial la de Medellín. Esa historia añorada se ha concretizado en políticas y planes de gobierno, y en acciones de “limpieza” social empeñadas en desaparecer, borrar, excluir, encerrar o matar al que simplemente piensa o actúa diferente a una media establecida por los poderes. Y esto a izquierda y a derecha.

Por eso a la escuela hay que ayudarla, pero conscientes que se trata de un escenario de poder: de conflictos de memorias. Y nuestra apuesta ética y política allí es: “actuar de modo que la memoria colectiva sirva a la liberación y no a la servidumbre de los hombres”¹⁴⁰

INICIO

¹⁴⁰ Ibid, 183.